

# En Busca de la Vida Victoriosa

*es una obra clásica, escrita por Andrew Murray alrededor de un siglo atrás.*

La misma tibieza y carnalidad que Murray enfrentó entonces la encontramos en la Iglesia hoy. El autor, en una forma devocional poderosa, lo que ha hecho que sus escritos sean recibidos ampliamente, ha desarrollado trece capítulos sobre el secreto de la victoria espiritual a través de Cristo morando en el cristiano.

Los temas presentados en esta obra son: el yo, esperando en Dios, reposo espiritual, entrega total, unión con Cristo y el poder en la oración.

*Si estás cansado de las luchas diarias y quieres conocer la victoria y el reposo en tu vida, tú necesitas leer éste libro.*

EDITORIAL  BETANIA

ISBN 0-88113-015-X



EDITORIAL BETANIA

# ANDREW MURRAY



# En Busca de la Vida Victoriosa

*Un libro que le mostrará al cristiano cómo cambiar de la derrota espiritual a una vida victoriosa.*

Versión castellana:  
David Powell

Copyright © 1988 por la Editorial Betania  
Caparra Terrace, Puerto Rico 00921

*Correspondencia:*  
Editorial Betania  
5541 NW 82nd Avenue  
Miami, FL 33166, E.U.A.

Reservados todos los derechos

Prohibida la reproducción total o parcial, ya sea mimeografiado  
o por otros medios, sin la previa autorización escrita de  
Editorial Betania.

Publicado originalmente en inglés con el título de  
**THE BELIEVER'S SECRET OF THE MASTER'S  
INDWELLING**

Copyright © 1977 por Bethany House Publishers  
Publicado por Bethany House Publishers,  
Minneapolis, MN 55438, E.U.A.

ISBN 0-88113-015-X

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas  
fueron tomadas de la Versión Reina-Valera,  
revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas

## *Indice*

---

1. Cristianos carnales.....	5
2. La vida centrada en uno mismo .....	17
3. Esperando en Dios .....	25
4. La entrada en el reposo.....	31
5. Primero el reino .....	38
6. Cristo, nuestra vida .....	45
7. La humildad de Cristo es nuestra salvación .....	54
8. La entrega total.....	62
9. Muertos con Cristo .....	71
10. Gozo en el Espíritu Santo .....	82
11. El triunfo de la fe .....	91
12. La oración, fuente de poder .....	97
13. Que Dios sea todo en todos .....	104

## 1. *Cristianos carnales*

---

*De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.* 1 Corintios 3:1

El apóstol aquí habla de dos etapas en la vida cristiana, de dos tipos de cristianos: “No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.” Eran creyentes en Cristo, pero en lugar de ser espirituales eran carnales. “os di a beber leche, y no vianda; . . . porque aún sois carnales.” Aquí aparece la misma palabra por segunda vez. “Pues (aquí viene la prueba) habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: yo soy de Apolos, ¿no sois carnales?” El apóstol usa la palabra “carnal” cuatro veces.

Con la sabiduría que le da el Espíritu Santo, Pablo comprende que no puede escribirles a los creyentes de Corinto a menos que conozca su situación, y a menos que les hable acerca de ella. Si da alimento espiritual a creyentes carnales, él les está haciendo más mal que bien, porque no están en condiciones de asimilarlo. No puede alimentarlos con carne; debe alimentarlos con leche. De modo que les dice, al comienzo mismo de la Epístola, cuál es la situación que percibe en ellos.

En los dos capítulos previos Pablo ha hablado respecto de su ministerio en el Espíritu Santo; ahora comienza a decirles cuál debe ser el estado de una congregación a fin de que pueda aceptar las verdades espirituales: “No tengo libertad para hablarles como quisiera, porque son carnales, y no pueden recibir las

verdades espirituales.” Esto nos sugiere la solemne reflexión de que en la iglesia de Cristo hay dos clases de creyentes: (1) aquellos que han vivido muchos años como tales, y sin embargo han permanecido como criaturas; (2) aquellos que son adultos espirituales porque se han rendido al poder y a la dirección del Espíritu Santo, es decir, se han sometido a su dominio. Si queremos recibir bendición, primero debemos decidir a cuál de estos dos grupos pertenecemos. ¿Vivimos con humildad, y por la gracia de Dios, una vida espiritual, o vivimos una vida carnal? Procuremos antes entender cuál es el estado carnal en el que el creyente podría estar viviendo.

De lo que encontramos en la carta a los Corintios, advertimos cuatro rasgos del estado carnal. Primero, se trata de una infancia prolongada. Por ejemplo, si vemos a una preciosa criatura de seis meses que no puede hablar ni caminar, no nos afligimos; es natural, y es lógico que así sea. Pero supongamos que un año más tarde encontramos que el niño no ha crecido en absoluto, y que tres años después sigue igual. Entonces diríamos: “Debe tener alguna enfermedad terrible.” La criatura que a los seis meses era motivo de alegría para todos los que la veían, se ha vuelto ahora fuente de ansiedad y dolor para sus padres y para todos los que la rodean. Algo anda mal; el niño no puede crecer. A los seis meses de edad es lógico que sólo pueda alimentarse con leche; pero ahora los años han pasado, y sigue en la misma situación de debilidad.

Esa es la condición de muchos creyentes. Se han convertido; saben lo que es tener seguridad y fe; creen en el perdón de los pecados; comienzan a trabajar para Dios; y sin embargo, hay muy poco crecimiento en espiritualidad, es decir, lo que se refiere a vida celestial. Cuando entramos en relación con ellos, en el acto sentimos que falta algo; no hay nada de la belleza de la santidad o del poder del Espíritu de Dios en ellos. Tienen la condición de los corintios carnales, expresada en lo que se le dijera a los hebreos: “Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuales son los primeros rudimentos de las palabras de Dios.” ¿No es doloroso ver a un creyente que tiene diez, o veinte años de convertido y que sin embargo no evidencia ni crecimiento,

ni fortaleza, como tampoco el gozo de la santidad?

¿Cuáles son los rasgos de una criatura pequeña? Una característica es que no puede valerse a sí misma. Siempre tiene ocupados a los demás atendiéndola. ¡Que tirano puede llegar a ser un bebé en el hogar! La madre no puede salir; tiene que haber una niñera para atenderlo; debe ser cuidado constantemente. Dios hizo al hombre para ayudar a otros, en cambio un bebé tiene que ser cuidado y ayudado. De la misma manera, hay cristianos que siempre necesitan ayuda. Su pastor y sus amigos creyentes tienen que estar siempre enseñándoles y consolándolos. Van a la iglesia, a las reuniones de oración, a los encuentros, siempre buscando ayuda. Ese es uno de los rasgos de la infancia espiritual.

El otro rasgo de la criatura es el siguiente: no puede hacer nada por los demás. Se espera que todo adulto contribuya de algún modo al bienestar de la sociedad. Cada uno tiene un lugar que ocupar y un trabajo que hacer, pero un bebé no puede hacer nada por el bien común. Lo mismo ocurre con los creyentes. ¡Qué poco pueden hacer algunos! Toman parte en alguna obra, como se le dice, pero hay poca demostración de poder espiritual y de verdadera bendición. Cada uno de nosotros debiera preguntarse: “¿He sobrepasado ya la edad de la infancia?” Algunos responderán: “No, en lugar de ir hacia adelante, he ido hacia atrás, y he perdido el gozo de la salvación y del primer amor.” Pobrecitos. Son niños en Cristo; siguen siendo carnales.

La segunda característica del estado carnal es esta: hay continuo pecado y fracaso. Pablo dice: “Pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales?” Un hombre que da rienda suelta a su mal genio, puede ser ministro, predicador del evangelio, maestro de Escuela Dominical, y ser muy fervoroso en la reunión de oración, ¡y sin embargo a menudo pone de manifiesto ansiedad, amargura o envidia! ¡Ay! En Gálatas 5:20 se nos dice que el odio y la envidia son obras predilectas de la carne. ¡Cuán a menudo se ve divisionismo y amargura entre cristianos que tienen que trabajar juntos! Que Dios tenga misericordia de ellos, porque el fruto del Espíritu, que es el amor, está ausente con tanta frecuencia de su propio pueblo.

Es posible que nos preguntemos: “¿Por qué es que durante

veinte años he luchado contra mi mal genio y no he podido dominarlo?” Es porque no hemos estado luchando contra la raíz de nuestro mal genio. No hemos advertido que es porque nos encontramos en estado carnal y no nos hemos entregado plenamente al Espíritu de Dios. Quizás nunca nos lo hayan enseñado; quizás nunca lo hayamos leído en la Palabra de Dios; quizás nunca lo hemos creído. Pero allí está; la verdad de Dios permanece inalterable. Jesucristo puede darnos la victoria sobre el pecado, y puede guardarnos de llegar a la transgresión. No estoy diciendo que la raíz del pecado será erradicada y que nunca más se manifestará en nosotros la tendencia natural a pecar. Cuando el Espíritu Santo viene como un don con su poder a ayudarnos, viene por gracia divina a llenarnos el corazón. Entonces hay victoria sobre el pecado, y poder para no satisfacer los deseos de la carne.

Puede verse la marca de la carnalidad no sólo en la falta de amor, el orgullo y la amargura, sino en muchos otros pecados. ¡Cuánta mundanalidad, cuánta ambición humana, cuánto deseo de recibir honor de los hombres —todo ello fruto de la vida carnal— que puede evidenciarse en muchas actividades cristianas! Recordemos que el estado carnal es un estado de continuo pecado y fracaso, y Dios quiere no sólo que confesemos los pecados individuales, sino que tengamos conciencia de que ellos son señal de que no estamos viviendo una vida plena y sana, que todavía somos carnales.

Una tercera marca es que dicho estado carnal puede coexistir con grandes dones espirituales. Hay diferencia entre los dones y las gracias del Espíritu Santo. Las gracias del Espíritu son la humildad y el amor, como la humildad y el amor de Cristo. Las gracias del Espíritu liberan al hombre de sí mismo; los dones del Espíritu capacitan al hombre para el trabajo. Esto lo vemos ilustrado entre los corintios. En el primer capítulo Pablo dice: “Doy gracias a Dios . . . que en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia.” En los capítulos 12 y 14 vemos que los dones de profecía y milagros se daban plenamente entre ellos; pero las gracias del Espíritu estaban notablemente ausentes.

Encontramos carnalidad no sólo en los corintios pero tam-

bién hoy día. Puedo ser ministro de la Palabra; puedo enseñar la Palabra de Dios maravillosamente; puedo tener influencia y atraer a una congregación numerosa, y sin embargo, puedo ser un hombre carnal; un hombre que puede ser usado por Dios, y sin embargo estar caracterizado por una vida carnal.

Todos conocen la ley de que cada cosa se nombre según su característica más notable. Ahora bien, en los corintios carnales había algo del Espíritu de Dios, pero predominaba la carne; el Espíritu no controlaba todos los aspectos de su vida. Por otro lado, los hombres espirituales no son denominados así porque no haya nada carnal en ellos, sino porque el Espíritu ha adquirido predominio, y cuando alguien los trata y conversa con ellos, siente que el Espíritu de Dios los ha santificado.

¡Ah! No nos dejemos confundir creyendo que porque Dios ha bendecido nuestro trabajo, somos de hecho personas espirituales. Dios puede darnos dones para usar, y sin embargo puede ser que nuestra vida no esté totalmente en poder del Espíritu Santo.

La cuarta característica del estado carnal es la imposibilidad de recibir verdades espirituales. Eso es lo que el apóstol les escribe a los corintios: “No pude predicarles como a espirituales; no están preparados para las verdades espirituales, después de tantos años de creyentes; todavía no pueden aceptarla; debo alimentarlos con leche.” Me temo que en la iglesia del siglo veinte a menudo cometemos un gran error. Tenemos congregaciones en las que la mayoría de las personas son creyentes carnales. Les damos enseñanza espiritual, y ellos la admiran, la entienden y se deleitan con ella sin embargo, su vida no resulta afectada en forma práctica. Trabajan para Cristo en cierta manera, pero apenas podemos reconocer la verdadera santificación del Espíritu; no nos atrevemos a decir que sean hombres espirituales, llenos del Espíritu Santo.

Ahora, reconozcamos esto en relación con nosotros mismos. Un hombre puede ser muy sincero y fervoroso, y recibir toda la enseñanza que oye; puede decir: “Ese hombre me ayuda en tal aspecto, aquel otro en otro sentido, y un tercer es notable por tal otro don.” Sin embargo, la vida carnal puede persistir en él y cuando tiene problemas con algún amigo, algún obrero cris-

tiano o con un inconverso, la raíz de la carnalidad produce su terrible fruto (el alimento espiritual no ha logrado entrar en su corazón). Tengamos cuidado con esto. Observemos a los corintios y aprendamos de ellos. Pablo no dijo que no pudiera exponerles la verdad porque fueran ignorantes o faltos de entendimiento. Los corintios estaban orgullosos de su sabiduría, y la buscaban por sobre todas las cosas. Pablo dijo: “Gracias doy a mi Dios . . . porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia.”

Encontramos carnalidad no sólo en los corintios, sino en todo el mundo cristiano de la actualidad. Muchos creyentes preguntan: “¿Por qué hay tanta debilidad en la iglesia?” Nunca podremos ser demasiado fervorosos en la enunciación de esta pregunta, y confío que Dios mismo nos toque de tal forma que le respondamos así: “Esto debe cambiar. Ten misericordia de nosotros.” ¡Pero, cuidado! Esa oración y ese cambio no pueden venir antes de que comencemos a advertir que hay una raíz de carnalidad que domina a los creyentes; viven más según la carne que según el Espíritu; son aún creyentes carnales.

Consideremos el pasaje del estado de carnales al de espirituales. ¿Conocía Pablo algún creyente espiritual? Sin duda que sí. ¡Basta leer el sexto capítulo de la Epístola a los Gálatas! Se trataba de una iglesia en la que las luchas, la amargura y la envidia estaban maduras. Pero el apóstol dice en el primer versículo: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre.” Aquí vemos que las cualidades del hombre espiritual son la humildad, el poder, y el amor para ayudar a restaurar a aquellos que han caído. El hombre carnal no puede hacer esto. Si es posible vivir una verdadera vida espiritual, la gran pregunta que corresponde hacer es: ¿Está al alcance y qué puedo hacer para alcanzar ese estado espiritual? Otra vez, tengo cuatro breves respuestas.

En primer lugar, debemos saber que sí hay la posibilidad de alcanzar esa vida aquí en esta tierra. Nada destruye las raíces de la vida cristiana tanto como la incredulidad. La gente no cree en lo que Dios ha dicho que está dispuesto a hacer para sus hijos. No cree que cuando Dios dice: “Sean llenos del Espí-

ritu Santo”, lo dice para todos los creyentes. Y sin embargo, Pablo escribió a los efesios, a cada uno de ellos: “Sean llenos del Espíritu, y no os embriaguéis con vino.” En la medida en que queremos embriagarnos con vino, en esa misma medida limitamos el ser lleno del Espíritu.

Ahora bien, si Dios quiere decir que esta vida es para los creyentes, lo primero que debemos hacer es estudiar y aceptar la Palabra de Dios hasta que nuestro corazón se llene, por fe, de la certidumbre de que dicha vida es posible, que es nuestro deber vivirla, y que *podemos* ser espirituales. La Palabra de Dios nos enseña que Dios no pretende que un hombre viva un solo minuto como debe hacerlo a menos que el Espíritu Santo esté en él para capacitarlo.

No queremos tener el Espíritu Santo sólo cuando predicamos, o cuando tenemos que enfrentar alguna tentación del diablo, o cuando tenemos alguna prueba dura que soportar. Dios dice: “Mi hijo no puede vivir una vida recta a menos que sea guiado por el Espíritu cada minuto.” Esa es la marca del hijo de Dios. “Todo aquel que es guiado por el Espíritu de Dios, es hijo de Dios.” En Romanos 5 leemos: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.” Esa debe ser la experiencia continua y cotidiana del cristiano, y no una circunstancia ocasional en su vida. ¿Alguna vez un padre o una madre habrán pensado: “Por esta vez quiero que mi hijo me ame”? Por supuesto que no; esperan que les ame todos los días.

Así, Dios quiere que sus hijos tengan el corazón continuamente lleno del amor del Espíritu. A los ojos de Dios, es antinatural pretender que un hombre ame como debiera si no está lleno del Espíritu. Creamos realmente que el hombre sí *puede* ser espiritual. Gracias a Dios, la bendición ya está a nuestra disposición. “Sed llenos del Espíritu.” “Sed guiados por el Espíritu.” Allí está la bendición. Si debemos decir: “Oh, Dios, yo no tengo esta bendición”, digámoslo, pero también digamos: “Señor, sé que es mi deber, mi solemne obligación, tener esa bendición, porque sin ella no puedo vivir en perfecta paz contigo todo el día; sin ella no puedo glorificarte y hacer la obra que me has dado que haga.” Este es el primer paso: la persona debe

advertir la vergüenza y la sensación de culpa de no haber alcanzado esa vida. Algunas personas admiten que hay vida espiritual, pero que ellos no la han alcanzado. Se tienen lástima y se lamentan pensando: “¡Qué lástima que sea tan débil para vivir esa vida! ¡Qué pena que Dios les de esa vida a otros pero que no me la haya dado a mí!” Tienen una gran compasión de sí mismos, en lugar de decir: “¡Ay! Nuestra propia incredulidad, falta de fe, nuestra propia desobediencia nos han impedido entregarnos totalmente a Dios. Debemos abochornarnos y avergonzarnos ante Dios porque no vivimos como personas espirituales.”

El hombre no se convierte si no está convencido de su pecado. Cuando llega a la convicción de pecado y sus ojos se abren, aprende a tener horror al pecado, a huir de él y acercarse a Cristo, y a aceptar a Cristo como el poderoso libertador. Sin embargo, el hombre necesita una segunda convicción de pecado, es decir, el creyente debe tener conciencia de su pecado personal. El pecado de un inconverso es diferente al del creyente. Por ejemplo, un inconverso generalmente no está consciente de su naturaleza corrupta. Piensa mayormente en pecados visibles: “He blasfemado, he sido un mentiroso, y voy camino al infierno.” De esa forma se siente llamado a convertirse. Pero el creyente está en una situación totalmente diferente. Sus pecados son mucho más pesados, porque le ha sido dada la luz y el amor del Espíritu de Dios. Sus pecados son más profundos. Ha luchado para vencerlos, pero al pasar el tiempo ha comprobado que su naturaleza está corrompida, que la mente carnal, la carne que está en él, le está tornando la vida enteramente miserable. Cuando el creyente llega a ser redargüido por el Espíritu Santo, es especialmente su vida de incredulidad la que lo condena, porque advierte que la culpa relacionada con ella le ha impedido recibir la plenitud del Espíritu Santo de Dios. Se humilla y avergüenza hasta prorrumpir en llanto: “Desdichado de mí, porque estoy arruinado; de oídas he oído hablar de Dios; sé mucho acerca de El, y he predicado acerca de El, pero ahora mis ojos lo ven.” Dios se acerca a él. Job, el justo, en quien Dios confiaba, vio en sí mismo su profundo pecado interior y su autojustificación como nunca antes los había advertido.

Sin esta convicción de parte de Dios, y llegar ante Dios para ser humillados y convencidos, nunca llegaremos a ser personas espirituales.

Luego viene la tercera fase, que consiste en dar un solo paso desde el estado carnal hacia el espiritual. Un solo paso. Este es el bendito mensaje que le entrego y se trata de un solo paso. Sé que mucha gente se negaría a admitir que se trata de un solo paso; creen que es demasiado poco para un cambio tan grande. ¿Pero no es la conversión un solo paso?

Así es también cuando el hombre pasa del estado carnal al espiritual. Se preguntará usted si cuando hablo del hombre espiritual estoy hablando de la madurez espiritual, de la verdadera santidad, y dirá: “¿Se produce en un solo día? ¿Acaso no hay un desarrollo gradual hacia la santidad?” Respondo que la madurez espiritual no llega en un día. No podemos pretender eso. Lleva tiempo hasta que la belleza plena de la imagen de Cristo se forma en la persona. Pero insisto en que hace falta un solo paso para salir de la vida carnal y entrar en la vida espiritual. Cuando el hombre rompe totalmente con la carne, cuando crucifica la carne con Cristo, cuando advierte que todo lo que ella produce está condenado, y que no puede librarse de ella, entonces da ese paso y clama al poder vencedor de Cristo en la cruz. Cuando hace esto y dice: “Esta vida espiritual está preparada para mí y es el regalo de mi Dios en Cristo Jesús,” comprende cómo un solo paso puede trasladarlo de la vida carnal a la vida espiritual.

En esa vida espiritual todavía habrá mucho que aprender. Todavía habrá imperfecciones. La vida espiritual no es perfecta; pero la característica dominante será espiritual. Cuando un hombre se ha entregado al verdadero, vivo y real poder del Espíritu de Dios, ha alcanzado la posición a partir de la cual puede crecer. Nunca se espera llegar a un estado de salud a partir de la enfermedad. Se puede llegar a tener fuerzas a partir de la debilidad, como el niño crece hasta llegar a ser un hombre fuerte; pero cuando hay enfermedad, lo primero es proceder a curarse para que haya sanidad. Hay creyentes que creen que se debe crecer hacia el estado espiritual desde el estado carnal. Eso no es posible. ¿Cómo se podía ayudar a aquellos corintios?

Darles leche no les ayudaba porque la leche era una prueba de su estado enfermizo. Darles carne no solucionaba nada, porque no estaban en condiciones de comerla. Lo que necesitaban era el bisturí del cirujano. Pablo dice que la vida carnal debe ser extirpada. “Los que son de Cristo han crucificado la carne” (Gálatas 5:24). Cuando la persona entiende lo que eso significa, y acepta con fe lo que Cristo puede hacer, entonces un solo paso puede hacerlo pasar de la vida carnal a la espiritual. Un simple acto de fe en el poder de la muerte de Cristo, un solo acto de sumisión a la comunión de la muerte de Cristo, pidiendo que el Espíritu Santo la haga nuestra, la hará nuestra, y ella nos liberará del poder de nuestros propios esfuerzos.

¿Qué fue lo que le proporcionó salvación a ese pobre pecador condenado que estaba en la mayor oscuridad y ruina en su estado de incredulidad? Sintió que no podía hacer nada bueno por sí mismo. ¿Qué hizo entonces? Vio delante de sí al todopoderoso Salvador y se arrojó en sus brazos; se entregó a ese amor omnipotente y exclamó: “Señor, ten misericordia de mi.” Esa fue su salvación. No fue por lo que hizo que Dios lo aceptó. Ah, hermanos, el que de nosotros está consciente de que en su vida predomina la carnalidad y diga: “Me caracteriza: soy un hombre religioso, sincero, amigo de la obra evangelística; trabajo para Cristo en mi iglesia, pero ¡ay! el temperamento, el pecado y la mundanalidad todavía dominan mi vida”, escuche lo que dice la Palabra de Dios. El que está dispuesto a decir: “He luchado, he orado, he llorado, pero nada me ha ayudado”, entonces debe hacer una cosa más. Debe advertir que el Cristo viviente es la provisión de Dios para su vida espiritual y santa. Debe creer que el Cristo que lo aceptó al convertirse, en su amor maravilloso le está esperando ahora para decirle que puede llegar a ser un hombre espiritual, totalmente consagrado a Dios. Si cree esto, su temor desaparecerá y dirá: “Es factible; si Cristo me acepta y se hace cargo, se hará.”

Finalmente, mi última etapa. La persona debe dar ese paso solemne pero bendito. A algunos de ustedes le habrá llevado cinco o diez años dar el paso de la conversión. Lloraron y oraron durante años y no encontraron paz, hasta que dieron ese paso. Así, en la vida espiritual, se puede ir de maestro en maestro y

decirles: “Cuéntenme acerca de la vida espiritual, del bautismo del Espíritu y de la santidad,” y, sin embargo, continuar en el mismo lugar. Muchos de nosotros añoramos liberarnos del pecado. ¿A quién le gusta tener un temperamento irascible? ¿A quién le gusta ser orgulloso? ¿A quién le gusta tener un corazón mundano? A nadie. Acudimos a Cristo para que nos cambie, y no lo hace. Preguntamos: “¿Por qué no lo hace? He orado con mucho fervor y sinceridad.” Es porque queríamos que sacara los frutos malos mientras la raíz venenosa seguía dentro de nosotros. No le dijimos que clavara la carne en la cruz y que de allí en adelante rendiríamos totalmente el yo al poder de su Espíritu.

Hay liberación, pero no de la forma en que la buscamos. Supongamos que un pintor tuviera una tela sobre la que quisiera realizar una hermosa pintura. Supongamos que la tela no le pertenece, y que cualquiera tiene derecho a apropiársela y darle otro destino. ¿Cree usted que el pintor dedicaría mucho esfuerzo a su obra No. Sin embargo, la gente quiere que Jesús se ocupe de quitarles este impulso o aquel pecado, aunque en su corazón aún no se han entregado totalmente a su guía y cuidado. Eso no puede ser. Pero si acudimos a él y le entregamos totalmente nuestra vida, Jesucristo es poderoso para salvar. Jesucristo quiere alcanzarnos con su gracia y llenarnos con su Espíritu.

¿Queremos dar ese paso? Dios nos asegura que podemos ser guiados por su Espíritu para consagrarnos a El como nunca antes. ¿Queremos acudir a El humildemente, confesando que en nosotros ha predominado la vida carnal, que nos ha caracterizado, y que tenemos la amarga certidumbre de que a pesar de toda la bendición que Dios nos ha dado, no ha hecho de nosotros lo que queremos ser: creyentes espirituales? *Sólo el Espíritu Santo, morando en nosotros, puede lograr que el hombre sea espiritual.*

Humillémonos entonces a los pies de Dios, con este único pensamiento: “Jesús, me entrego a ti, como vasija vacía, para que sea llenada de tu Espíritu.” Todos los días vemos en la mesa del desayuno una taza vacía esperando ser llenada cuando llegue el momento oportuno. Así con cada plato, con cada fuente.



Están limpios y vacíos, listos para ser llenados. Limpios y vacíos. ¡Oh, ven! Y así como el vaso está destinado a recibir lo que deberá contener, digámosle a Cristo que de hoy en adelante queremos ser vasijas destinadas a ser llenadas de su Espíritu, dedicados a ser espirituales. Desde el profundo vacío de nuestra alma digamos: “Oh, Dios, ¡no tengo nada!” Y seguramente, entonces, al colocarnos delante de El tendremos el derecho de decir: “¡Mi Dios cumplirá su promesa! Reclamo ante El la plenitud del Espíritu para que haga de mí un creyente espiritual en lugar de un creyente carnal.” Si nos ubicamos a los pies de Dios y nos quedamos allí; si permanecemos en esa entrega humilde y con una confianza de niños, tan seguros como que Dios vive, la bendición se *hará* presente.

¿No debiéramos arrodillarnos humillados ante Dios al pensar en su iglesia y ver que prevalece tanta carnalidad? ¿No debiéramos inclinarnos avergonzados ante Dios al pensar en toda la carnalidad que hay en nuestro corazón y en nuestra vida? Luego inclinémonos con mucha fe en la misericordia de Dios. La liberación está cerca, está en camino, nos espera, es segura. Confíemos. Dios la dará.

## 2. *La vida centrada en uno mismo*

---

*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.*

Mateo 16:24

En el versículo 13 leemos que en Cesarea de Filipo Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?” Cuando le contestaron, les preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” En el versículo 16 Pedro contestó y dijo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Jesús respondió diciéndole: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.” Luego, en el versículo 21 leemos que Jesús empezó a decirles a sus discípulos que se aproximaba su muerte; y en el versículo 22 Pedro comenzó a refutarle, diciendo: “Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca.” Pero Jesús se volvió y le dijo a Pedro: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.” Luego Jesús les dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.”

A menudo oímos hablar acerca de la vida de entrega y surge la pregunta: ¿Cuál es el secreto? ¿Por qué hay tantos creyentes que desperdician su vida en alianza con el mundo en lugar de vivir el testimonio, el privilegio y la gloria de los hijos de Dios? Entonces suele surgir otra pregunta: ¿Por qué es que cuando vemos algo que está mal, luchamos pero no podemos vencerlo?

¿Por qué, después de orar y prometer cientos de veces, estamos todavía viviendo una vida disminuida, dividida, ambivalente? Para esas preguntas hay una sola respuesta: el *yo* es la raíz de todo el problema. Por tanto, si alguien me pregunta: “¿Cómo puedo liberarme de esta vida conflictiva?”, la respuesta no puede ser: “Debes hacer esto o aquello, o tal otra cosa.” Debiera ser: “La vida nueva que viene de lo alto, la vida de Cristo, debe reemplazar a la vida del *yo*; sólo entonces podemos ser vencedores.”

Siempre vemos desde afuera hacia adentro. Hagamos lo mismo aquí; consideremos en este versículo solamente la frase “sí mismo”. Jesús le dijo a Pedro: “Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a *sí mismo*, y tome su cruz, y sígame.” Esa es la marca del discípulo; ese es el secreto de la vida cristiana: neguemos el *yo* y todo saldrá bien. Observemos que Pedro era creyente, un creyente que había sido instruido por el Espíritu Santo. Había dado una respuesta que había agradado mucho a Cristo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” No pensemos que era algo fácil de hacer. Nosotros lo aprendimos en el credo. Pedro no. Pero Cristo advirtió que el Espíritu Santo del Padre le había estado enseñando y dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás.” Pero fijémonos cuán fuerte era aún la naturaleza carnal en Pedro. Pedro podía entender lo de la divinidad: “Tú eres el Hijo de Dios;” pero cuando Cristo habló acerca de la cruz y de la muerte no lo pudo entender y se aventuró, con la confianza que tenía en sí mismo, a decir: “Señor, tal no te acontezca.” En otras palabras: “Tú no puedes ser crucificado y no puedes morir.” Y Cristo tuvo que reconvenirle: “Quítate de delante de mí, Satanás. No pones la mira en las cosas de Dios.” Jesús estaba diciendo: “Estás hablando como un simple hombre carnal, no como te enseñaría el Espíritu de Dios.” Luego continuó diciendo: “Recuerda, no sólo yo voy a ser crucificado, sino ustedes también. El hombre que quiera ser mi discípulo, debe negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme.”

Examinemos la expresión “*sí mismo*”. Sólo cuando empezamos a comprender qué es el *yo*, sabemos realmente lo que hay en la base de nuestros fracasos, y estamos preparados para buscar la liberación en Cristo.

Consideremos ahora, antes que nada, la naturaleza de la vida centrada en uno mismo; luego señalaremos algunas de sus obras y finalmente plantearemos la pregunta: “¿Cómo podemos liberarnos de ella?”

El *yo* es el poder con el que Dios ha creado y dotado a cada criatura racional. Constituye el centro mismo de cada ser. ¿Y por qué Dios ha dado este *yo* a los ángeles o a el hombre? El propósito era que pudiéramos traerlo como una vasija vacía ante Dios para que El la llenara con su vida. Dios me dio el poder de la autodeterminación para que le trajera mi ser cada día y le dijera: “Oh, Dios, obra en él. Te lo entrego.” Dios quería una vasija en la que pudiera derramar la divina plenitud de la belleza, la sabiduría, el poder; y así creó el mundo, el sol, las estrellas, los árboles, las flores, la hierba, todo lo cual muestra las riquezas de su sabiduría, belleza y bondad. Pero lo hacen inconscientemente. Luego Dios creó a los ángeles con ser y voluntad propias, para ver si voluntariamente acudirían a rendirse como vasijas para ser llenadas. ¡Pero no todos lo hicieron! Uno de ellos, encabezando una multitud, comenzó a admirarse a sí mismo y a pensar en los maravillosos poderes con que Dios lo había dotado, y a deleitarse en ellos. Comenzó a pensar: “¿Puede un ser como yo permanecer siempre dependiendo de Dios?” Se exaltó a sí mismo, y el orgullo lo enfrentó a Dios. En el mismo instante se transformó de ángel celestial en diablo del infierno. El *yo* entregado a Dios conlleva la gloria de permitirle al Creador revelarse en nosotros. El *yo* que rechaza a Dios es la oscuridad misma y el fuego del infierno.

Todos conocemos las terribles consecuencias de esta acción. Dios creó al hombre y Satanás vino en la forma de una serpiente y tentó a Eva con la idea de hacerse igual a Dios, de tener un “*yo*” independiente, conociendo el bien y el mal. Y mientras le hablaba, le inspiró, a través de esas palabras, todo el veneno y la esencia del infierno. Su propio espíritu diabólico, el veneno del infierno, ingresó en la humanidad, y es este “*yo*” maldecido el que hemos heredado de nuestros primeros padres. Fue ese “*yo*” el que trajo destrucción y ruina al mundo. Todo lo que hay de pecado, oscuridad, miseria y ruina; y todo lo que habrá a lo largo de interminables años de eternidad en el infierno, no

será otra cosa que el reinado del “yo”, la maldición del yo, separando al hombre de Dios. Si queremos entender plenamente lo que Cristo hizo por nosotros, y si queremos ser partícipes de una salvación plena, debemos aprender a conocer, odiar y renunciar totalmente a este “yo” condenado.

Ahora bien, ¿cuáles son las obras del yo? Podría mencionar muchas, pero tomemos las formas más simples que manifestamos continuamente: la autodeterminación, la autoconfianza y la autoexaltación.

La *autodeterminación*, que lleva a satisfacerse a uno mismo, es el gran pecado del hombre. Está en la raíz de todo compromiso con el mundo, que es lo que destruye a tanta gente. Los hombres no pueden entender por qué no habrían de satisfacerse a sí mismos a su antojo. Numerosos creyentes nunca han llegado a entender que cristiano es el hombre que nunca busca su propia voluntad sino que busca siempre la de Dios, como lo hace aquel en quien vive el propio espíritu de Cristo. “¡Heme aquí, vengo a hacer tu voluntad, Dios mío!”

Hay creyentes que hacen su propia voluntad en cientos de maneras, y que sin embargo tratan de ser felices, buenos, útiles; y no saben que dentro de ellos está su autodeterminación robándoles la posibilidad de la bendición. Cristo le dijo a Pedro: “Pedro, niégate a ti mismo.” Pero en lugar de hacerlo, Pedro dijo: “Negaré a mi Señor y no a mí mismo.” Nunca lo dijo con esas palabras, pero Cristo le dijo la última noche: “Tu me negarás,” y así lo hizo. ¿Cuál fue la causa? El deseo de hacer su propia voluntad. Se atemorizó cuando la sirvienta lo señaló como seguidor de Jesús, y tres veces exclamó: “No conozco a ese hombre, no tengo nada que ver con él.” Negó a Cristo. ¡Imaginemos la situación! No en vano Pedro derramó luego amargas lágrimas. Fue una elección entre el yo —ese horrible, maldito yo— y Jesús, el hermoso y bendito Hijo de Dios. Y Pedro eligió el “yo”. No en vano pensó: “En lugar de negarme a mí mismo, he negado a Jesús; ¡qué elección he hecho!” Con razón lloró amargamente.

Hermanos, observemos nuestra vida a la luz de las palabras de Jesús. ¿Encontramos autodeterminación, autosatisfacción? Recordemos esto: Cada vez que nos complacemos a nosotros

mismos, negamos a Jesús. Es una cosa o la otra. Debemos agradecerle a El sólo y negarnos a nosotros mismos, o complacernos a nosotros mismos y negarle a El.

Si nos complacemos a nosotros mismos, obtendremos la *autoconfianza*, con sus efectos relacionados: el autoesfuerzo, la autodependencia. ¿Qué llevó a Pedro a negar a Jesús? Cristo se lo había advertido. ¿Por qué no siguió la advertencia? A causa de su autoconfianza. Estaba seguro de sí mismo: “Señor, te amo. Durante tres años te he seguido. Señor, estoy seguro de que nunca te negaré. Estoy dispuesto a ir a la cárcel y aun a la muerte.” Era autoconfianza simplemente.

La gente me ha preguntado muchas veces: “¿Por qué fracaso? Deseo sinceramente vivir en la voluntad de Dios y oro tan fervientemente para lograrlo . . .” Mi respuesta generalmente es: “Simplemente porque confía en sí mismo.” Pero dicen: “No, no es así. Sé que no soy bueno, y sé que Dios está dispuesto a cuidarme. Pongo mi confianza en Jesús.” Pero les contesto: “No, hermano, no. Si usted confiara en Dios y en Jesús no fracasaría, en cambio confía en sí mismo.”

Debemos convencernos de que la causa de todo fracaso en la vida cristiana no es otra cosa que esta. Confío en este yo condenado en lugar de confiar en Jesús. Confío en mis propias fuerzas en lugar de confiar en la fuerza omnipotente de Dios. Y eso es lo que dice Cristo: “Este yo debe ser negado.”

La tercera manifestación del yo es la *autoexaltación*. Cuánto celo y orgullo hay en el mundo cristiano; cuánta sensibilidad respecto a lo que otros dicen o piensan de nosotros; cuánto deseo de alabanza humana y de agradar a los hombres, en lugar de vivir siempre en la presencia de Dios con un solo pensamiento: “¿Le estoy agradando a El?” Cristo dijo: “¿Cómo podéis creer a quienes se rinden honores unos a otros?” El rendirse mutuo honor hace totalmente imposible la vida de fe. El yo nacido del infierno nos separó de Dios, y es un engañador maldito que nos aleja de Jesús.

Finalmente, ¿qué debemos hacer para librarnos de él? Jesús nos contesta en este mismo versículo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.” Attendamos bien. Debo negarme a mí mismo y tomar a Jesús

mismo como mi vida; tengo que elegir. Hay dos vidas: la vida del yo y la vida de Cristo; debo elegir una de las dos. "Sígueme", dice nuestro Señor. "Hazme la ley de tu existencia, la regla de tu conducta; dame todo tu corazón; sígueme, y yo me haré cargo de todo." Amigos, es un solemne canje el que tenemos delante de nosotros: acudir y, advirtiendo el peligro del yo con su orgullo y su maldad, arrojarnos ante el Hijo de Dios, diciendo: "Niego mi propia vida. Tomo tu vida para mí."

La razón por la que los cristianos oran y oran pidiendo que la vida de Cristo surja en ellos, sin lograrlo, es que no han negado su yo. Usted se preguntará: "¿Cómo puedo librarme de la vida del yo?" Recordemos la parábola del hombre fuerte que guardaba su casa, hasta que vino uno más fuerte y lo expulsó. Luego la casa fue barrida y arreglada, pero estaba vacía, y entonces el hombre volvió con otros siete espíritus peores que él. Sólo Cristo mismo posesionándose de nuestra vida puede dominar la vida del yo. Recuerde al apóstol Pablo cuando vio la visión celestial. Para que no se enorgulleciera de sí mismo, Cristo le dio un agujijón en la carne para humillarlo. Tenía una tendencia natural a la autoexaltación que lo hubiera dominado, pero Cristo le libró de ello porque cuidaba fielmente al siervo que lo amaba.

Jesucristo es capaz, por su divina gracia, de impedir que el poder del yo se afirme o tome primacía. Jesucristo desea llegar a ser la vida del alma. Está deseoso de enseñarnos a seguirle de tal forma, y a tener el corazón y la vida de tal modo consagrados a El, que siempre sea El la luz del alma. Entonces podremos decir con el apóstol: "No yo, sino Cristo en mí." Las dos verdades van juntas. Primero "ya no yo", y luego "sino Cristo vive en mí."

Volvamos a Pedro otra vez. Cristo le dijo: "Niégate a ti mismo y sígueme." ¿Adónde lo guió? Lo guió hasta el Getsemaní, y allí Pedro falló, porque se durmió cuando debió estar despierto, velando y orando. Lo guió hasta el Calvario, hacia el lugar donde Pedro le negó. ¿Era esa la guía de Cristo? Alabado sea Dios, sí que lo era. El poder del Espíritu Santo no había venido aún. Pedro era todavía un hombre carnal (el espíritu estaba dispuesto, pero era incapaz de vencer; la carne era débil).

¿Qué hizo Cristo? Guió a Pedro hasta que cayó en total abatimiento y humillación en lo hondo del dolor. Jesús le guió más allá de la tumba, pasando por la resurrección, hasta Pentecostés. Y luego vino el Espíritu Santo, por medio del cual Cristo vino con su vida divina. Ahora Pedro podía decir: "Cristo vive en mí."

Hay una sola manera de ser liberado de la vida del yo. Debemos seguir a Cristo, dirigir nuestro corazón hacia El, escuchar sus enseñanzas, entregarnos al Señor cada día para que El sea todo en nosotros; y por el poder de Cristo la negación del yo se hará una bendita e incesante realidad. No llegará nunca la hora en que el creyente pueda decir: "No tengo yo que negar". Jamás podrá decir: "No necesito negar mi yo." No, la comunión con la cruz de Cristo comprende una incesante negación del yo en cada hora y en cada momento por la gracia de Dios. Debemos ser crucificados con Cristo Jesús. Debemos vivir con El como los que han sido bautizados en su muerte. ¡Pensemos esto! Cristo no tenía un yo pecaminoso, pero tenía un yo, y de hecho lo estuvo negando hasta la muerte. En el Getsemaní dijo: "Padre, pero no sea como yo quiero, sino como tú." Negó ese yo inmaculado hasta la muerte, para que el Padre pudiera recibirlo después de la tumba, resucitado y glorificado. ¿Podemos esperar ir al cielo de alguna forma diferente a la que fue El? ¡Cuidado! Recordemos que Cristo fue a la muerte y la tumba, y es en la muerte del yo, siguiendo a Cristo hasta las últimas consecuencias, que se alcanza la liberación y la vida.

Y ahora, ¿cómo podemos aprovechar esta lección del Maestro? La primera enseñanza es que nos debemos ocupar en humillarnos delante de Dios al considerar lo que el yo es en nosotros; reconocer que el yo es la causa de todo pecado, de todo defecto, todo fracaso, de todo lo que deshonra a Dios, y decir: "Señor, esto es lo que soy." Luego dejemos a Cristo tomar el control total de nuestra vida, creyendo que su vida puede ser la nuestra.

No pensemos que es fácil librarse del yo carnal. En una reunión de consagración es fácil hacer una promesa, y realizar un acto de entrega, pero la negación y muerte de nuestro yo debe ser tan solemne como la muerte de Cristo en el Calvario,

como la entrega de su ser sin pecado. El poder de la muerte de Cristo debe ejercer influencia sobre nosotros cada día. ¡Pensemos en el contraste entre ese Pedro obstinado y Jesús entregando su voluntad a Dios! ¡Qué contraste entre la autoexaltación de Pedro y la profunda humildad del Cordero de Dios, manso y humilde de corazón, ante Dios y los hombres! ¡Qué contraste entre la autoconfianza de Pedro y la honda dependencia de Jesús en su Padre cuando dijo: “Nada hago por mí mismo”!

Estamos llamados a vivir la vida de Cristo, y Cristo viene a vivir su vida en nosotros. Pero hay algo que debe ocurrir antes: debemos aprender a negar y odiar a nuestro yo. Como dijo Pedro cuando negó a Cristo: “No tengo nada que ver con él”, así debemos decir nosotros: “No tengo nada que ver con mi yo,” para que Cristo sea todo en todos. Humillémonos ante el pensamiento de lo que ha hecho este yo y cómo ha deshonrado a Jesús. Oremos fervientemente: “Señor, con tu luz descubre este yo; te rogamos que nos lo muestres. Abre nuestros ojos y revélanos lo que ha hecho, y muéstranos que es el único obstáculo que nos ha demorado.” Oremos así fervientemente, y luego esperemos en Dios hasta que nos descarguemos de todos nuestros ejercicios espirituales, de toda nuestra experiencia espiritual, y de todas nuestras bendiciones, hasta que podamos acercarnos a Dios con esta sola oración: “Señor y Dios, el yo tornó un arcángel en demonio, y el yo arruinó a mis primeros padres y los arrojó del paraíso a la oscuridad y a la miseria. El yo ha sido también la ruina de mi propia vida y la causa de todos mis fracasos; te ruego que me reveles esto.”

Y luego viene el bendito intercambio, cuando el hombre se vuelve capaz de decir: “Otro va a vivir mi vida, es otro el que hará todo por mí.” Ninguna otra cosa sirve. Neguemos el yo; tomemos la cruz para morir con Jesús; sigámoslo sólo a El. Que El nos dé la gracia para entender, recibir y vivir la vida de Cristo.

### ***3. Esperando en Dios***

---

*Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza.*

Salmo 62:5

La pregunta solemne que se nos presenta es ésta: “¿Es mi Dios un Dios que está por encima de las circunstancias, más cerca de mí de lo que cualquier circunstancia puede estar?” Hermano, ¿has aprendido a vivir tu vida en la seguridad de que Dios está contigo en tu realidad cada momento, que en las circunstancias difíciles está siempre más próximo que cualquier otra cosa? Todo nuestro conocimiento de la Palabra de Dios nos ayudará muy poco si esta pregunta no ha sido contestada adecuadamente en nuestra vida.

¿Por qué hay tantos hijos amados de Dios que se quejan continuamente así: “Mis circunstancias me separan de Dios; mis pruebas, mis tentaciones, mi carácter, mi temperamento, mis amigos, mis enemigos, todo se interpone entre mi Dios y yo”? ¿No puede Dios dominar de tal manera que esté más cerca de mí que cualquiera otra cosa en el mundo? ¿Pueden las riquezas o la pobreza, el gozo o la tristeza tener más poder sobre mí que mi Dios? No, no pueden. Pero, ¿por qué, entonces, los hijos de Dios se quejan tan a menudo de que sus circunstancias los separan de Dios? Hay una sola respuesta: “No conocen a su Dios.” Si hay problemas o debilidad en la iglesia de Dios es por esto. No conocemos al Dios que tenemos. Es por eso que anexa a la promesa de: “Yo les seré por Dios,” se agrega generalmente: “Y vosotros sabréis que Yo soy Dios.” Si lo sé, no por la enseñanza humana, no con la mente o la imaginación, sino por me-

dio de la evidencia vital que Dios pone en mi corazón, entonces sabré que la presencia de mi Dios será tan maravillosa, tan cercana que puedo vivir todos mis días y mis años como vencedor por medio de Aquel que me amó. ¿No es esta la vida que necesitamos?

La pregunta surge otra vez: ¿Por qué el pueblo de Dios no conoce a su Dios? Y la respuesta es: Apelan a cualquier cosa en lugar de apelar a Dios: a los ministros, a las predicaciones, a los libros, a las oraciones, al trabajo, a los esfuerzos; cualquier manifestación de la naturaleza humana, en lugar de esperar, y esperar todo el tiempo que sea necesario, hasta que Dios se revele. Ninguna enseñanza que podamos recibir, y ningún esfuerzo que podamos hacer, puede ponernos en posesión de esta bendita luz de Dios, que es el todo en nuestras almas. Pero está accesible, es alcanzable, si Dios se revela a sí mismo. Cada uno debiera preguntarse día tras día, si ha dicho: “Quiero más de Dios. No me hablen sólo de las hermosas verdades que hay en la Biblia. Eso no puede satisfacerme. Necesito de Dios.” En nuestra vida cristiana interior, en nuestras oraciones diarias, nuestro modo cristiano de vivir, en nuestra iglesia, en nuestras reuniones de oración, en nuestra comunión, debiera ser siempre así, que Dios tenga siempre el primer lugar; y si se le da lugar, El se hará cargo.

Si en nuestra vida individual la mira estuviera puesta en el Dios viviente, si cada corazón exclamara: “Mi alma tiene sed de Dios,” ¡qué poder, qué bendición, y qué presencia del eterno Dios se advertiría! Permitaseme usar un ejemplo. Cuando un hombre está dando una conferencia ilustrada, a menudo usa un puntero para indicar lugares en el mapa o la lámina. ¿Mira el puntero la gente? No, eso sólo les ayuda a ver los lugares en el mapa. Puede ser un puntero de oro, pero el puntero mismo no les satisface. Quieren ver lo que el puntero señala. Y la Biblia no es otra cosa que un puntero, que señala a Dios; y —permítaseme decirlo con reverencia—, Jesucristo vino para señalar, para indicarnos el camino, para llevarnos a Dios. Me temo que haya muchas personas que aman a Cristo y confían en El, pero fallan en cuanto a comprender la razón esencial de su obra; nunca han llegado a comprender lo que dice la Escritura: “Padeció, para llevarnos a Dios.”

Hay una diferencia entre el camino y el final al que apunta. Puedo estar viajando por una zona hermosa, con compañía deleitable; pero si tengo un hogar al cual quiero ir, todo el paisaje, toda la compañía, y toda la belleza y felicidad a mi alrededor, no pueden satisfacerme. Quiero alcanzar la meta. Quiero llegar a mi hogar. Y Dios es el hogar de nuestra alma. Cristo vino al mundo para hacernos volver a Dios, y a menos que tomemos a Cristo en esa condición, nuestra religión siempre estará dividida. ¿Qué leemos en Hebreos 7? “Puede salvar perpetuamente.” ¿A quién? “A aquellos que llegan a Dios por él;” no sólo aquellos que acuden a Cristo. En Cristo, —bendito sea su nombre— tenemos la gracia, la compasión y el amor de Dios. Pero corremos el peligro de quedarnos allí, contentos con eso. Cristo quiere llevarnos otra vez a Dios a regocijarnos en la gloria de Dios mismo, en su justicia, su santidad, su autoridad, su presencia y su poder. ¡Puede salvar completamente a aquellos que llegan a Dios a través de El!

Ahora, sólo algunas reflexiones acerca de la forma en que puedo llegar a conocer a Dios como el Dios que supera todas las circunstancias, llenando mi corazón y mi vida cada día. El punto básico es este: debo esperar en Dios. El original dice: “Mi alma está en silencio para con Dios.” ¿Cuál debiera ser el silencio del alma para con Dios? El alma consciente de su pequeñez, de su ignorancia, prejuicios y peligros debidos a la pasión y a todo lo que es humano y pecaminoso, debe decir: “Quiero que el eterno Dios entre en mí, y me tome de tal forma que me guarde en el hueco de su mano para toda mi vida. Quiero que tome tal dominio de mi ser para que en cada momento esté obrando y siendo el todo en mí.” Esto es lo que está implícito en la verdadera naturaleza de Dios. ¡Qué importante que estemos en silencio ante El, esperando en El!

¿Puedo preguntar, con reverencia: “Para qué es Dios?” Dios es para esto: para ser la luz y la vida de la creación, la fuente y el poder de todo lo que existe. Los bellos árboles, el verde césped, el brillante sol, han sido creados por Dios de modo que muestren su belleza, su sabiduría y su gloria. Pensemos en un árbol que tiene cien años. Cuando fue plantado, Dios no le dio un lapso de vida en el cual desarrollara su existencia. No, en

realidad, cada año Dios viste al árbol con follaje y fruta; cada año viste los lirios de nuevo con su belleza. Cada día y cada hora es Dios quien mantiene la vida a toda la naturaleza. Y Dios nos creó para que pudiéramos ser vasijas vacías en las cuales pudiera forjar su propia belleza, voluntad, amor, y a la semejanza de su bendito Hijo. Es para eso que está Dios, para obrar incesantemente en nosotros por su maravilloso poder. Cuando comienzo a entender esto, dejo de pensar en la vida cristiana plena como un elevado ideal, imposible y antinatural, sino que digo: “Es lo más natural del mundo que Dios me sostenga cada momento y que El esté más cerca de mí que ninguna otra cosa.” Qué locura es pensar que no puedo esperar que Dios esté conmigo en todo momento. Observemos la luz del sol. ¿Hemos tenido alguna vez problemas para trabajar, estudiar, o leer a la luz del sol? ¿Hemos dicho alguna vez: “¡Ay!, ¿cómo puedo hacer para retener esa luz? ¿Cómo puedo sujetarla? ¿Cómo puedo asegurarme de tenerla a mi disposición?” Nunca hemos pensado en esto. Dios ha previsto que el sol nos provea de luz sin que tengamos que ocuparnos de ello. La luz llega sin que se la busque. Y yo pregunto: ¿Qué piensa usted? El Dios que dispuso que la luz del sol, que un día se ha de acabar, nos llegue inconscientemente y se mantenga poderoso y benefactor, ¿acaso no estará deseoso, o no será capaz de dejar que su luz y su presencia nos alumbrén de tal modo que podamos caminar todo el día más cerca de El que de ninguna otra cosa?

Alabado sea Dios por esa seguridad. Porque puede hacerlo. ¿Pero por qué no lo hace más? ¿Por qué lo hace tan pocas veces y tan débilmente? Hay una sola respuesta: No lo dejamos. Estamos tan ocupados y llenos de otras cosas, de asuntos religiosos, predicando y orando, estudiando y trabajando, tan ocupados con nuestra religión, que no le damos tiempo a Dios para hacerse conocer, para entrar y hacerse cargo. Hermanos, oigamos lo que dijo aquel hombre que conocía tan bien a Dios, y comencemos a decir también: “Mi alma sólo espera en Dios.”

Puedo demostrar que esta es la verdadera gloria del Creador, la verdadera vida de Cristo introducida en el mundo, la que El vivió, y la que Cristo quiere que vivamos en total dependencia. El verdadero secreto de la vida de Cristo fue este: tenía tal

conciencia de la presencia de Dios, que aun ante Judas, que lo traicionó, o Caifás, que lo condenó injustamente, o Pilato, que lo entregó para ser crucificado, la presencia del Padre estaba sobre, dentro y alrededor de El. Los hombres no podían tocar su espíritu. Y eso es lo que Dios quiere ser para usted y para mí. ¿Acaso toda nuestra impaciente ansiedad y vanos esfuerzos no prueban que no hemos dejado obrar a Dios? Dios está atrayendo hacia sí. Este no es nuestro propio deseo, o el anhelo de nuestro corazón. Es el magnetismo eterno de la divinidad que nos atrae. Esos inquietos anhelos, esa sed que nos acomete, —recordemos—, son obra de Dios. Acerquémonos y estemos quietos, y esperemos en Dios. El se nos revelará.

¿Y cómo hemos de esperar en Dios? Respondo: Antes que nada, al orar dediquemos más tiempo a quedarnos quietos sin pronunciar palabra ante Dios. ¿Qué es lo más importante en la oración? Que me asegure de ser escuchado por Aquel a quien me dirijo. No estamos en condiciones de hacer ninguna petición hasta que estamos plenamente seguros de haber logrado la atención de Dios. Me dirá el lector que ya sabe todo eso. Si, lo sabe, pero necesita que su corazón esté lleno del Espíritu Santo, de una conciencia santa de que verdaderamente el eterno y todopoderoso Dios se ha acercado a El. El amante Dios anhela que le pertenezcamos a El. Quedémonos quietos ante Dios, esperemos y digamos: “Oh, Dios, toma posesión de mi vida. Revelate, no a mis pensamientos o a mi imaginación, sino por medio de una solemne, reverente, y subyugante conciencia de que me estás alumbrando, y llévame a una actitud de dependencia y humildad.”

La oración puede ser una sincera espera en Dios, pero en buena medida la oración no es de este tipo. Esperar en Dios es el primer y el mejor comienzo de la oración. Si nos inclinamos en humilde y silencioso reconocimiento de la gloria y la proximidad de Dios cuando oramos, recibiremos la bendición que generalmente sólo alcanzamos al final. Desde el comienzo mismo estoy cara a cara con Dios. Estoy en contacto con la eterna omnipotencia del amor, y sé que Dios me va a bendecir. No temamos estar quietos ante Dios. Luego trasladaremos esta actitud a nuestro trabajo. Y cuando vayamos el domingo a la

iglesia, o a la reunión de oración los días de semana, será con el deseo de que nada se interponga entre Dios y nosotros, y de que nunca lleguemos a estar ocupados escuchando y atendiendo que olvidemos la presencia de Dios.

¡Que Dios haga de cada ministro lo que Moisés fue al pie del Monte Sinaí! “Moisés guió al pueblo para encontrarse con Dios”, y efectivamente se encontraron con El hasta que tuvieron miedo. Que cada ministro pida, con toda la sinceridad de que sea capaz, que Dios lo libre del pecado de predicar o enseñar sin hacer que el pueblo sienta en primer lugar: “Este hombre quiere llevarnos ante Dios mismo.” Eso se puede sentir, no sólo en las palabras, sino en la disposición del corazón humilde, expectante, devoto. Debemos asumir esta actitud en toda nuestra adoración. Debemos hacerla materia de estudio, hablar acerca de ello, y ayudarnos unos a otros, porque esta verdad ha sido muy descuidada en la iglesia de Cristo. Debemos esperar en Dios al respecto. Luego podremos transferirlo a la vida cotidiana. Hay muchos creyentes que se preguntan por qué fracasan; pero pensemos en la facilidad con que pasan horas conversando y charlando, sin advertir que todo ello puede estar diluyendo el poder del Espíritu e impidiéndoles pasar tiempo en la presencia misma de Dios. Me temo que esta es la dificultad principal: no estamos dispuestos a hacer el sacrificio que requiere una vida de continua espera en Dios. ¿No nos encontramos, muchos de nosotros, incapaces de pasar cada momento bajo la sombra del Altísimo, “en lo secreto de su tabernáculo”? Amados, no creamos que es algo demasiado alto o demasiado difícil. Es demasiado difícil para que usted o yo lo obtengamos, pero Dios nos lo dará. Comencemos ahora mismo a esperar más honradamente en Dios. Inclinémonos en silencio en nuestro hogar. En la habitación esperemos en silencio, haciendo un pacto, sin palabras quizás, de que con todo nuestro corazón buscaremos que la presencia de Dios se haga real en nosotros.

¿Qué es la religión? Todo lo que permitamos que Dios obre en nosotros. Y si queremos más religión, más gracia, más fortaleza y más fruto, debemos tener más de Dios en nosotros. Que sea esta nuestra exclamación: ¡Más de Dios! ¡Más de Dios! ¡Más de Dios! Y digamos a nuestra alma: “Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza.”

#### *4. La entrada en el reposo*

*Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado.*

Hebreos 4:1

*Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia (Hebreos 4:11).*

Quiero responder, en la forma más simple posible, a la siguiente pregunta: “¿Cómo alcanza una persona ese reposo?”; al mismo tiempo señalar los sencillos pasos que debe dar (todo ello incluido en un solo acto de entrega y fe).

El primer paso es aprender a decir: “Creo sinceramente que hay descanso en la vida de fe.” Israel pasó por dos etapas. Eso se expresa bellamente en Deuteronomio 5: Nos sacó para que nos pudiera introducir (dos partes de la obra de redención de Dios). Nos sacó de Egipto para poder introducirnos en Canaán. Y esto se aplica a todo creyente. Al convertirnos, Dios nos sacó de Egipto, y ese mismo Dios poderoso está deseoso de hacernos entrar en Canaán. Sabemos cómo Dios sacó a los Israelitas, pero luego ellos no quisieron que les hiciera entrar, de modo que anduvieron vagando por el desierto cuarenta años, al estilo de muchos creyentes. En la conversión Dios los saca, pero luego no dejan que les haga entrar en todo lo que tiene preparado para ellos. Al hombre que me pregunta: “¿Cómo puedo entrar en el reposo?” le digo en primer lugar: “Diga estas palabras: ‘Creo que hay un descanso en el cual Jesús, nuestro Josué, puede hacer entrar al alma creyente.’” Y si queremos saber la diferencia entre ambas vidas —la que hemos estado viviendo y



la que ansiamos vivir observemos la diferencia que hay entre el desierto y Canaán. En el desierto erraron de aquí para allá durante cuarenta años; en Canaán tuvieron perfecto descanso en la tierra que Dios les había dado. Esa es la diferencia entre la vida del creyente que ha entrado en Canaán y la del que no lo ha hecho. En el desierto, una vida de subidas y bajadas, avances y retrocesos; yendo tras el mundo y volviendo arrepentidos; arrastrados por la tentación y regresando sólo para volver a divagar. En Canaán, en cambio, una vida de descanso merced a la cual el alma ha aprendido a confiar: “Dios me guarda en cada momento por su gran poder.”

Hay una segunda diferencia: la vida en el desierto era una vida de deseos, de necesidades; en Canaán, una vida de plenitud. En el desierto no había qué comer, y con frecuencia no había agua. Por gracia Dios suplía sus necesidades por medio del maná y el agua de la roca. Pero, ¡ay!, no estaban satisfechos con eso, y su vida estaba llena de anhelos y quejas. Pero en Canaán Dios les dio viñas que no habían plantado. El trigo de la tierra les estaba esperando. Era una tierra que fluía leche y miel, una tierra que vivía por la lluvia del cielo, cuidada por el propio Dios. Hermanos, digamos hoy: “Creo que es posible cambiar la vida de oscuridad y tristeza, de muerte espiritual y murmuración que he vivido hasta ahora, por el país donde todas las necesidades son satisfechas, donde la gracia de Jesús se muestra suficiente cada día, cada hora.” Digamos ahora: “Creo en la posibilidad de tal país de reposo para mí.”

Hay una tercera diferencia: en el desierto no había victoria. Cuando los israelitas, después de haber pecado en Cades, intentaron enfrentar a sus enemigos, fueron derrotados. En la Tierra Prometida dominaron a todos sus enemigos; desde Jericó en adelante, fueron de victoria en victoria. Así Dios espera, Cristo espera, el Espíritu Santo espera para darnos la victoria día tras día. No para librarnos de las tentaciones; no, eso no; sino, en unión con Cristo, darnos el poder necesario para poder decir: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). “Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37). Que Dios ayude a cada corazón a decir esto.

Luego viene el segundo paso. Quiero que usted diga no sólo: “Creo que existe esa clase de vida”, sino también: “Yo no la tengo todavía.” Algunos dirán: “La he buscado”; otros dirán: “Nunca escuché hablar de ella”, y otros: “Pensé que la había alcanzado, pero la volví a perder”. Espero que cada uno sea honesto con Dios.

Y ahora, aquellos que nunca la han encontrado, deben comenzar a decir: “Señor, hasta este momento nunca la he tenido.” ¿Por qué es importante expresarse así? Porque, querido amigo, algunas personas quieren deslizarse gradualmente hacia esta vida de descanso, introducirse silenciosamente, y Dios no lo acepta. La vida en el desierto no sólo ha sido una vida triste para algunos, sino de pecado y de deshonra para Dios. Todo ingreso a una vida más profunda de liberación debe ser por convicción de pecado y confesión; por tanto, todo creyente debe estar dispuesto a decir: “No he vivido esa vida, y soy culpable. He deshonrado a Dios. He sido como Israel. He provocado la ira de Dios por mi incredulidad y mi desobediencia. ¡Dios tenga misericordia de mí!” ¡Ah!, que la siguiente confesión secreta llegue hasta Dios: “No tengo esa vida; no he glorificado a Dios mediante una vida en la tierra del reposo.”

Ahora el tercer paso: quiero que el lector diga: “Gracias a Dios, esa vida es para mí.” Algunos dirán: “Creo que existe esa vida, pero no es para mí.” Hay personas que constantemente repiten: “Mi carácter es tan inestable, mi voluntad es tan débil, mi temperamento tan nervioso e irritable que me es imposible vivir sin preocupación, descansando en Dios.” Amado hermano, nadie debe decir esto. El que lo dice es por una sola razón: No sabe lo que Dios puede hacer por él. Comencemos a apartar la mirada de nosotros mismos y miremos a Dios. Retomemos esas preciosas palabras: “Los sacó para hacerlos entrar.” El Dios que los hizo cruzar el mar Rojo los hizo cruzar el Jordán para entrar en Canaán. El Dios que nos convirtió es el Dios capaz de darnos una vida llena de bendición cada día. Comencemos a decir, con el nacimiento de una débil fe, y aun antes de hacerla nuestra, comencemos a decir aunque sólo sea intelectualmente: “Es para mí. Lo creo realmente. Dios no deshereda a ninguno de sus hijos. Lo que ofrece es para todos. Creo que esa vida de bendición me

está esperando. Está dispuesta para mí. Dios está esperando para concedérmela y forjarla en mí. ¡Gloria a su nombre bendito! Mi alma también lo dice por mí!" ¡Ah!, tomemos esa pequeña palabrita "mí" y mirando al rostro mismo de Dios atrevámonos a decir: "Este tesoro inestimable es para mí, el más débil e indigno; es para mí." ¿Lo ha dicho ya? Dígalo ahora: "Esta vida es posible para mí también."

El cuarto paso consiste en decir: "No podré nunca, por más que me esfuerce, alcanzarla por mí mismo. Es Dios quien me la concederá." Quiero que usted sea muy audaz al decir: "Es para mí." Pero luego debe humillarse y decir: "No puedo lograrla. No puedo alcanzarla solo." ¿Entonces cómo puede lograrla? Alabado sea Dios, porque si una vez El hizo anidar en nosotros la sensación de una total desesperación e invalidez, luego puede también acercarse y decirnos: "¿Confiarás en tu Dios para que haga la obra en ti?" Amados hermanos, digamos en nuestro corazón: "Mediante ningún esfuerzo propio, puedo, alcanzar a Dios o lograr esto por mí mismo. Es Dios quien debe otorgarlo. Debemos valorar esta bendita incapacidad. Es Dios quien nos sacó. Es El quien debe hacernos entrar. Nuestra mayor bendición es nuestra incapacidad. Pidamos a Dios en oración que por su Espíritu Santo nos revele esta total incapacidad, y nos abrirá el camino a la fe para poder decir: "Señor, tú debes hacerlo, de lo contrario nunca lo lograré." Y Dios lo hará.

La gente se pregunta, cuando escucha tantos sermones acerca de la fe, y tantos que ruegan ansiando creer, por qué no pueden creer. Hay una sola respuesta: el yo. El yo trabaja, prueba, lucha, pero tiene que fracasar. Mas cuando llega al límite y sólo puede exclamar: "¡Señor, ayúdame! ¡Señor, ayúdame!", entonces se acerca la liberación. Creámoslo. Fue Dios quien hizo entrar al pueblo. Es Dios quien nos hará entrar a nosotros.

Debiéramos estar dispuestos a renunciar a todo por amor al reposo. La gracia de Dios es gratuita. Se da sin dinero y sin precio. Y sin embargo, Jesús dijo que cualquier hombre que quisiera obtener la perla de gran precio, debe sacrificarlo todo por ella, y venderlo todo para comprarla. No es suficiente ver la belleza, el atractivo y la gloria, llegar incluso a probar el gozo

y la alegría de esta vida maravillosa que nos ha presentado. Debemos poseerla, ser dueños del campo. Los hombres que encontraron el campo con el tesoro y el hombre que encontró la perla estaban todos gozosos pero todavía no eran propietarios. Lo habían encontrado, visto y deseado, se habían alegrado, pero todavía no lo habían obtenido. No sería de ellos hasta que no vendieran todo, renunciaran a todo y compraran el terreno y la perla.

¡Ah!, amigos, hay mucho a lo que debemos renunciar: el mundo, sus placeres, favores, la buena opinión. Nuestra relación con el mundo debe ser como fue la de Jesús: el mundo lo rechazó y lo expulsó, y nosotros debemos asumir la posición de nuestro Señor, a quien pertenecemos, y seguir al Cristo rechazado. Debemos renunciar a todo. Debemos renunciar a todo lo bueno que tenemos y humillarnos hasta el polvo de la muerte. Y eso no es todo. Nuestra pasada vida religiosa, nuestra experiencia y éxito deben ser dejados a un lado. Debemos reducirnos a nada de modo que sólo Dios tenga la gloria. Dios nos ha sacado mediante la conversión; Dios nos dio su propia vida. Pero nosotros la hemos manchado con la desobediencia y la incredulidad. Renunciemos a todo. Renunciemos a toda nuestra sabiduría y opiniones respecto a la obra de Dios. Qué difícil es para el ministro de la Palabra renunciar a toda su sabiduría, dejarla a los pies de Jesús, convertirse en un hombre sencillo y decir: "Señor, no sé nada como debiera saberlo. He predicado el Evangelio, ¡pero cuán poco he visto de la gloria de esa tierra y esa vida benditas!"

¿Por qué es que el Espíritu Santo no puede enseñarnos más eficazmente? Por esta razón: la sabiduría del hombre se lo impide; la sabiduría humana impide que la luz de Dios nos alumbré. De manera que podríamos decir de otras cosas: Renunciemos a todo. Algunos tienen que abandonar un pecado íntimo. Puede haber un cristiano que está enojado con su hermano. Puede haber una creyente que se ha peleado con su vecina. Puede haber amigos que no están viviendo como tales. Puede haber cristianos aferrados a alguna cosa pequeña pero dudosa; no quieren rendirse y dejar atrás toda la vida del desierto y sus deseos.

Le ruego que de este paso y diga: Estoy dispuesto a renunciar a todo para obtener esta perla de gran precio: mi tiempo, mi atención, mi negocio. Todo queda subordinado al reposo de Dios que debe ser lo más importante en mi vida. Dejo todo para caminar en perfecta comunión con Dios. “No se puede lograr esto, y vivir en comunión con Dios, a menos que consagremos tiempo. Todo lleva tiempo. ¿Cuántas horas diarias durante años y años ha pasado una joven para llegar a ser eficiente en el piano? ¿Cuántos años estudia un joven para capacitarse como médico o abogado? Horas, días, semanas, meses, años, entregados con alegría para prepararse para la profesión. ¿Y pensamos que la religión es tan barata que sin dedicarle tiempo podremos alcanzar la comunión con Dios? Imposible. No obstante, hermanos, la perla de gran precio lo vale todo. Dios vale todo. Cristo vale todo.

Acudamos a Jesús y digamos: “Señor, a cualquier precio, ayúdame; quiero vivir esa vida.” Si encontramos difícil decir esto, y sentimos una lucha dentro de nosotros, no nos preocupemos. Digámosle a Dios: “Señor, creía que estaba dispuesto, pero descubro que el mal todavía está en mí.” Si nos quedamos a sus pies y confiamos en El por su gracia, podemos estar seguros de que la liberación llegará.

Luego viene el quinto paso, que consiste en decir: “Ahora sí me entrego al santo y eterno Dios para que El me conduzca al reposo perfecto.” Debemos aprender a enfrentar a Dios cara a cara. Mi pecado me ha puesto contra Dios. David sintió eso cuando dijo: “Contra ti, contra ti solo he pecado” (Salmo 51:4).

Tendremos que enfrentarnos personalmente a Dios mismo como Juez. Es Dios quien se acercó a nosotros para perdonar nuestros pecados. Acudamos hoy y abandonémonos a los brazos del Dios viviente. Dios es amor. Dios está cerca. Dios está esperando para bendecirnos. El corazón de Dios nos anhela. “Hijo mío —dice Dios—, tú crees que estás añorando el reposo; soy Yo quien te añora a ti, porque deseo reposar en tu corazón, tomarlo como mi hogar, mi templo.” Necesitamos de Dios. Pero Dios nos necesita a nosotros, para encontrar la plena satisfacción como Padre a través de Cristo en nosotros. Acerquémonos y digamos hoy: “Ahora me entrego a Cristo. He tomado la de-

cisión. Deliberadamente digo: ‘Señor Dios, quiero comprar la perla de gran precio. Renuncio a todo por ella. En el nombre de Jesús acepto la vida del perfecto reposo’.”

Y ahora viene mi última reflexión. Cuando hayamos dicho lo que antecede, agreguemos: “Y ahora, confío que Dios hará realidad todo esto en mi experiencia. Sea que viva un año o treinta, hoy he oído esto: ‘Dios es Jehová, el gran YO SOY de existencia eterna. Y treinta años son lo mismo para El que este instante’; y ese Dios se da a sí mismo para mí, no según mi poder para retenerlo, sino según el poder de su gran amor para sostenerme.”

¿Confiamos en Dios de hoy en adelante? ¿Miraremos a Dios en Cristo Jesús una vez más? Cientos de veces hemos oído decir y hemos dicho: “Dios nos ha dado a su Hijo.” ¿Por qué no decir: “¿Cómo no me dará con El todas las cosas, cada momento y cada día de mi vida?” Digámoslo en fe. “¿Cómo no va a querer Dios guardarme en la luz de su rostro, en la plenitud de la experiencia salvadora de Cristo? Dios hizo el sol tan brillante que su luz pugna por entrar en cada hueco y en cada rincón. Si es así, ¿cómo no querrá mi Dios, que es amor, estar dispuesto todo el día a alumbrar mi corazón, de la mañana a la noche, año tras año?” Dios es amor y añora entregarse a nosotros.

Hermanos, hemos vivido hasta aquí una vida de esfuerzo propio. ¿No queremos comenzar hoy? ¿No queremos elegir una vida en la que Dios sea el todo y podamos descansar en El? ¿No elegiríamos una vida en la que podamos decir: “Dios, te lo pido, lo espero, confío en ti. Entro hoy en tu reposo, para que Tu me guardes; para que me guardes a toda hora. Entro en el descanso de Dios.” ¿Estamos listos para decir esto? Seamos valientes; no temamos; podemos confiar en Dios. El es quien hace entrar en el reposo. Escuchemos una vez más las palabras de Dios por medio de los profetas: “Descansa; quédate en silencio. No temas ni desmaye tu corazón.” Josué hizo entrar a Israel en la Tierra Prometida. Dios lo hizo por medio de Josué; y Josué es Jesús, nuestro Jesús, que nos lavó con su sangre; nuestro Jesús, a quien hemos conocido como nuestro precioso Salvador. Confíemos en El otra vez hoy: “Oh, mi Josué, tómame, hazme entrar y confiaré en ti, y en el Padre Dios.” Podemos estar seguros de esto. El nos tomará y la obra será realizada.

## 5. Primero el reino

*Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.* Mateo 6:33

Habremos oído acerca de la gran necesidad de unidad en la vida cristiana y en la obra cristiana. . . ¿Y dónde está el nexo entre la unidad en la vida de la iglesia, la vida del creyente individual y la obra a realizar entre los paganos? Una de las expresiones de esa unidad es: “Buscad primeramente el reino de Dios.” Eso no significa, como mucha gente interpreta: “Busquen la salvación; busquen entrar en el reino y luego agradezcan a Dios y descansen.” Oh, no; el significado de esas palabras es muy diferente y mucho más amplio. Significa: Deja que el reino de Dios, en toda su extensión y anchura, en toda su gloria celestial y su poder, sea la meta central y única de tu vida, y todas las demás cosas te serán añadidas. “Buscad primeramente el reino de Dios.”

Quiero intentar responder a dos preguntas muy simples: (1) “¿Por qué el reino de Dios debe ocupar el primer lugar?” (2) “¿Cómo puede lograrse esto?” Primero: “¿Por qué debe ocupar el primer lugar el reino de Dios?” Dios nos ha creado como seres racionales a fin de que cuanto más claramente veamos que según la ley de la naturaleza algo se nos presenta como conveniente y de absoluta necesidad, tanto más estemos dispuestos a aceptarlo y a procurar alcanzarlo. Y ahora, ¿por qué dice Cristo: “Buscad primeramente el reino de Dios”? Si queremos entender la razón, miremos a Dios y miremos al hombre.

Miremos a Dios. ¿Quién es Dios? El gran Ser, por el cual

existe el universo; en quien y sólo en quien el universo encuentra su plena felicidad. El universo vino de El. No se puede encontrar descanso ni gozo fuera de El. ¡Ah, si los cristianos entendieran que Dios es fuente de felicidad, de bendición perfecta y eterna! ¿Cuál sería el resultado? Todo cristiano podría decir: “Cuanto más tengo de la voluntad del amor y de la comunión con Dios, obtengo más felicidad.” Si los cristianos creyeran esto de todo corazón, podrían, con suma facilidad, renunciar a todo lo que los separa de Dios. ¿Por qué nos resulta tan difícil mantener la comunión con Dios? Un joven ministro me dijo una vez: “¿Por qué me interesa mucho más estudiar que orar? ¿Cómo puede enseñarme el arte de la comunión con Dios?” Mi respuesta fue: “Hermano, si tenemos de Dios el concepto que debemos tener, el arte de la comunión con El vendrá por sí solo y será un deleite.”

¡Sí, si creyéramos que Dios es todo felicidad para quien acuda a El, todo una fuente de bendición ilimitada, cómo renunciaríamos a todo por El! ¿No es la felicidad lo más atractivo que hay en el mundo? ¿No es la alegría que hay en la belleza, en la virtud, en cada logro, lo que nos atrae? Y si creemos que Dios es fuente de gozo, de dulzura, de poder para bendecir, entonces nuestro corazón se apartará de todo para exclamar: “¡Oh, belleza de mi Dios! ¡Sólo en El me regocijo!” Pero, ¡ay!, el reino de Dios a muchos les parece una carga, algo antinatural. Parece un esfuerzo, de modo que buscamos un poco de alivio en el mundo. Dios no es nuestro gozo primordial.

Vengo a usted con un buen mensaje. Es acertado porque Dios es amor infinito, bendición ilimitada; es acertado y más: es nuestro mayor privilegio escuchar las palabras de Cristo y buscar a Dios y su reino por sobre todas las cosas.

Observemos ahora al hombre, y su naturaleza humana. ¿Para qué fue creado el hombre? Para vivir a la semejanza e imagen de Dios. Pues bien, si hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, no podemos encontrar nuestra felicidad en algo diferente que aquello en que Dios encuentra su gozo. Cuanto más nos parezcamos a El, tanto más felices seremos. ¿En qué encuentra Dios su felicidad? En dos cosas: en la justicia y en la bondad eternas. Dios es justicia ilimitada. “Dios es luz,

y no hay ninguna tiniebla en él.” El reino, el dominio, la ley de Dios no nos traerán otra cosa que justicia. “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia.” Si los hombres supieran lo que es el pecado, y si realmente desearan verse librados de todo lo que se parezca al pecado, ¡qué gran mensaje sería este! Jesús viene a guiarnos hacia Dios y su justicia. Fuimos creados para ser como Dios en su perfecta justicia y santidad. ¡Qué perspectiva!

También debemos ser semejantes a El en amor. El reino de Dios significa esto: que en Dios hay una ley de amor universal. El ama, y ama y nunca deja de amar; y añora bendecir a todo aquel que se somete a sus requisitos. Dios es luz y amor. Y ahora viene el mensaje para el hombre. ¿Podemos imaginar una nobleza más excelsa; podemos imaginar mayor grandeza que tomar la posición de Dios, y ser uno con Dios y su reino, es decir, tener el corazón lleno de su reino; tener a Dios mismo como Rey y porción?

Sí, mi amigo, recuerde que no debemos simplemente tratar de obtener bendiciones del reino aquí y allá. La gloria del reino es esta: que Dios es todo en todos. El imperio francés, en la época de Napoleón, tenía como ideal la gloria militar. El corazón de cada francés temblaba al nombre de Napoleón por ser ese hombre que había dado gloria al imperio. Si advirtiéramos lo que significa que Dios nos introduzca en su reino, e introduzca el reino en nosotros, y con el reino tener a Dios mismo, el Bendito, poseyéndonos, seguramente nada nos movería más el corazón de entusiasmo. ¡Primero el reino de Dios! ¡Bendito sea su nombre!

Miremos al hombre. No hablo de los pecados del hombre, ni de la perversidad humana, ni de la búsqueda incesante de placer, descanso, liberación del pecado, sino que digo simplemente: “Pensemos en lo que es el hombre según la creación y pensemos en lo que es ahora por la redención.” Que cada corazón diga: “Es cierto. No hay ninguna bendición ni gloria como la del reino. El reino de Dios debería ser lo primero en toda mi vida y en mi ser.”

Pero ahora viene la pregunta importante: “¿Cómo puedo lograr esto?” Esta es la pregunta que perturba la vida de cientos

de miles de creyentes en todo el mundo. Y es extraño que les resulte tan difícil encontrar la respuesta; cientos de miles de personas no pueden dar una respuesta; y otros, cuando escuchan la respuesta, no pueden entenderla. El día que el centurión encontraba su deleite en su consagración al Imperio Romano, éste se posesionaba de él con todo su poder y su gloria.

Querido amigo, ¿cómo alcanzaremos esta bendita posición en la cual el reino de Dios ha de llenar nuestro corazón con tal entusiasmo que espontáneamente le daríamos el primer lugar cada día? La primera respuesta es renunciar a todo por el reino. Hemos oído acerca del soldado romano que renunció a su alma, a sus afectos, a su vida —a todo—, por hacerse soldado. Hemos leído en la historia, tanto antigua como moderna, acerca de hombres que sin ser soldados sacrifican su vida por su rey o su país. Hemos oído decir cómo en la República de Sudáfrica hace un tiempo atrás se libró la guerra de independencia. Después de tres años de opresión por los ingleses, el pueblo dijo que no lo soportaría más, de modo que se reunieron para pelear por su libertad. Sabían que eran débiles, comparados con el poderío inglés, pero dijeron: “Debemos lograr nuestra libertad a cualquier costo.” Se unieron para pelear por ella, y una vez que hicieron el pacto, se volvieron a su casa para prepararse para la lucha. Tal entusiasmo se apoderó de ese pueblo que en muchos casos las mujeres, cuando el esposo estaba autorizado a quedarse en el hogar, les decían: “No, vete, aunque no te lo hayan mandado.” Y había madres que, cuando les solicitaban a un hijo para el frente, ofrecían dos y tres. Todos estaban listos para morir. Se trataba realmente de “nuestro país ante todo lo demás.”

Así debe ser con nosotros si queremos que nos inunde el reino de Dios. Ruego a Dios que, por su misericordia, podamos renunciar a todo por él. Quizás al principio no sepamos lo que eso significa, pero tomemos estas palabras y pronunciémoslas ante Dios: “Todo, absolutamente todo, por el reino de Dios.” Perseveremos en ello, y por el Espíritu Santo Dios empezará a darnos una doble bendición: la bendición del reino que viene a inundar el corazón, y la bendición de estar entregados a él y de renunciar a todo por él.

“¡Primero el reino de Dios!” ¿Cómo puedo alcanzar esa vida bendita? La respuesta es: “Renunciar a todo por él.” Y luego una segunda respuesta es: Vivamos cada día y cada hora de la vida en la humilde actitud de querer mantener esa posición. Hay personas que escuchan este desafío, dicen que es cierto y que quieren obedecerlo. Pero si les preguntamos cuánto tiempo pasan con Dios cada día, nos sorprenderíamos al saber cuán poco tiempo le dedican. Y sin embargo se sorprenden de que desaparezca de su vida la bendición. Demostramos el valor que les asignamos a las cosas por el tiempo que les dedicamos. El reino debiera venir primero, cada día y todos los días. Que el reino sea lo primero cada mañana. Comencemos el día con Dios y Dios mismo mantendrá su reino en nuestro corazón. Creámoslo.

Roma hacía todo lo posible por mantener la autoridad del hombre que se entregaba totalmente al servicio del imperio. Y Dios, el Dios viviente, ¿no mantendrá su autoridad en nuestra alma si nos sometemos a El? Sin duda que lo hará. Acudamos a El y entreguémonos a El en comunión por medio de Cristo Jesús. Procuremos mantener esa comunión con Dios todos los días. Amigo, no se puede poner el reino de Dios primero y de vez en cuando, para relajarnos, desprendernos y buscar entretenimiento en las cosas de este mundo. La gente tiene la sospecha de que la vida se volverá muy solemne, muy esforzada; que será muy difícil cada día, desde la mañana a la noche, poner al reino de Dios primero.”

Mi última respuesta a la pregunta: “¿Cómo puede lograrse?”, es que sólo puede ser por el poder del Espíritu Santo. Recordemos que la Palabra de Dios nos exhorta a ser llenos del Espíritu Santo. Si nos satisfacemos con menos del Espíritu que lo que Dios ofrece, sin entregarnos total y enteramente para ser llenados por El, no estamos obedeciendo el mandamiento. Pero escuchemos: Dios ha dado una hermosa provisión. Cristo Jesús vino predicando el mensaje del reino y proclamó: “El reino se ha acercado.” “Algunos —dijo—, no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder.” A sus discípulos les dijo: “El reino está entre vosotros.” ¿Y cuándo vino el reino de Dios a la tierra? Cuando descendió el Espíritu

Santo. En el día de la Ascensión el Rey fue y se sentó en el trono a la diestra de Dios, y entonces se inauguró el reino de Dios en Cristo, el reino de Dios en la tierra.

Cuando bajó el Espíritu Santo, trajo a Dios y a Cristo al corazón y estableció el dominio de Dios con poder. Me temo que al hablar del Espíritu Santo nos olvidamos de algo. Muchas veces se habla del Espíritu Santo con relación al poder; y está bien que busquemos poder. La santidad, la humildad, la mansedumbre, la benignidad, el amor: estas son las verdaderas marcas del reino. Decimos bien al afirmar que el Espíritu Santo es el único que puede proporcionarnos todo. Pero creo que hay una tercera cosa casi más importante, que es: en el Espíritu, son el Padre y el Hijo quienes vienen. La primera vez que Cristo prometió el Espíritu Santo y habló de su próxima llegada, dijo: “En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. . . , y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:20, 21, 23). Hermano, el que tiene primero el reino de Dios en su vida, debe tener el reino en su corazón. Mi corazón puede estar en algo que me ata con cadenas, pero en el momento en que las cadenas se sueltan vuelo hacia el objeto de mi afecto y mi deseo. Así, si el reino está dentro de nosotros, será fácil decir: “Primero el reino.” Pero para tener realmente el reino en nosotros, debemos tener dentro de nosotros también, a Dios Padre y a Cristo el Hijo, por el poder del Espíritu Santo. No hay reino sin el Rey.

Estamos llamados a asemejarnos a Cristo. ¡Cuántos cristianos se esfuerzan tras tal o cual rasgo de Cristo, y olvidan la raíz del asunto! ¿Cuál es la raíz? Que Cristo se entregó totalmente a Dios, a su reino y a su gloria. Dio su vida para que el reino de Dios pudiera establecerse. Si damos nuestra vida a Dios en cada momento como sacrificio vivo, el reino vendrá con poder a nuestro corazón. Entreguémonos a Cristo. Dejemos a Cristo el Rey reinando en nuestro corazón, y el reino celestial vendrá y su presencia y su ley se conocerán con poder. Pensemos en ese evento de la eternidad que se menciona en 1 Corintios 15:28,

Dios ha confiado el reino a Cristo, pero llegará un día en que Cristo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos. En aquel día, Cristo dirá ante el universo: "Esta es mi gloria. ¡Devuelvo el reino al Padre!"

Cristianos, si nuestro Cristo encuentra su gloria aquí en la tierra en el acto de morir y sacrificarse a sí mismo por el reino, y luego, en la eternidad, en darle el reino a Dios, ¿no hemos de acudir nosotros a Dios para hacer lo mismo, y considerar todo lo que tenemos como pérdida, a fin de que el reino de Dios se haga manifiesto y Dios sea glorificado?

## 6. *Cristo, nuestra vida*

---

*Cristo, vuestra vida.*

Colosenses 3:4

Una pregunta que se plantea a todos es: "¿Cómo puedo vivir una vida de perfecta confianza en Dios?" Muchos no conocen la respuesta correcta o la respuesta completa. Es esta: "Cristo debe vivir en mí." Fue para esto que se encarnó, para vivir una vida de confianza en Dios y mostrarnos cómo deberíamos vivir. Cuando hubo cumplido eso en la tierra, volvió al cielo para hacer algo más que enseñarnos a vivir esa vida de fe en nosotros. Según lo que comprendemos que es la vida de Cristo y cómo llega a ser nuestra, estaremos preparados para desear y pedirle que El mismo viva en nosotros. Cuando veamos cómo es esa vida, podremos entender cómo es que El realmente puede tomar posesión de nosotros y hacernos semejantes a sí mismo.

Quiero dirigir especialmente mi atención a esa primera pregunta. Quisiera poner delante de usted la vida de Cristo como El la vivió, para que podamos entender lo que tiene para nosotros y lo que podemos esperar de El. Cristo vivió en la tierra una vida que quiere que imitemos literalmente. A menudo decimos que deseamos ser como Cristo. Estudiamos los rasgos de su carácter, las marcas de sus pisadas y pedimos gracia para asemejarnos a El, y sin embargo tenemos muy poco éxito. ¿Por qué? Porque queremos cosechar el fruto sin que exista la raíz. Si realmente queremos entender lo que significa imitar a Cristo, debemos ir hasta lo que constituye la raíz de su vida ante Dios. Era una vida de total dependencia, total confianza, absoluta entrega; y hasta que seamos uno con El en esto, que

fue el principio de su vida, es inútil buscar aquí o allá rasgos de su vida de gracia para intentar imitarlos.

En el relato evangélico encontramos cinco puntos de especial importancia: el nacimiento de Cristo, su vida en la tierra, su muerte, su resurrección y su ascensión. En estos eventos tenemos lo que un viejo autor ha llamado “el proceso de Cristo Jesús”, por el cual llegó a ser lo que hoy es: nuestro Rey glorificado y nuestra vida. Es en todo este proceso de vida que debemos ser hechos semejantes a El. Veamos el primer punto. ¿Qué tenemos que decir acerca de su nacimiento? Esto: recibió su vida *de Dios*. ¿Y qué de su vida sobre la tierra? La vivió en absoluta dependencia *de Dios*. ¿Su muerte? Entregó su vida *a Dios*. ¿Su resurrección? Fue levantado de la muerte *por Dios*. ¿Su ascensión? Vive su vida en la gloria *con Dios*.

Primero, su nacimiento. Recibió su vida de Dios. ¿Por qué es necesario considerar esto? Porque ese fue el punto de partida de toda su vida. Dijo: “El Padre me ha enviado”; “el Padre ha dado al Hijo todas las cosas”; “el Padre ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo.” Cristo la recibió como su propia vida, del mismo modo que Dios tiene vida en sí mismo. Y sin embargo, en todo momento fue una vida dada y recibida. “Porque el Padre todopoderoso me ha dado esta vida a mí, el Hijo del Hombre en la tierra, puedo contar con Dios para mantenerla y cumplirla cabalmente.” Y esa es la primera lección que necesitamos. Necesitamos meditar a menudo en ella, orar, pensar, y esperar ante Dios hasta que nuestro corazón se abra a la maravillosa certidumbre de que el eterno Dios tiene una vida divina dentro de nosotros que no puede existir sino por El.

Creo que Dios me ha dado esta vida; su raíz está en El, y debe ser mantenida por El. A menudo pensamos que Dios nos ha dado una vida espiritual, que ahora nos pertenece, y de la que debemos hacernos cargo; y luego nos quejamos de que no podemos conducirla bien. No es extraño. Debemos aprender a vivir como Cristo lo hizo.

En segundo lugar, la vida terrenal de Cristo. ¿Cómo vivió Cristo durante los treinta y tres años que anduvo en la tierra? Vivió en dependencia de Dios. Ya sabemos lo que decía constantemente: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo. Las

palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta.” Jesús esperaba constantemente la enseñanza, las órdenes, la guía del Padre. Oraba al Padre pidiendo poder. Todo lo que hacía, lo hacía en nombre del Padre. El, el Hijo de Dios, sentía la necesidad de orar mucho, de perseverar en la oración, de traer la vida de Dios a la tierra y mantenerla por la comunión con Dios en oración. Oímos hablar mucho acerca de confiar en Dios. Y podríamos decir: “Ah, eso es lo que quiero,” pero quizás olvidemos en qué radica el secreto: que Dios, en Cristo, debe hacer todo en nosotros. No sólo necesito a Dios como alguien en quien confiar, sino que debo tener a Cristo dentro de mí para que me dé el poder para confiar. El debe vivir su propia vida de confianza en mí.

Observemos esto en la maravillosa historia de Pablo, el apóstol, el amado siervo de Dios. Corría el riesgo de caer en la autoconfianza y Dios le envió aquella terrible prueba en Asia para humillarlo, para impedir que confiase en sí mismo en lugar de confiar en el Dios viviente. Dios se ocupó de que su siervo pudiera seguir confiando. En 2 Corintios 12 está el relato del aguijón en la carne. Pablo estaba en peligro de exaltarse a sí mismo, y el bendito Señor lo humilló y le enseñó: “Te vuelvo débil para que aprendas a confiar no en ti sino en mí.” Si queremos entrar en el reposo de la fe y permanecer allí; si queremos vivir la vida de victoria en la tierra de Canaán, debemos comenzar aquí. Debemos ser quebrantados en nuestra autoconfianza y aprender, como Cristo, a depender absoluta y constantemente de Dios.

Hay en esto una obra mayor aún de lo que quizás sepamos. Debemos ser quebrantados y la expresión habitual de nuestra alma debe ser: “No soy nada; Dios es todo. No puedo caminar una sola hora delante de Dios como debiera, a menos que Dios guarde la vida que ha puesto en mí.” Qué bendita solución da Dios entonces a todos nuestros interrogantes y dificultades cuando dice: “Hijo mío, Cristo ya ha hecho todo esto por ti. Cristo ha forjado en ti una nueva naturaleza que puede creer en mí; y Cristo, el que vive en los cielos, vivirá en ti y te hará capaz de vivir una vida de fe.” Eso es lo que dijo Pablo: “Tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios.” ¿Qué sig-



nifica? ¿Significa mediante Cristo simplemente como mediador o intercesor? Por cierto que no. Significa mucho más: mediante Cristo viviendo en nosotros y haciéndonos capaces de confiar en Dios como confió El.

En tercer lugar la muerte de Cristo. ¿Qué nos enseña la muerte de Cristo sobre nuestra relación con Dios? Nos descubre una de las lecciones más profundas y solemnes sobre la vida de Cristo, una que la iglesia de Cristo ha comprendido poco realmente. Sabemos lo que la muerte de Cristo significa como expiación, y nunca enfatizaremos suficiente la bendita sustitución y el bendito derramamiento de sangre que hicieron posible nuestra redención. Pero recordemos que esa es sólo la mitad del significado de la muerte de Cristo. La otra mitad es esta: así como Cristo fue mi sustituto y murió por mí, también es mi cabeza, en quien, y con quien, yo muero; y así como El vive para interceder por mí, vive en mí para llevar adelante y perfeccionar su propia vida. Si quiero saber cómo es esa vida que él vive en mí, debo contemplar su muerte. Por su muerte demostró que tenía vida sólo para administrarla y gastarla por Dios. Sin excepción alguna, hasta el final, vivió para Dios, en cada momento y en todo lugar.

Por tanto, si se quiere vivir una vida de perfecta confianza debe haber una total entrega de la vida y la voluntad hasta la muerte misma. Se debe estar dispuesto a recorrer todo el camino con Jesús, hasta el Calvario mismo. Cuando Jesús tenía doce años dijo “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” Y luego cuando fue bautizado en el Jordán: “Conviene que cumplamos toda justicia.” Y así a lo largo de su vida, siempre dijo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió.” “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.” “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad.” Y otra vez durante la agonía en Getsemaní, sus palabras fueron: “No se haga mi voluntad sino la tuya.”

Alguien podrá decir: “Quiero realmente vivir una vida de verdadera confianza; deseo que Cristo viva en mí; añoro alcanzar tal apreciación de Cristo que me dé la certidumbre de que Cristo vivirá para siempre en mí; quiero alcanzar la plena se-

guridad de que Cristo, mi Josué, me mantendrá en la tierra de victoria.” ¿Qué hace falta para esto? Mi respuesta es: “Ten cuidado que no tomes a un falso Cristo, un Cristo imaginario o a un medio Cristo.” ¿Y qué es el Cristo pleno? El Cristo pleno es el hombre que dijo: “Renuncio a todo hasta la muerte para que Dios sea glorificado. No tengo ningún pensamiento propio, ningún deseo; no viviría un instante si no es para la gloria de Dios.”

Se me dirá en el acto: ¿Qué cristiano es capaz de hacer esto? Esa no es la pregunta que corresponde; más bien se debe decir: “¿Lo ha logrado Cristo, y Cristo promete vivir en mí?” Aceptemos a Cristo en su plenitud y dejemos que El nos muestre cuán lejos nos puede llevar y qué obra puede hacer en nosotros. No pongamos condiciones ni hagamos estipulaciones sobre el fracaso, sino entreguémonos a El, abandonémonos a El, a este Cristo que vivió una vida de total consagración a Dios a fin de poder preparar una nueva naturaleza que pudiera impartirnos y en la cual pueda hacernos semejantes a sí mismo. Entonces estaremos en el camino por el cual puede guiarnos hacia una experiencia bendita y hacia la posesión de lo que El puede hacer por nosotros.

Cristo Jesús vino al mundo con el mandamiento del Padre de entregar su vida. Vivió con ese único pensamiento en el pecho durante toda su vida. Y el pensamiento central que debiera haber en el corazón de todo creyente es este: “Estoy muerto con Cristo, absoluta y definitivamente entregado a Dios para esperar que El cumpla su propósito y su gloria en mí momento a momento.” Pocos son los que obtienen la victoria, el gozo y la experiencia plena al mismo tiempo. Pero podemos hacer lo siguiente: adoptar la actitud correcta y mientras miramos a Cristo y lo que El fue, decir: “Padre, me has hecho partícipe de la naturaleza divina, partícipe de Cristo. Deseo vivir mi vida ante ti en el poder y la semejanza de la vida que Cristo te entregó hasta la muerte.”

La muerte es algo solemne y horrible. Le costó a Cristo una tremenda agonía en Getsemaní morir de esa manera. No es extraño que a nosotros nos cueste tanto. Pero lo aceptamos voluntariamente cuando aprendemos el secreto: sólo por la muerte nos llega la vida de Cristo; en la muerte se alcanza una

bendición inexpresable. Era esto lo que hacía que Pablo estuviera dispuesto a aceptar que lo sentenciaran a la muerte; conocía al Dios que había derrotado la muerte. La sentencia de muerte está decretada sobre todo lo que pertenece a la naturaleza. ¿Estamos dispuestos a aceptarla, a apreciarla? ¿No estamos más bien tratando de escapar de la sentencia o de olvidarla? No creemos plenamente que la sentencia de la muerte pese sobre nosotros, y sin embargo, todo lo que forma parte de la naturaleza debe morir. Pidámosle a Dios que nos dé el deseo de creer en el corazón que morir con Cristo es la única forma de vivir con El.

Se preguntará: “¿Tiene que ser un morir cada día?” Sí, amado hermano. Jesús vivió cada día con la perspectiva de la cruz, y nosotros, en el poder de su vida victoriosa, habiendo sido hechos partícipes de su muerte, debemos alegrarnos cada día de poder bajar con El a la muerte. Permítame que lo ilustre. Tomemos un roble que haya existido varios cientos de años. ¿Cómo nació? En una tumba. La bellota fue plantada en la tierra y se formó una tumba para que la bellota muriera. Murió y desapareció, echó raíces hacia abajo y brotes hacia arriba, y ahora ese árbol ha estado en pie durante cientos de años. ¿En qué se afirma? En su tumba; todo el tiempo se apoya en la misma tumba en que murió la semilla; está plantado estirando sus raíces cada vez más hondo en la tierra, en esa tierra donde hizo su tumba; y sin embargo, a pesar de estar firme en la tumba, donde murió ha seguido creciendo cada vez más alto, más fuerte, más ancho y más hermoso. Y todo el fruto que alguna vez llevó y todo el follaje que lo adornó año tras año, se lo deba a la tumba en la cual sus raíces son guardadas y cuidadas. Nosotros, también, debemos todo a la tumba de Cristo.

¡Ah, que vivamos cada día enraizados en la muerte de Cristo! No temamos, antes bien digamos: “Muero a mi propia voluntad; a la sabiduría humana, a la fuerza humana; al mundo muero yo pues es en la tumba de mi Señor donde su vida tiene su comienzo, su fuerza y su gloria.”

Esto nos trae a la próxima reflexión. Primero, Cristo recibió vida de su Padre; en segundo lugar, Cristo vivió en dependencia del Padre; tercero, Cristo entregó su vida al Padre; y en cuarto

lugar, Cristo recibió nuevamente su vida al ser levantado por el Padre, por el poder de la gloria del Padre. ¡Ah, qué profundo significado tiene la resurrección de Cristo! ¿Qué hizo Cristo al morir? Bajó a la oscuridad y a la total impotencia de la muerte. Renunció a la vida, que había sido una vida sin pecado; una vida que había recibido de Dios; una vida que era preciosa y bella y dijo: “La pondré en las manos de mi Padre si me lo pide.” Y lo hizo. Estaba en la tumba esperando en el Padre para hacer su voluntad; y porque honró plenamente a Dios estando en la absoluta soledad, Dios le elevó a la máxima gloria y poder. Cristo no perdió nada al entregar su vida a la muerte por amor al Padre.

Si queremos que la gloria y la vida de Dios se posen sobre nosotros, es en la tumba de la total impotencia donde nace esa vida de gloria. Jesús fue levantado de la muerte, y el poder de la resurrección puede obrar en nosotros, y por la gracia de Dios lo hará. Que nadie espere vivir una vida recta hasta que viva una plena resurrección en el poder de Jesús. Permítame expresar de otra forma lo que significa la resurrección.

Cristo tuvo una vida perfecta, dada por Dios. El Padre dijo: “¿Renunciarás a esa vida por mí? ¿La dejarás a una orden mía?” Y así lo hizo, pero Dios se la devolvió en una segunda vida eternamente más gloriosa que la vida terrenal. Así hará Dios con cada uno que voluntariamente esté dispuesto a renunciar a su vida. ¿Alguna vez has comprendido esto? Jesús nació dos veces. La primera vez nació en Belén. Ese nacimiento lo introdujo a una vida de debilidades. Pero luego vino el segundo nacimiento, cuando surgió de la tumba; El es el “primogénito de entre los muertos.” Al renunciar a la vida que tenía por el primer nacimiento, Dios le dio vida en un segundo nacimiento, en la gloria del cielo y el trono de Dios.

Hermano en Cristo, esto es exactamente lo que tenemos que hacer. Se puede ser creyente sincero y obrero exitoso. Puede tratarse de un creyente que en alguna medida ha crecido y ha avanzado; pero si no ha alcanzado la plenitud de la bendición, necesita llegar a una segunda y más honda experiencia del poder salvador de Dios; necesita que, así como Dios con su poder lo sacó de Egipto, a través del mar Rojo, lo acerque al Jordán y

lo haga entrar en la tierra de Canaán. Amado, hemos sido bautizados en la muerte de Cristo. Es una forma de decir: “He tenido una vida muy bendecida. He tenido muchas experiencias hermosas, y Dios ha hecho muchas cosas por mí; pero estoy consciente de que algo anda mal. Estoy consciente de que esta vida de descanso y de victoria no es mía. Antes de obtener una vida de descanso y victoria en el trono, Cristo debió morir y renunciar a todo. Hagámoslo nosotros también, y compartiremos con Él la victoria y la gloria. En la medida que sigamos a Cristo a través de la muerte y la resurrección, el poder y la gloria serán nuestros.

Luego viene nuestro último punto. El quinto paso es su maravillosa senda, la ascensión. Fue levantado para estar para siempre con el Padre. Porque se humilló a sí mismo, Dios le exaltó a lo sumo. ¿De dónde viene la belleza y la bendición de la exaltación de Jesús? Para Él, significó perfecta comunión con el Padre; para los demás, la participación en la omnipotencia de Dios. Sí, ese fue el fruto de su muerte. La Escritura promete que en la vida resucitada Dios nos dará no solamente gozo, paz que sobrepasa todo entendimiento, victoria sobre el pecado, descanso en Dios, sino que también nos bautiza en el Espíritu Santo; o en otras palabras, nos llena con el Espíritu Santo. Jesús fue elevado hasta el trono de Dios para que allí recibiera del Padre el Espíritu en su nueva y divina manifestación, para ser derramada en nosotros en su plenitud.

Y cuando alcanzamos esa vida de resurrección, la vida en la fe de aquel que es uno con nosotros, y que está sentado allí en el trono, nosotros también podemos ser partícipes de la comunión con Cristo Jesús, el que está para siempre en la presencia del Padre, y el Espíritu Santo nos llenará, para obrar en nosotros en una forma que hasta ahora no hemos conocido.

Jesús recibió esa vida divina por depender absolutamente del Padre durante toda su vida, dependiendo de Él aun hasta la muerte. Obtuvo esa vida en la gloria plena del Espíritu, por entregarse en obediencia total a Dios, dejando a Dios obrar en su poder aun dentro de la tumba. Y ese mismo Cristo vivirá su vida en usted y en mí. ¡Qué misterio! ¡Qué gloria! Y, divina certidumbre, Jesucristo se propone vivir esa vida en cada uno

de nosotros. ¿Acaso no debiéramos, entonces, humillarnos ante Dios? ¿Hemos sido creyentes durante tanto tiempo sin advertir lo que somos? Soy una vasija apartada, limpia, vacía, consagrada; simplemente a la espera de que cada momento Dios, en Cristo, por su Espíritu Santo, produzca en mí toda la santidad y la vida de Cristo que a Él le plazca. Hasta que la iglesia de Cristo baje a la tumba de la humillación, de la confesión y la vergüenza; hasta que la iglesia de Cristo se humille hasta el polvo delante de Dios, y espere en Él para que haga algo nuevo, maravilloso, sobrenatural para elevarla, permanecerá débil en todos sus esfuerzos de vencer al mundo.

¡Cuánta tibieza, cuánta mundanalidad, cuánta desobediencia, cuánto pecado! ¿Cómo podremos pelear la batalla, enfrentar las dificultades? La respuesta es: Cristo, el resucitado, el entronizado, el poderoso, debe venir a morar en los miembros individualmente. Pero no podemos pretender esto a menos que muramos con Él. Mencioné el árbol que crecía alto y bello, a pesar de que durante cientos de años sus raíces se fueron hundiendo cada vez más hondo en la tumba en la que había muerto la semilla.

Hijos de Dios, debemos bajar más hondo en la tumba de Jesús. Debemos cultivar la sensación de incapacidad, de dependencia y de nulidad hasta que nuestra alma camine cada día ante Dios en un temor santo y profundo. Dios nos guarde de ser cualquier cosa. ¡Dios nos enseñe a esperar en Él para que Él haga en nosotros todo lo que hizo en su Hijo, a fin de que Cristo Jesús pueda desplegar su vida en nosotros! ¡Que Dios nos ayude a alcanzar esto!

## 7. La humildad de Cristo es nuestra salvación

*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, . . . el cual se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*  
Filipenses 2:5-8

A todos nos resulta familiar este hermoso pasaje. Pablo está hablando de una de las cosas más simples y concretas de la vida diaria, la humildad. Y en relación con ello, nos da una hermosa exposición de una verdad divina. En este capítulo se presenta la eterna deidad de Jesús, quien tenía la forma de Dios, y era uno con El. Tenemos su encarnación: descendió y tomó forma de hombre. Tenemos su muerte y con la redención correspondiente —se hizo obediente hasta la muerte. Tenemos su exaltación: Dios le exaltó a lo sumo. Tenemos la gloria de su reino —toda rodilla se doblará, y toda lengua le confesará. ¿Y en qué contexto? ¿Es un estudio teológico? No. ¿Es una descripción de lo que es Cristo? No. Está en relación con un llamado simple y directo a la vida de humildad en la relación de los unos con los otros. Nuestra vida en la tierra está unida a toda la gloria eterna de la deidad revelada en la exaltación de Jesús. El mismo hecho de mirar a Jesús, el mismo acto de doblar las rodillas ante Jesús, deberían ir unidos a la más profunda humildad. Consideremos la humildad de Jesús. En primer lugar, esa humildad es nuestra salvación; luego, esa humildad es precisamente la salvación que necesitamos; y por último, esa humildad es la salvación que nos dará el Espíritu Santo.

La humildad es la salvación que nos trae Cristo. Esa es nuestra primera reflexión. A menudo tenemos ideas muy vagas

—casi diría visionarias—, acerca de lo que es Cristo; amamos la persona de Cristo, pero no conocemos ni amamos aquello que realmente constituye su personalidad, lo que lo hace ser el Cristo. Si amamos a Cristo por sobre todo, debemos amar la humildad por sobre todo, porque la humildad es la verdadera esencia de su vida y de su gloria, y de la salvación que nos trae. Pensemos en esto. ¿Dónde empezó? ¿Hay humildad en el cielo? Sabemos que sí la hay, porque allí todos rinden sus coronas ante el trono de Dios y del Cordero. ¿Pero hay humildad en el trono de Dios? Sí. ¿Qué fue sino divina humildad lo que hizo que Cristo en el trono dijera voluntariamente: “Yo bajaré y seré siervo, y moriré por el hombre; bajaré y viviré como manso y humilde Cordero de Dios”? Jesús nos trajo humildad desde el cielo. Fue la humildad lo que lo trajo a la tierra, o de lo contrario nunca hubiera venido. De conformidad con esto, así como Cristo se hizo hombre por esa divina humildad, toda su vida estuvo caracterizada por ella. Pudo haber elegido otra forma de aparecer; podría haber tomado forma de rey, pero eligió la forma de siervo. No adquirió ninguna reputación; se vació a sí mismo; eligió la forma de siervo. Dijo: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.” Y ya sabemos que la última noche tomó el lugar del esclavo al lavar los pies de Pedro y los demás discípulos. Amados, la vida de Jesús en la tierra fue una vida de profunda humildad. Fue eso lo que dio a su vida valor y belleza a los ojos de Dios.

Consideremos la muerte de Cristo —posiblemente usted no la haya considerado mucho en este sentido—, pero su muerte fue una demostración de humildad ilimitada. “Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” Mi Señor Jesús ocupó un lugar de humillación todo el tiempo que caminó sobre la tierra. Ocupó un lugar de humildad cuando comenzó a lavar los pies de los discípulos; pero cuando fue al Calvario, tomó el lugar más bajo que pueda encontrarse en todo el universo de Dios, el más bajo de todos, y dejó que el pecado, y la maldición del pecado, y la ira de Dios, lo cubrieran. Tomó el lugar del pecador culpable para llevar nuestra carga, para que pudiera servirnos al salvarnos de nuestra miseria,

para que por su sangre preciosa pudiera obtener nuestra liberación, para que por su sangre pudiera lavarnos de nuestras manchas y de nuestra culpa.

Corremos el riesgo de pensar en Cristo como Dios, como hombre, como sustituto, como Salvador, como exaltado en el trono, y nos formamos una imagen de Cristo, mientras que el Cristo real, aquel que es la esencia de su personalidad, permanece desconocido. ¿Cuál es el Cristo real? Humildad divina, postrada hasta las más bajas profundidades para lograr nuestra salvación. La humildad de Jesús es nuestra salvación. Leemos: “Se humilló a sí mismo, por lo cual Dios le exaltó hasta lo sumo.” El secreto de su exaltación al trono es este: Se humilló a sí mismo ante Dios y los hombres. El Cristo divino es humildad, y hoy, en el cielo, ese Cristo, el Hombre de humildad, está en el trono de Dios.

¿Qué veo? Un Cordero de pie, inmolado, sobre el trono; en la gloria todavía es manso y humilde Cordero de Dios. La humildad es la insignia que lleva allí. A menudo usamos ese nombre —Cordero de Dios y se lo usa en relación con la sangre del sacrificio. Se canta las alabanzas del Cordero, y se confía en la sangre del Cordero. Alabado sea Dios por la sangre. Nunca se podrá exagerar demasiado la confianza en la sangre. Pero me temo que se olvida que la palabra Cordero debe significar dos cosas para nosotros: (1) sacrificio, derramamiento de sangre; (2) la humildad de Dios, su encarnación sobre la tierra, la humildad de Dios representada en la humildad y mansedumbre de un pequeño cordero.

Pero la salvación que Cristo trajo no es sólo una salvación que fluye *de* la humildad; es una salvación que conduce *a* la humildad. Debemos entender que esta salvación no sólo es la salvación que necesitamos nosotros. ¿Cuál es la causa principal de toda la miseria humana? Básicamente, el orgullo humano, el hombre en busca de su propia voluntad y su propia honra. Sí, el orgullo es la raíz del pecado, y por eso viene el Cordero de Dios a enfrentar nuestro orgullo, y nos trae la salvación que necesitamos. Necesitamos por sobre todas las cosas liberarnos de nuestro orgullo y nuestra autodeterminación. Es bueno ser salvado de pecados tales como robar, matar, y todos los demás

pecados conocidos; pero el hombre necesita por sobre todas las cosas ser salvado de la raíz del pecado, de su propia voluntad y orgullo. Hasta que el hombre no comienza a sentir que esta es realmente la salvación que necesita, no puede entender realmente quién es Jesús, ni aceptarlo como su salvación. Esa es la salvación que necesitamos muy especialmente nosotros como cristianos. Conocemos la triste historia de Pedro y Juan: lo que les acarreó su orgullo y voluntad propia. Necesitamos en forma especial ser salvados de nosotros mismos, y esa es la lección que debemos aprender si queremos entrar en la vida de reposo.

¿Cómo podemos alcanzar esa vida y morar en el seno del Cordero de Dios si nos gobierna el orgullo? ¿A menudo hemos escuchado quejas de cuánto orgullo existe en la iglesia de Cristo? ¿Cuál es la causa de las divisiones, las luchas, las envidias que a menudo encontramos aun entre los santos de Dios? ¿Por qué a menudo dentro de una familia —quizás sólo por media hora o medio día—, hay amargura, juicios duros y palabras precipitadas? ¿Por qué se enemistan los amigos? ¿Cuál es la razón de las injurias? ¿Cuál es la causa del egoísmo y la indiferencia hacia los otros? Sencillamente esta: el orgullo del hombre. El hombre orgulloso se eleva a sí mismo, reclama el derecho de tener sus propias opiniones y juzgar como le plazca. La salvación que necesitamos es realmente la humildad, porque es sólo a través de la humildad que podemos ser restaurados a la relación correcta con Dios.

“Esperar en Dios”; esa es la única expresión adecuada para la relación válida entre la criatura y Dios; ser nada delante de Dios. ¿Cuál es la idea esencial de la criatura creada por Dios? Es esta: ser una vasija en la que El pueda derramar su plenitud, en la que pueda exhibir su vida, su bondad, su poder, su amor. Una vasija si quiere ser llenada debe estar vacía, y si todos debemos ser llenados con la vida de Dios, debemos vaciarnos del yo totalmente. Esta es la gloria de Dios: que ha de llenarlo todo, y especialmente a su pueblo redimido. Y como esta es la gloria de la criatura, así también es la única redención y la única gloria de toda alma redimida —vaciar y ser nada ante Dios; esperar en El y dejar que El sea todo en todos.

La humildad tiene un lugar prominente en casi todas las

epístolas del Nuevo Testamento. Pablo dice: “Andad en humildad y mansedumbre, en paciencia, perdonándoos en amor; esforzándoos en guardar la unidad del Espíritu en el lazo de la paz.” Cuando más nos acercamos a Dios, y cuanto más llenos estamos de Dios, tanto más humildes seremos; tanto ante Dios como ante los hombres, nos agradará humillarnos hasta lo último. Conocemos la autoconfianza que tenía Pedro al comienzo; ¡pero qué diferente es el lenguaje que utiliza luego en las epístolas! Escribió: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestidos de humildad; . . . humilláos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (1 Pedro 5:5, 6). Había entendido, y se atrevía a predicar la humildad a todos. Es sin duda la salvación que necesitamos.

¿Qué es lo que impide a la gente llegar a esa entrega total? Simplemente el que no se atreven a abandonarse a Dios y confiar en Él. No desean anularse, renunciar a sus deseos, a su voluntad, a su honor, a favor de Cristo. ¿Aceptaremos la salvación que Dios nos ofrece? El renunció a su voluntad. Renunció a su honor. Renunció a toda autoconfianza para vivir dependiendo de Dios, como un siervo a quien el Padre había enviado. Allí está la salvación que necesitamos, el espíritu de humildad que estaba en Cristo Jesús.

¿Qué es lo que a menudo perturba nuestro corazón y nuestra paz? El orgullo que busca ser algo. Y el decreto de Dios es irreversible: “Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes.” ¡Cuántas veces tuvo que hablarles Jesús a sus discípulos al respecto! A menudo encontraremos estas sencillas palabras: “El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.” Jesús les enseñó a sus discípulos: “El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo.” Este debiera ser nuestro único ruego ante Dios: “Que el poder del Espíritu Santo me inunde con la humildad de Jesús, para que pueda tomar el lugar que ocupó Él.” Hermano, ¿queremos un lugar mejor que el lugar de Jesús? ¿Estamos buscando un puesto más alto que el de Jesús? O diremos: “Más abajo; más abajo, tan hondo como pueda llegar. Con la ayuda de Dios seré como nada ante Él; estaré donde estuvo Jesús.”

Y ahora viene la tercera reflexión. Esta es la salvación que nos trae el Espíritu Santo. Ya sabemos cómo cambiaron los discípulos. Alabemos a Dios por ello. El Espíritu Santo significa esto: la vida, la disposición, el temperamento, y las inclinaciones de Jesús han sido traídas desde el cielo a radicarse en nuestro corazón. Así es el Espíritu Santo. Tiene a disposición sus poderosas operaciones para otorgar en forma de dones; pero la plenitud del Espíritu Santo radica en esto: que Jesucristo en su humildad viene a morar en nosotros. Cuando Cristo estaba preparando a sus discípulos, todas sus instrucciones pueden haber ayudado en el sentido de prepararlos, quebrantarlos, hacerlos conscientes de sus errores, despertar anhelos en ellos. Pero, hasta que llegó el Espíritu Santo, toda esa instrucción no hubiera podido lograrlo, como tampoco hubiera servido todo el amor de los discípulos por Jesús y su deseo de agradarle. Esa fue la promesa de Cristo. Dijo, en conexión con la venida del Espíritu Santo: “Vendré otra vez a ustedes.” Cristo dijo a sus discípulos: “He estado tres años con ustedes y ustedes han estado en íntima relación conmigo. He hecho todo lo posible por llegar al corazón de ustedes, por entrar en él, pero no teman, vendré otra vez. En ese día me verán, y el corazón de ustedes se alegrará, y nadie podrá quitarles ese gozo. Vendré otra vez y habitaré en ustedes, y viviré mi vida en ustedes.”

Cristo fue levantado con poder. ¿Y que poder era ese? El poder de vivir en los hombres. ¡Alabado sea Dios por ello! Gracias a que Jesús, el Cordero de Dios, el manso, el humilde y tierno Señor bajó en el Espíritu Santo hasta el corazón de sus discípulos y el verdadero soplo o hálito del cielo hizo de ellos, por el amor, un solo corazón y un solo espíritu.

Querido amigo, Cristo nos pertenece; Cristo tal como viene en el poder del Espíritu Santo es nuestro. ¿Anhelamos tenerlo, anhelamos poseer el perfecto Jesús? Acercuémonos entonces, y veamos cómo en medio de las glorias de la deidad, después de haber sido obediente hasta la muerte; y en medio de las glorias de exaltación —que es la máxima y más esplendorosa gloria—, se humilló a sí mismo desde los cielos hasta la tierra, y en la tierra hasta la cruz. Se humilló a sí mismo para merecer el nombre y mostrar la mansedumbre del Cordero de Dios, y para morir como tal.

¿Y qué debemos hacer ahora? ¿Cómo seremos salvados por esta humildad de Jesús? Es una pregunta solemne, pero, gracias a Dios, puede ser contestada. Primero, debemos deseárselo por sobre todas las cosas. Aprendamos a orar pidiendo a Dios que nos libere de todo vestigio de orgullo, porque es algo mal-dito. Aprendamos a dejar a un lado por el momento otros aspectos de la vida cristiana, y comencemos a rogar día tras día al Cordero de Dios: “Cordero de Dios, conozco tu amor, pero conozco poco de tu mansedumbre.” Acudamos día a día y reclinemos el corazón contra el suyo y digámosle con profundo deseo: “Jesús, Cordero de Dios, dame, dame por favor, a ti mismo, con tu mansedumbre y humildad,” y El cumplirá el deseo de los que le temen. No es suficiente deseárselo y orar por ello. Debemos pedir la gracia de aceptarlo como nuestro.

Esta humildad se nos da en Cristo Jesús, que es nuestra vida. ¿Qué significa esto? ¡Ah, que Dios nos dé a usted y a mí la visión de lo que esto significa! El aire es fuente de vida y está en todas partes, es universal. Respiramos sin dificultad porque Dios nos ha rodeado de aire; ¿está el aire más cerca de mí que Cristo mismo? El sol ilumina cada hoja verde y cada brizna de hierba, brillando en cada momento y en cada hora. ¿Está el sol más cerca de la hierba que Jesús del corazón del hombre? Ciertamente no. Cristo nos rodea totalmente; y no hay nada en el cielo, ni en la tierra, ni en el infierno que pueda impedir que la luz de Cristo brille en un corazón vacío y abierto. Si las ventanas de nuestra habitación están cerradas con persianas, la luz no podrá entrar. Pero dejémosla sin persianas, y la luz viene y se expande llenando la habitación. Así también, hijos de Dios, Jesús y su luz, Jesús y su humildad, nos rodean por todos lados, anhelando penetrar en nuestro corazón. Acudamos hoy y hagamos nuestro al Señor en su bendita humildad y dulzura. No le tengamos miedo. Es el Cordero de Dios. Es muy paciente con nosotros, es muy cariñoso, tierno y amoroso. Animémonos hoy y confiemos en que Jesús entrará en nuestro corazón y tomaremos posesión de El.

Una vez que El haya tomado posesión, tendremos una vida de bendita comunión día a día con El, y sentiremos una creciente necesidad de tener cada día un momento de quietud con

El, para adorarle y alabarle, y simplemente postrarnos ante El en impotencia y humildad, diciendo: “Jesús, no soy nada, Tú eres todo.” Será una vida bendita, porque estaremos conscientes de que estamos a los pies de Jesús. Ahora mismo podemos pedir que Jesús en su divina humildad sea la vida de nuestra alma. ¿Lo haremos? ¿Queremos abrir el corazón para decirle: “Entra, entra.”?

Acudamos hoy y aceptémosle renovadamente en el bendito poder de su maravillosa humildad y digámosle: “Oh, Tú que dijiste: ‘Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas’, mi Señor, ahora sé por qué no dispongo de la vida perfecta. Es por mi orgullo; pero ven hoy y mora en mi corazón. Tu que guiaste aun a Pedro, aquí estoy; te ruego que entres, ya que sólo Tú puedes salvar por tu maravillosa humildad. Oh, Cordero de Dios, creo en ti; toma posesión de mi corazón y mora en mí. Cuando hayamos dicho esto, retirémonos en silencio, caminando suavemente como si estuviéramos sosteniendo al Cordero de Dios en nuestro corazón y digamos: “He recibido al Cordero de Dios. El hace de mi corazón su morada; El me llena de su humildad y de su dependencia de Dios, y así me acerca a Dios. Su humildad es mi vida y mi salvación.”

## 8. La entrega total

*Llevado, pues, José a Egipto, Potifar oficial de Faraón, capitán de la guardia, varón egipcio, lo compró de los ismaelitas que lo habían llevado allá. Más Jehová estaba con José, y fue varón próspero; y estaba en la casa de su amo el egipcio. Y vio su amo que Jehová estaba con él, y que todo lo que él hacía, Jehová lo hacía prosperar en su mano.*

Génesis 39:1-3

En este pasaje tenemos una lección objetiva que nos enseña lo que Cristo es para nosotros. Observemos: José era esclavo, pero Dios estaba con él de una manera tan notable que su amo podía advertirlo. “Y vio su amo que Jehová estaba con él, y que todo lo que él hacía, Jehová lo hacía prosperar en su mano.” José halló gracia en sus ojos, y le servía —es decir, era su esclavo personal— “y él le hizo mayordomo de su casa”, (eso era algo nuevo). José había sido esclavo, pero ahora se volvió señor. “Y él le hizo mayordomo de su casa y entregó en su poder todo lo que tenía. Y aconteció que desde cuando le dio el encargo de su casa y de todo lo que tenía, Jehová bendijo la casa del egipcio a causa de José, y la bendición de Jehová estaba sobre todo lo que tenía, así en casa como en el campo. Y dejó todo lo que tenía en mano de José, y con él no se preocupaba de cosa alguna sino del pan que comía.”

Encontramos a José en dos papeles diferentes en la casa de Potifar: primero como sirviente y esclavo, alguien en quien se confía y a quien se ama, pero de todos modos siervo; luego, como señor. Potifar lo hizo mayordomo sobre su casa, sus tierras y leemos luego que puso en sus manos todo lo que tenía, y que se

despreocupó de todo salvo del pan que comía.

Quiero llamar su atención a la figura de José como tipo de Cristo. En la vida cristiana a menudo hablamos de una entrega total, y con razón. Aquí tenemos una hermosa ilustración de lo que esto significa. Primero, José estaba en la casa de Potifar para servirle y ayudarlo. Lo hizo, y Potifar aprendió a confiar en él y entonces dijo: “Todo lo que tengo lo pondré en tus manos”. Ahora bien, esto es exactamente lo que debe ocurrir con muchos cristianos. Conocen a Cristo, confían en El, lo aman, pero El no es su Señor. No es más que una especie de ayudante. Cuando tienen problemas, acuden a El; cuando pecan, le piden perdón en mérito a su preciosa sangre; cuando están en la oscuridad, claman a El; pero generalmente viven según su propia voluntad y se valen de sus recursos. Pero qué bendición recibe el hombre que se acerca, como Potifar, y dice: “¡Entregaré todo a Jesús!” Hay muchos que han aceptado a Jesús como su Señor, pero que nunca han llegado a la absoluta y total entrega de todo lo que tienen.

Hermano en Cristo, si queremos reposo completo, gozo permanente, fuerzas para servir a Dios, acerquémonos y aprendamos lo que debemos hacer de ese pobre pagano egipcio. Vió que Dios estaba con José y dijo: “Le entregaré mi casa”. Aprendamos a hacer esto. Hay algunos que no han aceptado a Cristo todavía; hay otros que lo buscan, sedientos y hambrientos, pero no saben cómo encontrarlo.

Permítame que dirija su atención a cuatro reflexiones relacionadas con esta entrega a Cristo: primero, sus motivos; segundo, su medida; tercero, su bendición; por último, su duración.

En primer lugar, sus motivos. ¿Qué impulsó a Potifar a hacer eso? Creo que la respuesta es muy sencilla: Era un siervo de confianza, que tenía que atender los asuntos de su rey, pero probablemente no podía ocuparse de su propia casa. Todo su tiempo y su dedicación eran requeridos por la corte de Faraón. Allá tenía su trabajo; ocupaba una posición elevada; pero descuidaba su casa. Sin duda tuvo otros administradores, o sea un esclavo comisionado para dirigir a los otros, pero quizás habían sido desleales, deshonestos o no mantenían la casa como él lo



quería. De modo que compró otro esclavo, como ya había hecho antes, sólo que en este caso ocurrió algo que no había visto antes. Había algo novedoso en este hombre. Caminaba humildemente, servía con fidelidad y cariño a la vez que con eficiencia. Potifar comenzó a indagar la razón y llegó a la conclusión por fin, de que Dios estaba con José.

Poder confiar los negocios a un hombre en quien mora Dios es una gran cosa. Potifar reconoció eso, y ante la necesidad que tenía en su casa, y lo que había visto en José, decidió hacerlo mayordomo.

Yo pregunto: ¿Acaso estos dos motivos no nos mueven urgentemente a decir: “Haré a Jesús el Señor de todo mi ser”? Nuestra casa, hermano, nuestra vida espiritual, la morada, el templo de Dios en nuestro corazón, ¿en qué estado está? ¿No está a menudo como el viejo templo de Jerusalén, que fue profanado y utilizado como casa de mercado y finalmente como cueva de ladrones? Nuestro corazón, fue previsto como la morada de Jesús, ¿no está a menudo lleno de pecado y oscuridad, lleno de tristeza o de enojo? Hemos hecho todo lo posible por cambiarlo y hemos buscado el auxilio de los hombres y hemos echado mano a otros recursos. Hemos usado todos los métodos que nos venían a la mente para poner las cosas en orden; pero no tendremos éxito mientras no se haga cargo aquel a quien pertenece.

Si tenemos algún problema en el corazón, si nos sentimos como en la oscuridad, o estamos dominados por el pecado, recurramos al Hijo de Dios, por cuanto tenemos la promesa de que El entrará y se hará cargo. Como Potifar tomó a José, así tomemos nosotros a Jesús. ¿Acaso no se ha mostrado digno de confianza? Tomemos la determinación y digamos: “Jesús se hará cargo de todo. Tiene la capacidad necesaria para hacerlo.” No pensemos sólo en su poder divino, sino en su maravilloso amor; pensemos en el hecho de que vino del cielo a salvarnos; pensemos en su muerte en la cruz derramando su preciosa sangre por amor a nosotros. Pensemos en esto: Cristo en el cielo ama a todo aquel que le es entregado y a todo aquel a quien convierte en hijo de Dios. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.”

Ruego a todos los creyentes en nombre del amor de Cristo crucificado, diciendo: “Mirad a Jesús, al Hijo de Dios, vuestro Redentor”, y les pido que lo hagan mayordomo de todo lo que tienen. Pongámoslo a cargo de nuestro temperamento, de los afectos del corazón, de nuestros pensamientos, de todo nuestro ser, y veremos que vale la pena hacerlo.

Por un tiempo José fue un esclavo común, y junto a otros sirvió a Faraón. Muchos cristianos han usado a Cristo para su propio beneficio y comodidad, del mismo modo en que usan todo lo que hay en el mundo. Usan al padre y a la madre, al ministro, el dinero, y todo lo que el mundo les da para obtener comodidad y felicidad. Existe el peligro de que usemos a Jesús de la misma manera. Pero esto, hermano, no está bien. Nosotros somos su morada, y El tiene derecho de morar en ella. ¿No hemos de postrarnos y decir: “Señor Jesús, te hago mayordomo de todo lo que soy”?

En segundo lugar, consideremos la medida de esa entrega. En el versículo 4 leemos: “Todo lo que tenía lo puso en sus manos”. Y Luego en el 5: “Y aconteció que desde cuando le dio el encargo de su casa y de todo lo que tenía” —aquí aparece por segunda vez— “Jehová bendijo la casa del egipcio a causa de José, y la bendición de Jehová estaba sobre todo lo que tenía” —aquí vemos las mismas palabras por cuarta vez— “en manos de José y con él no se preocupaba de cosa alguna sino del pan que comía”. ¿Qué vemos aquí? Que Potifar realmente entregó todo en manos de José. Lo hizo señor de sus esclavos. Todo su dinero fue puesto en manos de José, porque hemos leído que Potifar no se ocupaba de nada. Cuando se le servía el almuerzo, comía, y eso era todo lo que sabía de la marcha de su casa. ¿No es esto una entrega total? Entregó todo en manos de José.

Ah, amado cristiano, quiero que nos preguntemos: “¿Es esto lo que yo he hecho”? Hemos ofrecido más de una oración de consagración, y más de una vez hemos dicho: “Jesús, todo lo que tengo te doy”. Lo hemos dicho sintiéndolo sinceramente, pero probablemente no medíamos todas sus consecuencias.

La palabra “entrega” siempre parecería tener aquí un significado más amplio y profundo. Cuando nos entregamos o nos rendimos, no siempre logramos cumplir lo que nos propusimos,

de modo que más tarde empezamos a retirar cosas una por una, hasta que perdemos de vista nuestra intención inicial. Amado hermano, dejemos que Jesucristo tenga todo. Entreguémosle el corazón, los afectos. El ama con un amor mayor que el de Jonatán. Dejemos que tome todo nuestro corazón, diciendo: “Jesús, cada fibra de mi ser, cada posibilidad de mi alma, la dedico a ti”. El aceptará esa entrega. Jesús dijo algo muy fuerte; “Debes aborrecer a tu padre y a tu madre”. Digamos hoy mismo: “Señor, el amor que tengo por mi padre y mi madre, por mi esposa y mis hijos, por mis hermanos y hermanas, te lo entrego a ti. Enséñame cómo amarte. Tengo un solo deseo, que es el de amarte. Quiero darte todo mi corazón para que esté lleno de tu amor”.

Pero cuando hemos entregado el corazón, todavía tenemos algo más para dar. Está la cabeza, el cerebro con sus pensamientos. Pienso que hay creyentes que no saben cuánto le roban a Cristo por la cantidad de literatura profana que leen. A menudo están tan ocupados con los periódicos que les queda muy poco espacio para la Biblia. Amigos, tomemos esta noble capacidad que Dios nos ha dado, la mente capaz de pensar cosas divinas, eternas, infinitas, y dejémosla a los pies de Jesús, diciendo: “Señor Jesús, quiero entregar todas las facultades de mi ser a ti, para que me enseñes qué debo pensar y cómo debo pensar para ti y tu reino”. Alabado sea Dios, hay hombres que han entregado su intelecto a Jesús y El lo ha aceptado. Y en este sentido está toda mi vida de relación. Está mi relación con la sociedad, mi posición entre los hombres, mi asociación con mi propio hogar, con mis amigos y mi familia; está mi dinero, mi tiempo, mi trabajo. Todo esto debe ser puesto en las manos de Jesús. No se puede saber de antemano la bendición que encierra esta entrega, pero por cierto que existe.

Acudamos a Cristo porque El es digno; acudamos a El porque sabemos que no podemos mantener las cosas en orden por nuestra cuenta. Hagamos a Cristo Señor de todo lo que tenemos. Entreguémosle padre y madre, esposa e hijos, casa y tierra, dinero, absolutamente todo, y encontraremos que al entregarlo todo recibimos centuplicado.

En tercer lugar, notemos la bendición de esta entrega total.

Aquí tenemos estas notables palabras: “Y aconteció que desde cuando le dio el encargo de su casa y de todo lo que tenía, Jehová bendijo la casa del egipcio a causa de José, y la bendición de Jehová estaba sobre todo lo que tenía, así en casa como en el campo.” Yo pregunto, hermano, si Dios hizo eso con el egipcio porque honraba a José; si Dios, por amor a José, bendijo al egipcio de esta forma maravillosa, ¿acaso no puede aventurarse un cristiano a afirmar que “si pongo mi vida en las manos de Jesús, estoy seguro de que Dios bendecirá todo lo que tengo”? Atrevámonos a decirlo. Potifar confió en José implícita y absolutamente, y hubo prosperidad en todo, porque Dios estaba con José.

Amado amigo, si entregamos todo, podemos estar seguros de que la bendición será nuestra. Tendremos bendición en nuestra vida interior y en nuestra vida de relación. Dios bendijo a Potifar en su casa, en el campo, en todas partes.

¡Ah, hermano! ¿cuál es esa bendición que habremos de recibir? No puedo describirlo todo, pero puedo decir esto: si acudimos a Cristo Jesús y le entregamos todo, la bendición de Dios reposará sobre todo lo que tenemos. Habrá bendición para nuestra alma. “Tú guardarás en perfecta paz a aquel que permanece en ti”. Probémoslo. Confiemos en Jesús en todo, y sometámosle todo, y la bendición de Dios —el dulce descanso, el descanso de la fe— estará sobre nosotros. Todo está en las manos de Jesús. El nos guiará; nos enseñará; obrará en nosotros; nos guardará; será el todo para nosotros. ¡Qué bendito descanso y alivio de la responsabilidad y la preocupación tendremos, si dejamos todo en las manos de Jesús! No digo que no habrá problemas ni pruebas; pero en medio de los problemas y las pruebas usted tendrá la presencia todo suficiente de Cristo, que le dará bienestar, ayuda y guía. José fue vendido por sus hermanos, pero él sabía que Dios estaba con él y lo aceptó. Cristo fue traicionado por Judas, condenado por Caifás y entregado a la muerte por Pilato; pero en todo ello, Cristo veía a Dios, y lo aceptó. Entreguemos nuestra vida, en todos sus aspectos, en las manos de Jesús, recordando que hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados, y que ninguno cae al suelo sin que el Padre lo permita. Admitémoslo y digamos: “Pondré todo en las manos

de Jesús. Todo lo que me acontezca forma parte de su voluntad para mí. Sea que él llegue en la luz o en la oscuridad, en la tormenta o en el mar agitado, descansaré en esa bendita seguridad. Entrego toda mi vida a El."

leyendo el libro de Jonás, encontramos la mano de Dios en cada paso de la experiencia de Jonás. Fue Dios quien envió la tormenta cuando Jonás escapó en el barco, un pez para tragarlo, ordenó al pez que lo vomitara. Luego fue Dios quien hizo que el viento caliente soplara cuando el sol lo quemaba, hasta que el alma de Jonás se postró ante él. Fue Dios quien hizo crecer la calabacera y quien luego hizo el gusano que mató la calabacera y el viento del mar para secarla de prisa. ¿Vemos entonces que cada circunstancia de nuestra vida, cada bendición y cada prueba, viene de Dios, en Cristo? No hay nada que pueda tocar un cabello de mi cabeza. Ni una palabra fuerte me llega, ni pueden rodearme las aguas, si no viene de Jesús. Con mi vida en sus manos, no tengo qué temer. Puedo estar satisfecho con lo que Jesús me da.

Dios bendijo a Potifar en el campo, en la existencia visible, exterior, de su casa. Y Dios nos bendecirá de tal forma que en nuestra asociación con los hombres seamos de bendición; que por nuestro andar humilde, santo, respetuoso, sereno, traigamos bienestar; que por nuestra afectuosa disposición a ser siervos y ayudadores de todos, podamos probar que el Espíritu de Dios está en nosotros. Oh, hermanos, no tenemos idea de cuán dispuesto está Dios a bendecir el alma que se entrega totalmente a Jesús. Dios no se deleita más que en Jesús. Dios se deleita infinitamente en Jesús. Dios no anhela ver otra cosa en nosotros que a Jesús, y si yo renuncio a mi corazón y a mi vida por Jesús y digo: "Mi Dios, no quiero que veas otra cosa en mí que a Jesús", entonces estoy presentando a Dios el sacrificio que más le agrada. Hermano, acudamos hoy; acudamos a El dejando nuestros problemas, esfuerzos vanos, autoconfianza, y dejemos que el bendito Hijo de Dios tome posesión de nosotros.

Por último, permítame dirigir su atención hacia la duración de esta entrega. Quiero enfatizar esto porque en muchos casos esta entrega no dura mucho. Algunos se van, y por un tiempo tienen mucha alegría y gozo, pero pronto comienzan a decrecer,

y en pocas semanas, a lo sumo en pocos meses, desaparecen completamente los efectos. Otros que no pierden totalmente su dedicación, se quejan tristemente de que su consagración aumenta y decrece periódicamente. Dicen: "Mi vida ha sido muy bendecida desde que me entregué a Dios, pero no siempre he estado en el mismo nivel." ¿Qué hizo Potifar? En el versículo 4 leemos: "Le hizo mayordomo de su casa y entregó en su poder todo lo que tenía." ¡Qué palabras tan sencillas! Lo entregó todo y lo dejó allí.

Ah, amado hijo de Dios, si tan sólo llegáramos a ese punto y dijéramos: "Por toda la eternidad dejo todo en manos de Jesús", encontraríamos una gran bendición. Potifar advirtió que podía atender los asuntos del rey con las dos manos y sin tener el corazón repartido. Yo podría intentar salvar a un hombre que se esté ahogando, tomándome fuertemente con una mano de algún objeto y estirando la otra para alcanzar al hombre. Pero es una gran cosa para una persona poder hacerse cargo con ambas manos; así es la persona que ha dejado todo en las manos de Jesús —toda su vida interior, todas sus preocupaciones y problemas— y se ha entregado totalmente a la voluntad de Dios. ¿Nos quedaríamos allí? Debo subrayar esto porque sé que luego vienen las tentaciones. Una dificultad es que los sentimientos que experimentamos en el acto de consagración nos tentarán. Amados, las tentaciones vendrán pero Dios las permite para nuestro bien. Cada tentación nos trae una bendición. Entendámoslo. Aprendemos la lección de entregar todo a Jesús y dejarlo a cargo de todo. Dejemos todo con Jesús. No pensemos que por consagrarnos en un acto hoy o cualquier otro día, por más poderoso y maravilloso que sea, las cosas se mantendrán como deben solas. Cada mañana cuando Dios nos levante del sueño, necesitamos poner el corazón, la vida, la casa y el trabajo en las manos de Jesús. Esperemos en El, si fuera necesario en silencio, o en oración, hasta que El nos dé la seguridad: "Hijo mío, por hoy, todo está seguro: yo quedo a cargo." Y día a día saldremos de ese momento de oración con la seguridad de que: "Hoy tengo comunión con mi Rey y todo marcha bien." Jesús se ha hecho cargo. Y así, día a día, tendremos la gracia necesaria para dejar todo en las manos de Jesús.

Para terminar, permítame dirigirme a dos grupos. Habrá momentos en que nuestro corazón estará intranquilo; habrá momentos en que tendremos miedo de morir.

Hay algunos creyentes sinceros que quizás nunca han entendido que tenían el deber de rendir todo a Cristo. Amado hermano en Cristo, yo traigo un mensaje del Padre: acudamos hoy y llevemos esa palabra en el corazón y sobre los labios aun cuando no la entendemos: “Jesús, te hago Señor de todo, y esperaré a tus pies hasta que me muestres qué es lo que quieres que sea y haga.” Hagámoslo ahora mismo.

Ahora permítame decirle a los creyentes que ya lo han hecho antes, y que anhelan fervientemente poder hacerlo de una vez para siempre, en forma plena y perfecta. Hijo de Dios, podemos hacerlo, porque la ayuda del Espíritu Santo nos ha sido enviada del cielo con este único propósito: glorificar a Jesús en nuestro corazón, permitiéndonos ver cuán plenamente puede tomar posesión de él; glorificar a Jesús trayéndole a morar en nuestra vida para que toda nuestra vida brille con la gloria de Jesús. Confíemos en esto. El Padre nos lo dará por el Espíritu Santo si estamos listos. Acerquémonos y hagamos en una sencilla oración nuestra consagración a Dios: “Dios mío, te entrego hoy todo lo que pueda ser llenado en mí por Cristo”. “Hijo mío, todo lo que desees recibir de Cristo, eso tendrás; porque es mi delicia que mi Hijo more en el corazón de mis redimidos.”

## 9. *Muertos con Cristo*

*Con Cristo estoy juntamente crucificado.*

Gálatas 2:20

La Versión Hispano Americana lo expresa más claramente: “Con Cristo he sido crucificado.” En este contexto, leamos la historia de un hombre que fue literalmente crucificado con Cristo. Podemos usar todo el relato de la obra de Cristo en la carne de una figura de su obra espiritual. Tomemos, por ejemplo, la historia del ladrón crucificado, en Lucas 23:39–43, porque pienso que podemos aprender de él cómo vivir como hombres crucificados con Cristo. Pablo dice: “Con Cristo he sido crucificado.” Y además: “. . . lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.” A menudo preguntamos con sinceridad: “¿Cómo puedo liberarme de la vida del yo?” La respuesta es: “Adquiera otra vida.” Muchas veces hablamos del poder del Espíritu Santo que viene sobre nosotros, pero dudo que advirtamos plenamente que el Espíritu Santo es una vida divina enviada para expulsar la vida terrenal, egoísta y carnal. Si queremos, sinceramente, disfrutar con plenitud del descanso que hay en Jesús, podemos obtenerlo sólo si El viene, en el poder de su muerte, a matar lo que hay en nuestra naturaleza, a tomar posesión y vivir su propia vida en nosotros en la plenitud del Espíritu Santo. La Palabra de Dios nos lleva a la cruz de Cristo y nos enseña dos cosas. Nos dice que Cristo murió *por* el pecador. Entendemos lo que esto significa: sustituyéndome, murió como yo nunca voy a morir, ni puedo morir, ni necesito morir. Murió a causa del pecado y murió por mí. Mas, ¿qué le dio a su

muerte tal poder de redención? El espíritu con que murió; no el sufrimiento físico, no el acto externo de la muerte, sino el espíritu con que murió. ¿Y cuál fue ese espíritu? Murió al pecado. El pecado lo había tentado, lo había rodeado, y en Getsemaní exclamó: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa.” Pero, alabado sea Dios, prefirió entregar su vida y no rendirse al pecado. Cristo murió al pecado y al hacerlo alcanzó la victoria. Yo ya no puedo morir por el pecado como Cristo, pero puedo y debo morir al pecado como Cristo. Cristo murió por mí. En eso El es único. Cristo murió al pecado, y yo participo con El en eso. He sido crucificado, estoy muerto.

Y ahora viene el gran asunto hacia el que quiero guiarlo qué es estar muertos con Cristo, y cómo puedo en la práctica entrar en esta muerte con Cristo. Sabemos que el rasgo distintivo de Cristo es su muerte. Desde la eternidad recibió el mandato del Padre de venir a entregar su vida en la tierra. Se entregó a ello, y afirmó su rostro hacia Jerusalén. Eligió la muerte, y vivió y caminó en la tierra preparándose para morir. Su muerte, es el poder de la redención; la muerte le dio victoria sobre el pecado; la muerte le dio la resurrección, su nueva vida, su exaltación, y su gloria eterna. La gran marca de Cristo es su muerte. Aun en el cielo, en el trono, se presenta como el Cordero inmolado, y por toda la eternidad se canta: “Eres digno porque fuiste inmolado.”

Amado hermano, tu Booz, tu Cristo, tu todo suficiente Salvador, es un hombre de quien su marca principal y su mayor gloria es el haber muerto. Y si la “novia” ha de vivir con su Esposo como esposa, entonces debe alcanzar el estado, el espíritu y la disposición de El, y ser para siempre como El. Si queremos experimentar todo el poder de lo que Cristo puede hacer por nosotros, debemos aprender a morir con Cristo. Quizás no debiera usar la expresión: “debemos aprender a morir con Cristo.” Más bien debiera decir: “Debemos aprender que *estamos muertos* con Cristo.” Ese es un pensamiento glorioso en el capítulo 6 de Romanos. Pablo les escribe a todos los creyentes en la iglesia, no importa cuán débiles: “Están muertos con Cristo.” En base a esto les dice: “Considérense muertos al pecado.”

¿Qué significa estar muertos al pecado? No podemos verlo más claro que refiriéndonos a Adán. Cristo fue el segundo Adán. ¿Qué pasó con el primer Adán? Yo morí en el primer Adán: morí para Dios, morí en pecado. Cuando nací, tenía en mí la vida de Adán, con todas las características de la vida de Adán después de la caída. Adán murió para Dios y murió en pecado, y yo heredo la vida de Adán, de modo que como él estoy muerto en pecado y muerto para Dios. Pero el mismo momento en que comienzo a creer en Jesús, quedo unido a Cristo, el segundo Adán, y de la misma forma en que estoy unido por mi nacimiento al primer Adán, ahora soy hecho partícipe de la vida de Cristo. ¿Qué vida? La vida que murió al pecado en el Calvario y que volvió a vivir; por tanto, por su apóstol nos dice: “Considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús.” Debemos aceptarlo como cierto porque Dios lo dice; y nuestra nueva naturaleza está realmente, en virtud de nuestra unión vital con Cristo, totalmente muerta al pecado.

Si queremos tener al Cristo real que Dios nos ha dado, el que murió por nosotros, en el poder de su muerte y resurrección, debemos afirmarnos en esto. Pero muchos creyentes no entienden lo que se nos enseña en el capítulo y de la Epístola a los Romanos. No saben que están muertos al pecado. No lo saben, y por eso Pablo les enseña: “¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte?” ¿Cómo podemos seguir pecando si estamos muertos al pecado en Cristo? La vida y la muerte de Cristo realmente obran en nosotros. Pero, ¡Ay!, muchos creyentes que no saben esto, y por tanto no lo experimentan ni lo practican. Hay que enseñarles que su primera necesidad es saber qué fue lo que ocurrió en Cristo en el Calvario, y qué ha ocurrido al unirse ellos a Cristo. El hombre debe empezar a decir, aun antes de entender: “En Cristo estoy muerto al pecado”. Es un mandamiento: “Considérense muertos al pecado.” Aferrémonos a nuestra unión con Cristo; creamos en la nueva naturaleza que tenemos dentro de nosotros, esa vida espiritual que hemos recibido de Cristo, una vida que ha muerto y ha vuelto a nacer.

Los actos de un hombre siempre concuerdan con la idea que él mismo tiene de su propia situación. El rey actúa como rey,

de lo contrario diríamos: “Ese hombre ha olvidado su condición de rey”. Pero si un hombre está consciente de que es rey, actúa como tal. Y del mismo modo no puede vivir la vida de un verdadero creyente a menos que esté lleno de esta conciencia cada día: “Doy gracias a Dios que estoy muerto en Cristo. Cristo murió al pecado, y puesto que estoy unido al pecado, y Cristo vive en mí, estoy muerto al pecado”.

¿Cuál es la vida que Cristo vive en mí? Antes de que pueda ser contestada esta pregunta hay que averiguar: ¿Cuál es la vida que Adán vive en mí? Adán vive en mí la vida de muerte, una vida que ha caído bajo el poder del pecado y de la muerte, muerte para con Dios. Esa es la vida que Adán vive en mí de conformidad con la naturaleza, como no convertido. Y Cristo, el segundo Adán, ha venido a mí con una nueva vida, y ahora vivo en su vida “la vida de muerte” de Cristo. Pero mientras no lo sepa, no puedo actuar de acuerdo con ella, a pesar de que esté dentro de mí. Alabado sea Dios, cuando un hombre comienza a advertir esto, y comienza en obediencia a decir: “Haré lo que dice la Palabra de Dios; estoy muerto, me considero muerto”, entonces entra en la nueva vida. Tomando como base la Palabra eterna de Dios y nuestra unión con Cristo y el gran evento del Calvario, considerémonos, sepámonos realmente muertos al pecado. Es preciso ver esta verdad; este es el primer paso.

El segundo paso es aceptarla en fe. ¿Y luego qué? Cuando se la acepta en fe, se instala dentro de la persona una penosa experiencia de lucha, porque esa fe es aún muy débil. La persona comienza a preguntar: “¿Por qué, si estoy muerto al pecado, pecco tanto?” Y la respuesta que da la Palabra de Dios es sencillamente esta: Porque no deja que el Espíritu Santo ejerza realmente el poder de esa muerte. Lo que necesitamos entender realmente es que el Espíritu Santo vino del cielo, de parte del Jesús glorificado, para traernos su muerte y su vida. Ambas cosas están unidas inseparablemente: El que Cristo murió, y murió al pecado; y el que Cristo vive, y vive para Dios. La muerte y la vida en El son inseparables; del mismo modo, en nosotros la vida de Dios en Cristo está inseparablemente ligada a la muerte al pecado. Y eso es lo que nos enseñará el Espíritu Santo y lo que hará en nosotros. Si he aceptado a Cristo en fe

por medio del Espíritu Santo, y me he entregado a El, El me llenará y manifestará en mi corazón cada día, todo el poder de mi participación en su muerte y en su vida. Para algunos quizás esto llega en un instante de supremo poder y bendición; de una vez adviertan y aceptan, y entran en la realidad de la muerte al pecado como experiencia divina. No significa que la tendencia al mal sea sacada de raíz. No. Es que el poder de la muerte de Cristo lo aleja a uno del pecado, y destruye el poder del mismo. El poder de la muerte de Cristo puede manifestarse en que el Espíritu Santo mortifique constantemente las obras de la carne.

Alguno preguntará si todavía es necesario crecer. Sin duda. Por el poder del Espíritu Santo el hombre puede entonces empezar a vivir y crecer, cada vez más profundamente, en la comunión de la muerte de Cristo. Descubre cosas nuevas en aspectos que nunca había imaginado. Se puede estar lleno del Espíritu Santo y sin embargo tener muchas imperfecciones. ¿Por qué? Porque el corazón, quizás, no había sido totalmente preparado mediante una total convicción de pecado. Puede haber orgullo, autoestima, impulsividad u otras características de la naturaleza en la persona que antes no había notado. El Espíritu Santo no siempre las expulsa de inmediato. No. Hay distintas formas de entrar en la vida bendecida. Una persona ingresa en esa vida de bendición con la idea del poder para el servicio; otra con la idea de descansar de la ansiedad y la preocupación; otra con la perspectiva de la liberación del pecado. Cada uno de estos enfoques es limitado; por ello, cada creyente debe rendirse después de conocer el poder de la muerte de Cristo y decir continuamente: “Señor Jesús, deja que el poder de tu muerte obre en mí; deja que penetre todo mi ser.” Cuando el hombre se entrega incondicionalmente, comenzará a mostrar los rasgos del hombre crucificado. El apóstol dice: “Estoy crucificado”, y vive como un hombre crucificado.

¿Cuáles son las marcas del hombre crucificado? La primera es una profunda y absoluta humildad. Cristo se humilló a sí mismo, y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Cuando la muerte al pecado comienza a obrar con poder, esa es una de sus principales y más hermosas pruebas. Quebranta al

hombre, y el profundo anhelo de su alma es: “Ah, que yo pudiera humillarme totalmente ante mi Dios hasta no ser nada, para que la vida de Cristo sea exaltada. No merezco más que la cruz; me entrego a ella”. La humildad es una de las características centrales del hombre que ha sido crucificado.

Otra marca es su incapacidad, su nulidad. Cuando un hombre pende de la cruz, está totalmente impotente; no puede hacer nada. Mientras seamos fuertes, y podamos trabajar y luchar, no obtenemos la vida bendita de Cristo; pero cuando uno dice: “Estoy crucificado, soy totalmente impotente, todo aliento de vida y fuerza me tiene que ser dado por Jesús”, entonces aprendemos lo que significa hundirnos en nuestra incapacidad y exclamar: “No soy nada”.

Otra marca de la crucifixión es el reposo. Si, Cristo fue crucificado, bajó al sepulcro, y nosotros estamos crucificados y enterrados con El. No hay lugar más quieto que la tumba; allí el hombre no puede hacer nada. Sí y cuando un hombre baja al sepulcro de Jesús, significa esto: que sólo puede exclamar: “No tengo nada salvo a Dios, confío en Dios, espero en Dios; mi carne espera en El; he entregado todo para poder reposar, esperando lo que Dios quiera hacer en mí”.

Recordemos que la crucifixión, la muerte y la sepultura, son inseparables. Recordemos también que la tumba es el lugar donde se manifestará el poder de Dios en resurrección. Juan 11 dice: “¿No te he dicho (lo dice Jesús ante la tumba de Lázaro) que si crees, verás la gloria de Dios?” ¿Dónde veré más nítidamente la gloria de Dios? Junto a la tumba. Descendamos a la muerte con fe, y la gloria de Dios vendrá sobre nosotros y nos llenará el corazón.

Querido amigo, es preciso que muramos. Si queremos vivir en reposo, en paz, y en la bendición de nuestro gran Booz; si queremos bajar a la tumba con Cristo, el lenguaje de nuestra vida debe ser: “Soy un hombre crucificado. Alabado sea Dios, a pesar de que no tengo sino pecado en mí, tengo al eterno Jesús, con su muerte y su vida, para ser la vida de mi alma”.

¿Cómo puedo alcanzar esta participación en la cruz de Cristo? Encontramos una ilustración en la historia del ladrón crucificado. Pedro dijo: “Señor, estoy dispuesto a ir a la cárcel y

aun a morir contigo.” Pero los discípulos fallaron, y nuestro Señor tomó a un hombre que representaba la resaca de la humanidad y lo colgó en la cruz del Calvario a su lado y le dijo a Pedro y a los demás: “Les haré ver lo que es morir conmigo.”

Y lo mismo dice hoy a los más débiles y humildes; si anhelamos saber lo que es morir con Jesús, vamos y observemos al ladrón penitente. ¿Qué vemos allí? En primer lugar, vemos el estado de un corazón preparado para morir con Cristo. Vemos en el ladrón agonizante a una humilde y sincera confesión de pecado. Allí colgaba, en la cruz maldita, mientras las multitudes blasfemaban al hombre que estaba a su lado, pero él no se avergonzó de hacer una confesión pública. “Yo estoy padeciendo la muerte que merecía. Estoy sufriendo justamente. Esta cruz es la que yo merecía.” He aquí una de las razones por las que la iglesia de Cristo accede tan escasamente a la muerte de Cristo; los hombres no quieren creer que la condena de Dios descansa sobre todo lo que hay en ellos que no haya muerto con Cristo. La gente habla sobre la maldición del pecado, pero no entiende que toda la naturaleza ha sido contaminada por el pecado y que la maldición pesa sobre todo lo que existe.

Mi intelecto, ¿ha sido también manchado por el pecado? Sí, terriblemente, y la maldición del pecado pesa sobre él; por tanto mi intelecto debe bajar a la muerte. Ah, creo que la iglesia de Cristo sufre más hoy por confiar en el intelecto, en la sagacidad, en la cultura, y en el refinamiento mental, que por cualquier otra cosa. El espíritu del mundo se mete, y los hombres pretenden ayudar al Evangelio con su sabiduría y conocimientos, pero destruyen así la marca de la crucifixión. Cristo instruyó a Pablo a predicar el Evangelio de la cruz pero a hacerlo no con excelencia de palabras.

La maldición del pecado pesa sobre toda la naturaleza. Si algún ministro cuyo deleite ha sido la predicación, que se ha dedicado a hacer las cosas en la forma más excelente posible, que ha dado lo mejor que tenía en talento y reflexión, pregunta: “¿Eso también debe bajar al sepulcro?”, le digo: “Sí, mi hermano, todo el ser del hombre debe ser crucificado.” Y lo mismo con los afectos del corazón. ¿Existe algo más hermoso que el amor del hijo por su madre? En esa dulce naturaleza hay algo

no santificado, y por consiguiente debe ser entregado a la muerte. Dios lo levantará de la muerte y lo dará otra vez, santificado y vivificado ante Dios. Así podríamos revisar toda nuestra vida. La gente a menudo me dice: “Siendo que Dios ha hecho cosas tan hermosas, ¿no debemos disfrutarlas? ¿Acaso no son buenos todos sus dones?” Contesto que sí, pero recordemos lo que dice: son buenos si han sido santificados por la Palabra de Dios y la oración. La maldición del pecado está sobre ellos; la ponzoña del pecado está en las cosas más hermosas, y exige mucha oración y Palabra de Dios para santificarlas. Es muy duro entregar algo a la muerte, especialmente la vida de uno mismo, y nunca lo haremos hasta que aprendamos que todo lo que hay en la vida está marcado por el pecado y que debemos dejarlo bajar hacia la muerte, que es la única forma de hacerlo revivir y de santificarlo.

El ladrón penitente confesó su pecado y que se merecía la muerte. Luego manifestó una maravillosa fe en el poder ilimitado de Cristo. Es una expresión sin paralelo en la Biblia. Allí cuelga el maldito malhechor junto a Jesús de Nazaret, y se atreve a hablarse diciendo: “Aquí estoy, muriendo a consecuencia de mis pecados, pero creo que Tú puedes llevarme en tu corazón y acordarte de mí cuando vengas en tu reino.”

¡Ah, que aprendamos a creer en el grandioso poder de Cristo! Ese hombre creyó que Cristo era Rey y que tenía un reino, y que podía llevarlo en sus brazos y en su corazón y recordarlo cuando viniera en su reino. Lo creyó, y creyéndolo, murió.

Hermano, necesitamos dedicar tiempo a lograr el crecimiento de nuestra fe en el poder de Cristo, para que creamos realmente que el Todopoderoso Cristo nos llevará en sus brazos a través de su vida de muerte, revelando en nosotros el poder de su muerte. No puedo experimentar esto sin un contacto personal con Cristo día a día y momento a momento. Cristo debe hacerlo; Cristo *puede* hacerlo. Acudamos por tanto y digamos: “¿Acaso no es El todopoderoso? ¿No vino El desde el trono de Dios? ¿No demostró El su omnipotencia, y acaso no la demostró el Padre cuando lo levantó de los muertos?” Ahora que Cristo está en el trono, ¿tendremos miedo de hacer lo que el malhechor hizo cuando Cristo estaba en la cruz, y de confiarnos a El para

vivir como quien muere con El? Cristo nos llevará a través del proceso que El mismo transitó. El hará que su muerte obre en nosotros cada día de nuestra vida.

En el ladrón penitente observo una cosa más: su oración. Estaba su convicción de pecado y su fe, pero vino luego la declaración de su fe mediante la oración. Se volvió a Jesús. Recordemos que todo el mundo, a excepción quizás de María y las mujeres que la acompañaban, ese día estaban en contra de Jesús. De todos los hombres, que yo sepa, había uno solo que oraba a Cristo. No esperemos ver lo que hacen otros; si eso es lo que esperamos —lamentablemente, y deseo decirlo con amor y ternura— en la iglesia de Cristo no encontraremos mucha compañía. Oremos sin cesar: “Señor Jesús, haz que el poder de tu muerte me inunde.” Por el amor de Dios, hagamos esa oración. Si queremos vivir la vida del cielo, debemos morir al pecado en el poder de Jesús. Debe haber una entrega personal del alma para que en la muerte de Cristo muera al pecado, una aceptación personal de Jesús para que haga su maravillosa obra.

Hemos visto cuál fue la preparación por parte de este hombre. Veamos ahora, en segundo lugar, cómo le respondió Jesús. Lo recibió con una maravillosa promesa, con sus tres hermosas partes: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Se trataba de una promesa de comunión con Cristo: “Estarás conmigo”; una promesa de descanso en la eternidad, en ese paraíso del cual el pecado había expulsado al hombre: conmigo en el paraíso”; una promesa de bendición inmediata, “Hoy estarás conmigo”.

Con esa triple promesa, Jesús se acerca a nosotros diciendo: “Hijo mío, ¿anhelas vivir la vida del paraíso donde les doy a las almas de comer del Arbol de la Vida, en el paraíso de Dios, día a día? ¿Anhelas comunión ininterrumpida con Dios como la que había en el paraíso antes de que Adán cayera? ¿Estás anhelando una perfecta comunión conmigo, vivir donde Yo vivo, en el amor del Padre? Hoy, hoy, como dice el Espíritu Santo, ‘estarás conmigo’. ¿Me anhelas? Yo te anhelo más a ti. Anhelo incesantemente tu comunión, porque necesito amar, hijo mío, para satisfacer mi corazón. Nada puede impedirme que te reciba en comunión. He tomado posesión del cielo para ti, como



sumo sacerdote, para que tú puedas vivir la vida celestial, para que puedas tener acceso al lugar santísimo, y un lugar allí donde morar para siempre. Hoy, si tú lo quieres, estarás conmigo en el paraíso.”

Gracias a Dios, el Jesús del ladrón penitente es mi Jesús. Gracias a Dios, la cruz del ladrón penitente es mi cruz. Debo confesar mi pecado si quiero alcanzar una estrecha comunión con mi bendito Señor. Durante los treinta y tres años de la vida de Cristo, no hubo hombre sobre la tierra que hubiera tenido una comunión tan hermosa con El como la que tuvo el ladrón en la cruz, porque con el Hijo de Dios entró en la gloria. ¿Qué le hizo tan diferente a los demás? Estaba en la cruz con Cristo y entró al paraíso con El. Y si vivo en la cruz con Cristo, la vida del paraíso será mía cada día.

Y ahora, si Jesús me hace esa promesa, ¿qué debo hacer? Ceder. Cuando un barco está amarrado junto al muelle, con todo listo para la partida y toda la gente de pie en el embarcadero, se toca la última campana y se da la orden: “Soltar.” Luego se afloja la última soga y el vapor comienza a moverse. Del mismo modo, hay cosas que nos amarran a la tierra, a la vida de la carne y la vida del yo; pero hoy nos llega este mensaje: “Si quieres morir con Jesús, suéltate.” No necesitamos entenderlo todo. Puede no estar todo totalmente claro; a lo mejor el corazón está algo confuso, pero no temamos; Jesús llevó a aquel ladrón agonizante a través de la muerte, hacia la vida. El ladrón no sabía a dónde iba; no sabía qué iba a pasar; pero Jesús, el poderoso conquistador, lo llevó en sus brazos y lo depositó en el paraíso.

A veces he pensado dentro de mí, gracias a Dios por la ignorancia de aquel malhechor. No sabía nada acerca de lo que iba a pasar, pero confió en Cristo. Yo no puedo entender todo respecto a mi crucifixión con Cristo, la muerte al pecado, la vida de Dios, la gloria que entra en el corazón; pero no importa, confío en la promesa de mi Señor. Me arrojé incapaz en sus brazos. Mantengo mi posición sobre la cruz. Entregándome a morir con Jesús, puedo confiar en que El me hará traspasar la muerte.

*¿Aprovechará cada uno de nosotros la bendita oportunidad*

de hacer como hizo Ruth, cuando, en obediencia al consejo de su suegra, se arrojó a los pies del gran Booz, el redentor, para ser suya? ¿Queremos entrar en contacto personal con Jesús, diciendo ante el mundo estas simples palabras: “Señor, aquí está esta vida; hay en ella mucho de egolatría, de pecado, de autodeterminación, pero acudo a ti. Anhelo entrar plenamente en tu muerte. Anhelo saber plenamente que he sido crucificado contigo. Deseo vivir tu vida cada día”. Digamos luego: “Señor Jesús, he visto tu gloria, lo que hiciste por el penitente que estaba a tu lado en la cruz; confío que lo harás por mí ahora. Señor, me arrojé en tus brazos”.

## 10. Gozo en el Espíritu Santo

*Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.*

Romanos 14:17

En este versículo se nos muestra la manifestación terrenal de la obra de la Trinidad. El reino de Dios es justicia; eso representa la obra del Padre. Los fundamentos de su trono son justicia y juicio. Luego viene la obra del Hijo: El es nuestra paz, nuestro Silo, nuestro reposo. El reino de Dios es paz; no sólo la paz del perdón por el pecado, sino la paz de la perfecta seguridad por el futuro. No sólo ha concluido la obra redentora de Cristo, sino también su santificación, y yo puedo recibir y disfrutar lo que El me ha preparado. El nuevo hombre ha sido creado, y yo puedo vivir mi vida en El. Si un reino se establece en justicia, en el que la ley es perfecta, puede haber descanso perfecto. Si hay paz —si no hay guerra desde el exterior ni enfrentamientos civiles en lo interno— la nación puede ser feliz y próspera.

Y aquí viene, después de la justicia y la paz, el gozo, la felicidad bendita, en la que se puede vivir: “El reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”. Que podamos contemplar ese gozo del Espíritu Santo no sólo como algo hermoso para admirar, no sólo como algo sobre lo cual tener hermosos pensamientos, sino como una bendición que vamos a hacer nuestra.

En las reposterías a menudo se ven hermosas frutas y tortas expuestas en la vidriera, con una gran hoja de vidrio delante y los muchachitos hambrientos se paran al frente a contemplar y desear, sin poder alcanzar nada. Si le dijéramos a alguno de ellos: “Muchacho, toma aquella fruta,” nos miraría sorprendido.

Ha aprendido que hay algo que se interpone. Si nunca hubiera sabido del vidrio, lo podría intentar. La plancha de vidrio a veces está tan limpia que por un momento hasta un adulto podría confundirse y estirar la mano. Pero pronto advierte que hay algo invisible entre él y la fruta. Eso representa fielmente la vida de muchos cristianos: ven pero no pueden tomar.

¿Qué es esta cosa invisible que me impide tomar las hermosas cosas que veo? No es otra cosa que la vida del yo. Veo cosas divinas pero no puedo alcanzarlas; la vida del yo es esa hoja invisible de vidrio. Estamos deseosos, nos esforzamos, luchamos, y sin embargo algo nos retrae; tenemos miedo de entregar todo a Dios. No sabemos cuáles pueden ser las consecuencias. No hemos comprendido todavía que Dios y Jesucristo lo valen todo. A todo lo que se nos dice respecto a la vida de paz y de gozo, respondemos: “Alabado sea Dios. La Palabra de Dios es veraz; creo en su Palabra”. y sin embargo, día tras día, nos quedamos atrás. Cuando alguno dice: “Tómala”, decimos: “No puedo alcanzarla, hay algo que se interpone”. Ah, si estuviéramos dispuestos a renunciar a la vida del yo, a fin de tener el coraje de entregarnos hoy y dejar que el gozo del Espíritu Santo sea nuestro. Ese es el reino que Dios ha preparado para nosotros; ese es el reino que podemos reclamar; no sólo justicia, no sólo paz, sino también el gozo del Espíritu Santo. Ese es el reino de Dios.

¿Qué es este gozo? En primer lugar, es el gozo de la presencia de Jesús. A menudo nos sentimos inclinados a hablar de dos cosas: el poder de la santificación y el poder del servicio. Pero descubro que hay algo mucho más importante que estas dos cosas, y es que el Espíritu Santo vino del cielo para ser la presencia de Cristo permanente en sus discípulos, en la iglesia, en el corazón de cada creyente. El Señor Jesús estaba a punto de irse, y sus discípulos estaban tristes. El corazón de ellos estaba acongojado, pero El les dijo: “Vendré otra vez, y vendré a ustedes. Sus corazones se alegrarán y su gozo será tal que nadie se lo podrá arrebatarse.” Lo que ocurrió con ellos puede ocurrir con nosotros también. El Espíritu Santo se nos da para hacer de la presencia de Cristo una realidad permanente, una experiencia continua. ¿Y cuál era ese gozo que ningún hombre podía arre-

batar jamás? Era el gozo del pentecostés. ¿Y qué fue pentecostés? La venida del Señor Jesús en el Espíritu Santo para morar en sus discípulos. Mientras Jesús estaba con sus discípulos en la tierra, no podía entrar en el corazón por su condición de hombre. Ellos lo amaban, pero no podían absorber sus enseñanzas, ni participar de lo que estaban preparando, ni recibir al Espíritu de Cristo en su ser. Pero cuando ascendió a los cielos, volvió en el Espíritu a morar en el corazón de ellos. Sólo esto ayudará al ministro a atender los problemas de su congregación, al hombre de negocios a tomar sus decisiones, a la madre a atender a su numerosa familia con todas sus necesidades, a la obrera en su clase bíblica. Sólo esto nos ayudará a sentir: “Puedo vencer, puedo vivir en el reposo de Dios”. ¿Por qué? “Porque tengo al Jesús todopoderoso conmigo cada día.”

En el pueblo de Dios parece haber un solo obstáculo: *no conocen a su Salvador*. No advierten que este bendito Cristo es un Cristo siempre presente, que mora e inunda siempre el ser, que quiere hacerse cargo de toda nuestra vida. No saben, no creen, que es un Cristo poderoso que está listo para ser su guardador y su Dios en cualquier dificultad y en cualquier circunstancia.

Muchos creyentes se preguntan cómo puede obtenerse ese gozo indescriptible, ese gozo que nunca puede ser arrebatado, el gozo de la comunión y la cercanía del amor de Jesús que inunda el corazón. Nos quejamos de que el vértigo de la competencia es tan terrible que no podemos encontrar tiempo para la oración privada. Hermano, el Señor Jesucristo, viene a nosotros como hermano, amigo y huésped permanente, puede dar el corazón el gozo del Espíritu Santo, de modo que el trabajo ocupe el lugar que le corresponde sometido a nuestra voluntad, pero dejemos que Cristo ocupe todo el corazón, y El guardará toda nuestra vida.

¡Nuestro glorioso, exaltado, poderoso, omnipresente Cristo! ¿Por qué no podemos confiar plenamente en El, para que haga su obra? ¿No diremos ante Dios que sí confiamos en El, que confiamos que Jesús será en todo momento lo que deseamos que sea en nosotros? En la cruz del Calvario Cristo estaba totalmente solo, y creemos que hizo un trabajo perfecto y bendito. Y

Cristo en el cielo está solo, como sumo sacerdote e intercesor, y confiamos en su obra allí. Pero, alabado sea Dios, es igualmente cierto que Jesús, al morar en el corazón es capaz, El solo, de guardarlo todos los días. Quiera Dios revelar a sus hijos la presencia de Cristo de pie tocando a la puerta de cada corazón, listo para entrar y reposar allí para siempre y guiar al alma hacia su reposo.

Todos sabemos lo que es el poder del gozo. No hay nada tan atractivo como el gozo, nada puede ayudar tanto al hombre a soportar y resistir en la vida como el gozo. El Señor Jesús mismo, por el gozo que le fue propuesto, enfrentó la cruz. No estamos viviendo bien si nos pasamos el tiempo suspirando, temblando, dudando. Acerquémonos hoy y creamos que el gozo del Espíritu Santo es para nosotros. ¿Acaso no dice la Escritura: “A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso.”? ¿Creemos que este bendito, adorable, indescriptible Hijo de Dios, deleite del Padre, puede llenar nuestro corazón de dicha día y noche si estuviera siempre presente? ¿Creemos además que nos ama más de lo que un novio ama a su prometida? ¿Creemos que, habiéndonos comprado con su sangre, está anhelando que seamos suyos? Comencemos a creer con todo el corazón: “El gozo del Espíritu Santo es mi porción, porque el Espíritu Santo me asegura la presencia y el amor ininterrumpidos del Señor Jesús”.

En segundo lugar, está el gozo de ser liberados del pecado. El Espíritu Santo viene para santificarnos. Cristo es nuestra santificación, y el Espíritu Santo viene a transmitirnos a Cristo, a hacer en nosotros todo lo que Cristo es, y a reproducirlo en nosotros. Recordemos que a la vista de Dios hay algo más que trabajo, está la semejanza a Cristo y la vida de Cristo en nosotros. Eso es lo que Dios quiere; eso es lo que nos capacita para el trabajo. Lo que Dios pide no es que Cristo viva en nosotros como personas separadas —templos llenos de criaturas sucias, impuras, inmaduras, con Cristo escondido por allí en alguna parte. Esa no es la intención de Dios. El quiere que Cristo esté formado de tal manera que seamos uno con Cristo y que en nuestros pensamientos, sentimientos, en nuestra vida, la ima-

gen de su bendito Hijo sea manifiesta delante de El. El Espíritu Santo nos es dado para santificarnos.

Hermano mío, ¿estamos deseosos de ser santificados de cada pecado, sea grande o pequeño? No pregunto si tenemos poder para lograrlo. Tampoco pregunto si sentimos que tenemos poder para expulsar el pecado. Puede que no sintamos ningún poder; eso no será obstáculo si tenemos el deseo. No puedo expulsar el pecado pero puedo hacer que el todopoderoso Cristo lo haga por el Espíritu Santo, y mi parte es decirle a Cristo: “Ahí está el pecado, ahí está todo lo maldito. Lo dejo a tus pies. Lo arrojo allí, lo arrojo sobre tu mismo pecho. Estoy dispuesto a cortarme la diestra, pero libérame, Señor”. Luego Cristo expulsará al demonio y nos dará libertad. El Espíritu de Dios es un Espíritu Santo y su obra es liberar al hombre del poder del pecado y de la muerte. Y si queremos vivir en el gozo del Espíritu Santo, la pregunta es: “¿Estamos dispuestos a rendir todo lo que es pecaminoso, incluso lo que parece bueno pero tiene la mancha del pecado?” Podemos estar involucrados en relaciones que hacen difícil la vida. Un pastor y su gente pueden haber establecido vínculos complicados; un hombre de negocios con su socio, o con aquellos con quienes tiene que asociarse, pueden estar en una situación tirante. ¿No vale el bendito Cordero de Dios más que todo eso? La pregunta que una vez se le hizo a los discípulos fue: “¿Qué pensábais del Cristo?” Yo pregunto: “¿Cuánto vale Cristo para nosotros?” Y ruego a usted cualesquiera sean las complicaciones que lo rodean, que tome todo lo que es suyo y lo arroje a los pies de Jesús. Poseerlo vale cualquier sacrificio; poseerlo será la solución de todas las dificultades.

No sólo hay dificultades y perplejidades externas, sino miles de pequeñeces que entran en nuestra vida y nos perturban, tales como la tentación de los sentimientos poco caritativos, las palabras duras, los juicios precipitados. Confiamos que el Espíritu Santo, el santificador, pueda entrar en nosotros y gobernar y dar gracia para que andemos sin pecar, y entonces sabremos lo que es el gozo del Espíritu Santo. Nuestro cuerpo, leemos en 1 Corintios, es templo del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser santo en cosas como el comer y el beber. ¡Cuántas veces el creyente llega a advertir que busca disfrutar demasiado del

placer de la comida, comer por placer, sin ninguna autonegación o autosacrificio en lo que se refiere a alimentar el cuerpo! ¡Con cuánta frecuencia nos tentamos unos a otros, y cuán a menudo el creyente olvida que su cuerpo es el propio templo secreto del Espíritu Santo, y que cada bocado que comemos debe ser para la gloria de Dios de tal modo que en todo le agrademos a El!

Amados, he aquí un mensaje: podemos acceder al reposo de Dios, y el Espíritu Santo ha sido dado para hacernos entrar en El. El Espíritu Santo llenará el corazón con el gozo indescribible de la presencia de Cristo, con el gozo de la liberación del pecado, de la victoria sobre el pecado; con el inefable gozo de saber que estamos haciendo la voluntad de Dios y que somos agradables a su vista; con el inefable gozo de saber que El está santificando y guardando el templo porque Cristo mora en El. Hermano, el gozo del Espíritu Santo, el gozo de esa santidad de Dios, es su bendición, su pureza, su perfección, que nada podrá ensuciar, manchar o perturbar. El Espíritu Santo espera para traerlo y manifestarlo en nuestra vida. El quiere entrar de tal modo en nuestro corazón que vivamos, como hombres del Espíritu Santo, la vida santificada, con el poder santificador de Jesús inundando todo nuestro ser.

Mi tercera reflexión es esta: El gozo del Espíritu Santo es el gozo del amor de los santos. En pentecostés el Espíritu Santo no fue dado a cada hombre por separado; vino y llenó a todo el grupo. Ya sabemos cuánta división, separación y orgullo había habido entre ellos, pero en ese día el Espíritu Santo llenó de tal modo su corazón que luego encontramos que dice: “Mirad cómo se aman unos a otros”. En la Iglesia había tal amor que hasta los paganos lo notaban y no lo podían comprender. ¿A qué se debía? A que el Espíritu Santo es el nexo de unión entre Padre e Hijo, y ese nexo es amor. El Espíritu Santo es el amor de Dios que ha venido a morar en el corazón. Cuando El vive en mí y en mi hermano, aprendemos a amarnos unos a otros. Aunque yo fuera poco afectuoso por naturaleza, y aunque tuviera poco don de gente, si el corazón de mi hermano está lleno del Espíritu Santo, él me ama a pesar de todo.

El amor es algo maravilloso. En la medida en que un hombre trata de amar eso ya no es verdadero amor, pero cuando existe

el amor real, cuanto más oposición encuentra tanto más se afirma, porque es cuando más puede ejercitarse y perfeccionarse. Tomemos a una madre a quien su hijo deshonra. ¡Cómo lo busca su amor! Cuando ve que ha caído más bajo que nunca, ¡tanto más lo ama con corazón de madre por sobre toda su ruindad! ¿No dice la Escritura: “Si él ha dado su vida por nosotros, nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos”? El Espíritu Santo viene como espíritu de amor, y si queremos conocer el gozo del Espíritu Santo, y si queremos que El no nos guíe al reposo de Dios y nos guarde allí, cuidemos por sobre todas las cosas de no ser faltos de amor. Una palabra dura contra el hermano o hermana arrastra sobre nosotros una nube aunque no lo sepamos. La gente está tan acostumbrada a hablar como le plazca unos de otros que dicen cosas duras, poco cariñosas, y cuando viene algo sombrío sobre ellos no lo pueden entender. Si algo entristece a Dios, si hay algo que obstaculiza la obra del Espíritu Santo —el fruto del Espíritu Santo es amor—, es la falta de amor.

Si queremos vivir en el gozo del Espíritu Santo, hagamos un pacto con Dios. “Pero” —dirá alguien—, “hay un creyente que me pone impaciente; realmente me perturba y me hostiga con sus necesidades. Y están esos hombres mundanos; ¡cuántas veces me han tentado y me han hecho daño!; ese hombre de negocios que trata de arruinarme”. Tomémoslos a todos, y aun a nuestra esposa y a nuestros hijos, y a todos los que nos rodean y digamos: “Lo comprendo, el amor es paz y la paz es amor. Dios descansa en su amor. El amor es reposo y el reposo es amor, y donde no hay amor el reposo resulta perturbado”.

Digamos hoy: “Ya veo lo que es el gozo. Es el gozo de amar siempre; es el gozo de dar mi vida por amor a otros”. En conexión con la humildad, uno se pregunta: “¿Qué de aquel versículo ‘en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros’”? Cuando el alma acude en total humildad ante Dios, se convierte en nada y Dios se convierte en el todo en todos. Yo soy nada. No queda ningún yo que afrentar. He dicho ante Dios: “Yo no soy nada; es sólo tu vida y tu luz la que brilla. El honor es tuyo y nada puede tocarme sin antes tocar a mi Dios”.

Amado, ¿estamos viviendo en el gozo del Espíritu Santo?

Aceptemos esta bendición y entreguémonos a una vida de humildad en la que nosotros no somos nada, a una vida de amor como la de Cristo, en la que sólo se vive para los otros, ya que el reino de los cielos es el gozo del Espíritu Santo.

Mi última consideración es que el gozo del Espíritu Santo es el gozo de servir a Dios. Hemos considerado el gozo de la presencia de Cristo, el gozo de la liberación del pecado, el gozo del amor a los hermanos. Ahora estamos hablando del gozo de trabajar para Dios. Algunos hemos sentido alguna vez que es incomprendible que el eterno Dios tenga que obrar a través de nosotros y hemos dicho: “Señor, ¿qué es esto, que tú, el poderoso, debas trabajar por mi medio, vil gusano por naturaleza?” Es un misterio que excede el conocimiento, y sin embargo es absolutamente cierto. El gozo del Espíritu Santo viene cuando el hombre se entrega a la obra de semejarse a Cristo y lleva en sí el Evangelio de Cristo a los hombres. Busquemos a los que se pierden; vivamos y muramos por las almas; vivamos y muramos para que los hombres sean llamados y llevados de vuelta a su Dios. No hay gozo mayor que escuchar la canción gozosa del alma recién nacida.

Sin embargo, hay también un gozo que puede ser tan profundo como ese. Aun si Dios no me da la bendición de escuchar un alma renacida cantar su canción, puedo tener la alegría y la comunión con Jesús en su vida rechazada, y saber que estoy complaciendo a Dios. Cuando pienso en los miles de creyentes en el mundo cristiano y luego pienso en el mundo incrédulo, surge un clamor en mi corazón: “¿Qué estamos haciendo?” Ah, necesitamos suplicar a Dios día y noche: “Señor, despiértanos. Señor Dios, haz que tu Espíritu arda dentro del nuestro”.

¿Somos los verdaderos sucesores de Jesucristo? ¿Somos verdaderamente los seguidores y sucesores de Cristo, de aquel que hizo todo el camino al Calvario para dar su sangre por nosotros? Recordemos que el gozo del Espíritu Santo es el gozo de trabajar para Dios en Cristo. Creo que Dios tiene caminos nuevos, orientaciones nuevas y nuevo poder para su pueblo, si este sólo espera en El. Pero lo que hacemos la mayoría de nosotros es esto: damos gracias a Dios por lo que nos ha dado, observemos todas las alternativas de trabajo que tenemos, y decimos que trataremos

de trabajar lo mejor posible. Pero si tuviéramos noción de la necesidad, si tuviéramos alguna noción por medio de una visión del Espíritu Santo, del estado de los millones de seres que nos rodean, estoy seguro que caeríamos postrados ante Dios diciendo: “Dios, ayúdame a hacer algo nuevo. ¡Ah, que cada fibra de mi ser sea tomada por Dios para emprender esta gran obra!” La gran urgencia es que todos los cristianos se consagren totalmente a Dios para su obra. Que Dios nos ayude ahora a saber cuál es el gozo del Espíritu Santo.

Para finalizar, pregunto otra vez: “¿Creemos que es posible que el Señor Jesús, que nuestro Silo, de quien Jacob profetizó, nuestro Josué, nuestro glorioso Rey y Sumo Sacerdote, nos introduzca hoy en el reposo de Dios?” Recordemos lo que dice Hebreos: “Como dice el Espíritu Santo . . . hoy”. Hoy, seamos llenos de coraje y tomemos nuestro ministerio, trabajo, todo lo que nos rodea, nuestro temperamento, el hogar y la vida que tenemos por delante y digamos: “No comprendo todo. No sé lo que puede venir, pero una cosa sé, y es que entrego absolutamente todo en las manos del Cordero de Dios que fue crucificado. El me poseerá totalmente”. Y recordemos, amados, que Cristo hará por nosotros más de lo que podemos pensar o entender, más de lo que podemos pedir o desear.

Arrojémonos en esos benditos y amorosos brazos, y creamos que aun ahora nuestro Josué nos guía al reposo de Dios, a ese reposo en el que somos librados del cuidado de nosotros mismos, la autoconfianza, la egolatría, ese descanso en el que no pensamos en nosotros mismos, sino que sabemos que el que es todopoderoso y omnipresente estará siempre obrando en nosotros. Cuando hayamos hecho esto, reclamemos la promesa, que habiendo buscado primeramente el reino de Dios y su justicia, todas las demás cosas nos serán añadidas. Amados, el reino de Dios está en nosotros, y su reino es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Acudamos a El y pidamos ahora con fe sincera, humilde, fe de niño.

## *11. El triunfo de la fe*

---

*Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo.*

Juan 4:50

Permítame citar el Evangelio según San Juan, capítulo 4, comenzando en el versículo 46: “Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había en Capernaum un oficial del rey, cuyo hijo estaba enfermo. Este, cuando oyó que Jesús había llegado de Judea a Galilea, vino a él y le rogó que descendiese y sanase a su hijo, que estaba a punto de morir. Entonces Jesús le dijo: Si no viereis señales y prodigios, no creeréis”. Aquí por primera vez en el pasaje aparece la palabra “creer”. “El oficial del rey le dijo: Señor, desciende antes que mi hijo muera. Jesús le dijo: Ve, tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue”. Aquí está la palabra por segunda vez. “Cuando ya él descendía, sus siervos salieron a recibirle, y le dieron nuevas, diciendo: Tu hijo vive. Entonces él les preguntó a qué hora había comenzado a estar mejor. Y le dijeron: Ayer a las siete le dejó la fiebre. El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive; y creyó él con toda su casa”. Aquí tenemos la misma palabra “creer”.

Esta historia se ha usado generalmente para ilustrar los diferentes pasos de la fe en la vida espiritual. Fue un sermón de esta naturaleza el que produjo en el santo Canónigo Battersby el disfrutar completo del reposo. Había sido un piadoso hombre de Dios pero había vivido una vida de fracaso. Vio en el relato lo que era descansar en la Palabra y confiar en el poder salvador de Jesús, y desde esa noche fue un hombre diferente.

Fue a su hogar para dar testimonio de su descubrimiento, y bajo el poder de Dios, le fue dado iniciar la Convención de Keswick.

Quiero señalar los tres aspectos de la fe que se destacan aquí: primero, la búsqueda de la fe; luego, el encuentro de la fe; y por último el disfrute de la fe. En primer término, la búsqueda de la fe. He aquí un hombre pagano, un noble, que ha oído acerca de Cristo. Tiene un hijo agonizando en Capernaum, y angustiado deja su casa y camina seis o siete horas hasta llegar a Caná de Galilea. Ha oído de otros milagros alrededor de Capernaum, y tiene cierta confianza en que Jesús puede ayudarlo. Va hacia Él, y su anhelo es que el Señor vaya a Capernaum y sane a su hijo. Cristo le dice: “Si no viereis señales y prodigios, no creeréis”. Jesús se dio cuenta de que el noble quería que fuera y se pusiera al lado de su hijo. Ese hombre no tenía la fe del centurión, “solamente di la palabra”. Tenía fe, pero una fe de oídas, y era por fe que al menos hasta cierto punto confiaba en Cristo. Sin embargo, no era una fe en el poder de Cristo, como la que él deseaba que tuviera. De todas formas, Cristo aceptó y atendió su fe. Después que el Señor le dijo qué tipo de fe deseaba —una fe que confiara plenamente en Él, el oficial dijo por segunda vez: “Señor, desciende antes que mi hijo muera”. Viendo su sinceridad y su confianza, Cristo dijo: “Ve, tu hijo vive”. Y entonces leemos que el oficial creyó, creyó y se fue. Creyó la palabra que Jesús había dicho. Y se fue sin tener otra señal que la palabra de Cristo. Mientras iba hacia su casa, los sirvientes salieron a recibirle y le dijeron que su hijo vivía. Les preguntó a qué hora había comenzado a mejorar, y cuando le dijeron, supo que era a la misma hora en que Jesús había estado hablando con él.

Al comienzo tenía una fe inquieta, conflictiva, que buscaba una bendición; luego tuvo una fe capaz de aceptar sencillamente la bendición expresada en la palabra de Jesús. Cuando Cristo dijo: “Tu hijo vive”, se quedó conforme, y se fue a su casa y encontró la bendición: su hijo sanado.

Luego vino la tercera etapa de su fe. Creyó él con toda su casa. El creyó que Jesús podía hacer solamente no lo que había hecho, o sea la curación de su hijo; sino que creyó en Cristo

como su Señor, se entregó completamente a ser su discípulo. Y no sólo él, sino toda su casa.

Muchos cristianos son como ese oficial. Han oído hablar de una vida mejor. Han conocido a algunas personas cuya vida ha sido cambiada, y en consecuencia han sentido que Cristo puede hacer cosas maravillosas. Muchos cristianos dicen en su corazón: “Estoy seguro de que hay una vida mejor que yo podría vivir; ¡cómo desearía llegar a ese estado bendito!” Pero no tienen mucha esperanza al respecto. Han leído, han orado, pero encuentran todo demasiado difícil. Si se les pregunta: “¿Crees que Jesús puede ayudarte a vivir esa vida superior?” dicen: “Sí, Él es omnipotente”. Si les preguntamos: “¿Crees que Jesús quiere hacerlo?” dicen: “Sí, yo sé que es todo amor”. Y si preguntamos: “¿Crees que lo hará?” dicen en el acto: “Sé que quiere hacerlo, pero que lo hará realmente en mí, no lo sé. No sé si estoy preparado. No sé si he avanzado lo suficiente. No sé si tengo la gracia suficiente para ello.” Y así sufren hambre, luchan, se esfuerzan y a menudo se quedan sin ser bendecidos. Esta situación a veces continúa por años, esperando ver señales y maravillas, deseando que Dios, por un milagro, los ponga en condición. Son como los israelitas: limitan al Santo de Israel. ¿Hemos notado alguna vez que los que hacen esto son los mismos a quienes Dios bendecía de modo maravilloso? ¿Qué decían los israelitas? “Dios ha provisto agua en el desierto. Pero, ¿podrá proveer alimento en el desierto? No creemos que pueda.” Y así encontramos creyentes que dicen: “Sí, Dios ha hecho maravillas. Toda la ~~redención~~ bendición es una maravilla, y Dios ha hecho milagros en el caso de algunas personas que conozco. Pero, ¿tomará Dios a alguien tan débil como yo para ponerlo en condición?”

La lucha, el conflicto, la búsqueda, son el comienzo de nuestra fe, de una fe que desea y anhela. Pero debe ir más allá. ¿Cómo puede avanzar esa fe? Veamos el segundo paso. Ahí está el oficial. Cristo le dice esta maravillosa palabra: “Ve, tu hijo vive”, y el oficial simplemente descansa en la palabra del Jesús viviente. Descansa en ella, sin ninguna prueba de qué es lo que va a recibir, y sin que nadie en el mundo lo estimule a creer. Se va a su casa con el pensamiento: “He recibido la bendición que

buscaba. He recibido vida de entre los muertos para mi hijo. El Cristo vivo lo ha prometido, y en esa seguridad descanso". La fe conflictiva y anhelante se ha transformado en una fe confiada. El hombre encontró reposo respecto de su hijo.

Y ahora, querido creyente, esto es lo único que Dios nos pide: Dios ha dicho que en Cristo podemos obtener vida eterna y abundante; Cristo nos ha dicho: "Porque yo vivo, vosotros también viviréis". La Palabra dice que Cristo es nuestra paz, nuestra victoria sobre todo enemigo, el que nos lleva al descanso de Dios. Estas son las palabras de Dios, y su mensaje es que Cristo puede hacer por nosotros lo que Moisés no pudo haber hecho. Moisés no tenía a Cristo morando en su ser. Pero a nosotros se nos dice que podemos tener lo que Moisés no tuvo. Podemos tener al Cristo viviente dentro de nosotros. ¿Creemos esto, independientemente de toda experiencia e independientemente de nuestras propias fuerzas? Si la paz de Dios va a gobernar nuestro corazón, debe ser el mismo Dios de paz quien debe morar dentro para hacerlo. Esa paz es inseparable de Dios. La luz del sol, ¿puedo separarla del sol? Totalmente imposible. En la medida en que haya sol habrá luz. Si pierdo el sol pierdo la luz. ¡Cuidado! No busquemos la paz de Dios o la paz de Cristo lejos de Dios y de Cristo.

¿Pero cómo viene Cristo a mí? Viene a mí en su preciosa Palabra; y como le dijo al oficial: "Ve, tu hijo vive", del mismo modo Cristo viene hoy y me dice: "Ve, tu Salvador vive", "He aquí yo estoy contigo todos los días." "Porque yo vivo, tú también vivirás". "Estoy a la espera para hacerme cargo de toda tu vida. ¿Me dejarás hacerlo? Confíame todo lo débil y malo, toda tu naturaleza pecadora y perversa, dámela, dame esa alma agonizante, enferma por el pecado; entrégamela y yo habré de cuidarla."

¿Escucharemos su voz diciéndole a nuestra alma: "Hijo mío, enfrente directamente todas las circunstancias de la vida que te han tentado, todas las dificultades que te han desafiado"? Nuestra alma vive con la vida de Dios; nuestra alma vive en Cristo Jesús. ¿No daremos, como el oficial, el simple paso de fe para creer en la palabra que ha pronunciado Jesús? ¿No hemos de decir: "Señor Jesús, tú has hablado, descanso en tu Palabra.

He visto que Jesús está deseoso de ser para mí mucho más de lo que jamás he imaginado. He visto que Cristo desea ser mi vida en el más pleno y real sentido de esa palabra"? Todo lo que sabemos del Espíritu Santo se resume en esto: el Espíritu Santo viene para hacer que Cristo sea el Salvador real y verdadero, que mora para siempre dentro de nosotros.

Por último viene la fe victoriosa. El hombre se fue a su casa fuertemente asido a la promesa. Sólo tenía una promesa, pero se tomaba de ella. Cuando Dios me da una promesa, está tan cerca de mí como cuando la cumple. Eso es un gran consuelo. Cuando tengo la promesa tengo también la garantía de su cumplimiento. Pero el corazón de Dios es el mismo cuando promete que cuando cumple; y a veces Dios, el que promete, es mucho más precioso porque me mueve a aferrarme a El, a acercarme más, a vivir por simple fe, a adorarlo a El. No creamos que es esta una vida dura, vivir sobre una promesa. Significa vivir confiando en el eterno Dios. ¿Quién puede decir que eso sea duro? Significa vivir por el amoroso y sufriente Cristo. Debería avergonzarse quien diga que esto resulte duro, es algo bendito.

El oficial se fue a su casa y encontró que su hijo vivía. ¿Que ocurrió entonces? Primero, entregó toda su vida para hacerse discípulo de Jesús. Si hubiera habido una división entre la gente de Capernaum, y miles de ellos hubieran odiado a Cristo, ese hombre se habría puesto del lado del Señor, creía en El. Esto es lo que debe ocurrir en nosotros. Avancemos en nuestra fe en el Cristo viviente, sabiendo que El cuida de nosotros. Entonces recibiremos la gracia para vivir la vida de Cristo en toda nuestra conducta, andar y conversación. La fe que reposa en Jesús en la que confía todo lo que tiene a El. ¿No leemos que cuando Dios había terminado su trabajo, y descansó, fue sólo para empezar un nuevo trabajo? Sí, la gran obra estaba por hacerse, la de controlar y gobernar su mundo y su iglesia. ¿No es lo mismo con el Señor Jesús? Cuando hubo terminado su obra, se sentó sobre el trono para hacer su nueva obra de perfeccionar el Cuerpo por medio del Espíritu Santo. Y ahora el Espíritu Santo continúa esa obra bendita, enseñándonos a descansar en Cristo y en la fortaleza que da ese reposo, a continuar y a llenar nuestra vida con el poder, la obediencia, la voluntad



y la semejanza del Señor Jesús. El oficial renunció a toda su vida para creer en Jesús. Desde aquel día fue un creyente en Jesús que caminaba por las calles de Capernaum; no sólo un hombre en condiciones de decir: “Una vez me ayudó”, sino, “Creo en El con todo mi ser”. Que esto sea así en nosotros siempre; que Cristo sea el único objeto de nuestra fe.

Un pensamiento más: creyó con toda su casa. Esa fue una fe victoriosa. Tomó su posición como creyente en Jesús, reunió a su esposa, hijos y sirvientes, y los guió a los pies de Cristo. Y si queremos tener poder en nuestro propio hogar, en la clase bíblica, en nuestro círculo social, para influir en la nación, para influir en la iglesia de Cristo, observemos dónde empieza. Entremos en contacto con Jesús, en el reposo que da una fe que le acepta plenamente, y por fe recibiremos poder para vencer el mundo, para bendecir a otros, para vivir una vida de gloria a Dios. Podría decir: “Ve, tu alma vive; porque Cristo Jesús vive en ti. Ve, no tiembles ni tengas miedo, sino *descansa en la palabra y en el poder del Hijo de Dios.*” “He aquí yo estoy siempre con vosotros.” Vayamos con el corazón abierto a recibirlo, creyendo que El ha venido a morar en nosotros. Seguramente no hemos orado en vano. Cristo ha escuchado las súplicas de nuestro corazón y ha entrado. Vayamos por nuestro camino tranquilos, descansados, llenos de alabanza, de gozo y de confianza, escuchando para siempre las palabras del Señor: “Ve, tu alma vive”, y repitiendo: “He confiado en que Cristo manifestará su vida abundante en mi alma. Por su gracia esperaré en El hasta que cumpla su promesa”. Amén.

## 12. *La oración, fuente de poder*

---

*Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.*

Romanos 8:26, 27

Aquí tenemos la enseñanza de Dios respecto a la ayuda que el Espíritu Santo nos dará en la oración. La primera parte de este capítulo es muy importante en cuanto a la enseñanza de la Palabra de Dios con respecto al Espíritu. En Romanos 6 leemos sobre el estar muertos al pecado y vivos para Dios, y en Romanos 7, respecto al estar muertos a la ley y desposados con Cristo, y también sobre la incapacidad del hombre no regenerado para hacer la voluntad de Dios. Todo esto no es sino una introducción para demostrarnos nuestra incapacidad. Luego en el capítulo 8 llega la bendita obra del Espíritu, expresada brevemente en las siguientes palabras: “El Espíritu nos ha liberado de la ley del pecado y de la muerte”. El Espíritu nos libera del poder del pecado, y nos enseña y nos guía de manera que podamos andar en El. Llegamos a tener una mente espiritual y una disposición interior capaz de mortificar los deseos de la carne. El Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad. La oración es lo más necesario en la vida espiritual. Sin embargo, no sabemos por qué orar ni cómo orar adecuadamente. Pablo dice el Espíritu, ora con gemidos indecibles; y de nuevo nos dice que nosotros muchas veces no sabemos qué es lo que el Espíritu

hace dentro de nosotros; pero hay uno, Dios, que escudrina los corazones.

Las palabras a menudo revelan mis pensamientos y mis deseos, pero no lo más profundo de mi corazón. Pero Dios llega y escudriña mi corazón, y encuentra, en lo profundo, lo que yo no puedo ver y lo que para mí es indescriptible.

¡Qué poderosa es la oración! ¡La confesión de ignorancia! Amigo, muchas veces me aflijo por mí, como ministro del evangelio, pensando que quizás oro con demasiada ligereza. Vengo orando hace cuarenta o cincuenta años, y desde el punto de vista humano, el acto de orar se vuelve algo muy simple. Todos hemos sido enseñados a orar, y cuando se nos pide podemos hacerlo; pero se torna demasiado fácil, y me temo que a menudo pensamos que estamos orando cuando en realidad hay muy poca oración verdadera.

Ahora bien, si queremos que sea el Espíritu quien ore en nosotros, es necesario que empecemos a tener conciencia de que: “No puedo orar”. Cuando alguien se quebranta y no puede orar, y hay un verdadero fuego ardiendo en su interior, y siente sobre sí una tremenda carga, es que hay algo que lo arrastra hacia Dios. “No sé cómo orar. ¡Ah, bendita ignorancia!” No somos lo suficientemente ignorantes. Abraham salió sin saber adónde iba, en su actitud había un elemento de ignorancia y uno de fe. Jesús dijo a los discípulos cuando fueron a rogarle por un trono: “No sabéis lo que pedís”. Pablo también dice: “Nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Nosotros decimos: “Si no tengo que repetir las oraciones que aprendí de mi madre o en el seminario, o lo que adquirí por medio de la experiencia diaria, entonces, ¿cómo tengo que orar?” Contesto: tenemos que decir oraciones nuevas; elevémonos más alto, hacia las riquezas de Dios. Debemos comenzar a palpar nuestra ignorancia. Sabemos lo que se piensa de un estudiante que llega a la universidad pavoneándose de que lo sabe todo. No aprenderá mucho. Sir Isaac Newton dijo: “No sé qué represento para el mundo; ante mí mismo me siento como una criatura jugando en la playa, divertida de encontrar aquí y allá una piedrecita más lisa o una conchita más bonita que las comunes, mientras el gran océano de la verdad permanece oculto ante mí”.

Cuando veo a alguien que no puede orar en forma clara, fluida y continuada, digo que esa es una marca del Espíritu Santo. Cuando comienza en su oración a decir: “Oh, Dios, quiero más, quiero que me lleves más hondo. He orado por los paganos, pero quiero sentir la carga de ellos de un modo nuevo”, lo considero como una indicación de la presencia del Espíritu Santo. Amado si nos tomamos el tiempo para dejar que Dios haga que la angustia por los paganos se ponga tan pesada que comencemos a sentir que nunca hemos orado realmente, esa será la experiencia más bendita de nuestra vida.

Y lo mismo con relación a la iglesia: ¿Queremos tomar nuestra posición como miembros de la iglesia de Cristo en esta tierra, y como partícipes de ese gran Cuerpo, decir: “Señor, Dios, ¿acaso no hay nada que pueda hacerse para bendecir a la iglesia de este país y sacarla de su mundanalidad y su debilidad?” Es posible conversar y llegar a la conclusión desesperanzada de que: “No, no sabemos lo que hay que hacer; no tenemos ninguna influencia sobre todos esos ministros del evangelio y sus iglesias”. Pero por otro lado, hay también la bendita posibilidad, que es la de acudir a Dios y decirle: “Señor, no sabemos qué pedir. Mas tú sabes qué conceder”. El Espíritu Santo podría orar cientos de veces más en nosotros si sólo fuéramos conscientes de nuestra ignorancia, porque entonces comprenderíamos en qué medida dependemos de El.

Que Dios nos enseñe nuestra ignorancia acerca de la oración y nuestra incapacidad y nos lleve a decir: “Señor, no podemos orar; no sabemos qué es la oración.” Por cierto que algunos de nosotros sabemos en alguna medida lo que es el pecado, y agradecemos a Dios por lo que El ha sido para nosotros en respuesta a la oración; pero es apenas un comienzo comparado con lo que el Espíritu Santo de Dios enseña.

He aquí el primer pensamiento: nuestra ignorancia. “Qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.” A menudo escuchamos acerca de la obra de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo para llevar a cabo y completar la gran redención. Sabemos que cuando Dios trabajó en la creación, no estaba fatigado, y sin embargo leemos esa maravillosa expre-

sión en Exodo, referida al día sábado: Dios “repositó”, se sintió renovado; el día sábado fue un día vivificante para El.

Dios tenía que trabajar y Cristo tenía que trabajar. Ahora trabaja el Espíritu Santo, y su lugar secreto de labor, el lugar donde debe empezar toda obra, es el corazón del hombre donde viene a enseñarle a orar. Cuando una persona empieza a advertir lo que necesita, lo que Dios promete y lo que Dios espera hacer, presente que se trata de algo que está más allá de su concepción. Entonces es cuando estará listo para decir: “No puedo limitar al Santo de Israel con mis pensamientos. Me entrego a mí mismo en la fe de que el Espíritu Santo puede orar por mí con gemidos, con anhelos indecibles”. Apliquemos esto a nuestras oraciones.

En la oración hay diferentes fases o etapas. Está la adoración, cuando el hombre se inclina a adorar al gran Dios. No dedicamos tiempo a la adoración. Necesitamos adorar en secreto, para ponernos cara a cara con el eterno Dios para que El nos cubra y nos llene de su amor y de su gloria. Es el Espíritu Santo el que puede obrar para despertar un anhelo tal que renunciemos a todos los placeres, y aun no aparte de nuestro trabajo para que podamos encontrarnos más frecuentemente con Dios.

La fase siguiente de la oración es la comunión. En la oración no sólo se adora al Rey, sino que se tiene un compañerismo especial con Dios. Los cristianos dedican poco tiempo a la comunión. Piensan que la oración es simplemente un recurso para presentar peticiones. Si Cristo me va a transformar en lo que debo ser, debo detenerme a encontrar el compañerismo con Dios. Para que Dios haga que su luz entre y brille y arda en mi corazón, debo tomarme tiempo para estar con El. El herrero pone su vara de hierro sobre el fuego. Si sólo lo deja un breve lapso, no alcanzará el rojo vivo. Quizás lo retire para hacer algo con él, y luego lo vuelve a poner por algunos minutos, pero tan pronto ahora se pondrá rojo. En el curso del día quizás ponga la vara muchas veces al fuego por dos o tres minutos, pero nunca llega a calentarse a fondo. Sólo si lo deja diez o quince minutos se pondrá realmente caliente por el contacto con el fuego.

Así es con nosotros; si queremos obtener el fuego de la san-

idad, el amor y el poder de Dios, debemos pasar más tiempo en comunión con Dios. Eso es lo que daba a hombres como Moisés y Abraham la fuerza que los caracterizaba. Eran hombres separados para estar en comunión con Dios, y el Dios viviente los fortalecía. ¡Si sólo advirtiéramos lo que puede hacer la oración!

Otro aspecto importante de la oración es la intercesión. ¡Qué obra ha dado Dios a aquellos que cumplen la función de sacerdotes: los intercesores! Encontramos una maravillosa expresión en la profecía de Isaías. Dios dice: “Que echen mano. . . de mi fortaleza” (Versión Moderna), y luego en otros pasajes Dios se refiere a los intercesores de Israel: “No hay quien. . . se despierte para echar mano de ti” (Versión Moderna). ¿Hemos echado mano alguna vez de Dios? Gracias a Dios, algunos lo hemos hecho. Pero, amigo, representante de la iglesia de Cristo, si Dios nos mostrara cuánta oración intensa se hace en la iglesia pidiendo un avivamiento, cuánta confesión sincera de los pecados de la iglesia, cuánta imploración para que haga de Jerusalén algo glorioso en la tierra, creo que nos sentiríamos avergonzados. Debemos rendir nuestro corazón al Espíritu Santo, para que El pueda orar por nosotros y en nosotros con gemidos indecibles.

¿Qué debo hacer si quiero tener al Espíritu Santo dentro de mí? El Espíritu quiere tiempo y espacio en mi corazón; quiere todo mi ser. Quiere que todo mi interés e influencia sean usados para la honra y la gloria de Dios; quiere que me entregue totalmente. Amado amigo, no sabemos cuánto podríamos hacer si nos entregásemos a la intercesión. Es el tipo de obra que un enfermo postrado en cama año tras año puede hacer con poder. Es el tipo de obra que una persona pobre que no tenga un centavo para contribuir a la sociedad misionera, puede hacer cada día, es el tipo de obra que el Espíritu Santo puede hacer en una joven que todavía está en el hogar paterno y debe ayudar en las tareas de la casa. La gente pregunta a menudo: ¿Qué hace la iglesia hoy por alcanzar a las masas? Preguntan, pero lo hacen temblorosamente, porque se sienten incapaces: ¿Qué podemos hacer contra el materialismo y contra la infidelidad en lugares como Londres, Berlín, Nueva York y París? Hemos renunciado

a eso como algo imposible. ¡Ah, si se pudiera hacer un llamado a hombres y mujeres para unirse a fin de echar mano de Dios! No estoy hablando de una Liga de Oración o de un horario dedicado concretamente a la oración, pero si el Espíritu pudiera encontrar hombres y mujeres que dieran su tiempo a clamar a Dios, el Espíritu seguramente vendría. No es egoísmo ni simple felicidad lo que buscamos cuando nos referimos a la paz, el descanso y la bendición que Dios puede dar. Dios nos quiere, Cristo nos quiere, porque tiene una obra que realizar. La obra del Calvario debe llevarse a cabo en nuestro corazón; debemos sacrificar nuestra vida a Dios por otros hombres. Que podamos consagrarnos cada día y pedir a Dios que le plazca permitir que el Espíritu Santo obre en nosotros.

Luego viene la última reflexión: Dios mismo viene a mirar con complacencia la actitud de su hijo. Quizás ese pobre hombre no sabe que está orando; quizás está aburrido de sus oraciones, tanto mejor. Quizás se siente cargado e intranquilo, pero Dios oye, Dios descubre lo que está en la mente del Espíritu y contesta. Pensemos en ese maravilloso misterio, Dios el Padre en el trono listo para concedernos sus bendiciones según las riquezas de su gloria. Cristo el todopoderoso sacerdote intercediendo día y noche. Su persona toda es una sola intercesión, y desde El surge sin cesar el ruego al Padre: “Bendice a tu iglesia”. Y luego viene la respuesta del Padre al Hijo, y del Hijo llega a la iglesia, y si no llega hasta nosotros, es porque nuestro corazón está cerrado.

Abramos y ensanchemos nuestro corazón y digámosle a Dios: “¡Oh, que Dios me permitiera ser sacerdote para entrar en su presencia permanentemente y echar mano de Dios para traer una bendición a los que se pierden condenados!” Dios anhela ver la intercesión de Jesús manifestada en el corazón de sus hijos. Y aquel que escudriña el corazón conoce la mente del Espíritu, porque este ora por los santos de acuerdo con la voluntad de Dios. Alguien ha dicho que las palabras “por los santos” aluden a la actitud de alabanza en el creyente por los santos en todo el mundo. La Palabra de Dios siempre insta a orar por todos y no simplemente por nosotros mismos. Pensemos en los muchos miembros de iglesia en este país, en las multi-

tudes inconversas, en las multitudes de recién convertidos, pero que siguen siendo mundanos y descuidados. Pensemos en los miles de cristianos nominales. ¡Cristianos de nombre que están robándole a Dios! ¿Podemos seguir contentos así? Si llevamos la carga de las almas, ¿podremos tener paz y gozo? Dios nos da paz y gozo con el único propósito de que podamos ser fuertes para soportar la carga de las almas en el gozo de la salvación en Cristo.

No queremos decir: “Estoy tratando de ser lo más santo posible. ¿Qué tengo que ver con toda esta gente mundana alrededor de mí?” Si tengo una terrible enfermedad en la mano, el resto del cuerpo no puede decir: “No tengo nada que ver con eso”. Cuando el pueblo pecó, Esdras rasgó su vestido y se postró a tierra en confesión. Se arrepintió en nombre del pueblo. Y cuando la nación pecó, Nehemías hizo confesión y se arrojó ante Dios, lamentando su desobediencia ante el Dios de sus padres. Daniel hizo lo mismo. ¿Y acaso no tenemos nosotros una tremenda obra para hacer como creyentes? Supongamos que cada uno de nosotros estuviera sin pecado (es una suposición nada más); ¿podríamos hacer confesión así? ¡Miremos a Cristo, el hombre sin pecado! Pero bajó a las aguas del bautismo junto a los pecadores. Se hizo uno con ellos. Dios nos ha hablado para preguntarnos si advertimos lo que somos. Ahora nos pregunta si pertenecemos a la iglesia de este país, si hemos llevado sobre nosotros la carga del pecado que nos rodea. Vayamos a Dios y que El llene nuestro corazón con una pena indescriptible por el estado de la iglesia, y que Dios nos dé la gracia de llorar delante de El. Y cuando comencemos a confesar los pecados de la iglesia, empezaremos a sentir como nunca antes nuestros pecados. En cinco de las Epístolas a las siete iglesias en Asia, la nota clave es: “Arrepiéntete”; no había perspectivas de victoria y de obtener bendición a menos que se arrepintieran. Arrepintámonos en nombre de la iglesia de Cristo, y Dios nos dará la valentía necesaria para sentir que su obra será reavivada.

### 13. Que Dios sea todo en todos

*Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruído es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas; entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.*

1 Corintios 15:24-28

Este será el gran final de la historia del mundo y de la redención de Cristo. Vendrá un día tan glorioso que no lo podemos imaginar; es un misterio demasiado profundo para captar, cuando el Hijo entregará el reino que el Padre le dio y que El ganó con su sangre y que afirmó y perfeccionó desde su trono celestial. “Entregará el reino al Padre.” “Y el Hijo mismo se sujetará al Padre, para que Dios sea el todo en todos”. No puedo entenderlo; el bendito Hijo, el que es igual al Padre de eternidad a eternidad; el bendito Hijo que está en el trono se sujetará al Padre; y de algún modo que está totalmente fuera del alcance de nuestra comprensión, se manifestará, como nunca antes, que Dios es todo en todos. Para esto ha estado trabajando Cristo; para esto está El obrando en nosotros ahora; por esto le pareció que valía la pena dar su sangre; es esto lo que su corazón anhela en cada uno de nosotros. Esta es la verdadera esencia y gloria del cristianismo: “que Dios sea el todo en todos”.

Y ahora bien, si esto es lo que llena el corazón de Cristo; si esta es la expresión de la meta de la obra de Cristo, entonces,

si quiero tener el espíritu de Cristo dentro de mí, el lema de mi vida debe ser: Todo debe sujetarse y englobarse en El, “para que Dios sea todo en todos”. ¡Qué triunfo sería si la iglesia estuviera realmente luchando con ese estandarte flameando sobre ella! ¡Qué vida podríamos tener si esa fuera nuestra insignia! ¡Servir a Dios plena, total y exclusivamente para que El sea el todo en todos! ¡Cómo ennoblecería y estimularía todo nuestro ser! Estoy trabajando, estoy luchando “para que Dios sea el todo en todos”; que el día de gloria pueda adelantarse. Yo oro, y el Espíritu Santo hace su lucha dentro de mí con anhelos indescriptibles, “que Dios sea el todo en todos”. Ojalá nosotros los cristianos tuviéramos conciencia de lo grande que es la causa por la que trabajamos y oramos; ojalá tuviéramos algún concepto del reino del que somos parte.

Para ilustrar lo grandioso que es pertenecer al reino de Dios y a la gloriosa Iglesia de Cristo en la tierra, John McNeill cuenta cómo cuando era un muchacho de doce años de edad, trabajando en un ferrocarril y ganando la cuantiosa suma de seis chelines por semana, solía ir a casa de su madre y sus hermanas, que pensaban sin cesar en su pequeño Johnnie, y deleitarlas contándoles de la posición que tenía. Les decía con orgullo: “Nuestra compañía maneja muchos miles de libras durante el año; traslada tantos cientos de miles de pasajeros cada año; tiene tantos miles de vías y tantas máquinas y vagones; tiene tantos miles de empleados”. Y su madre y sus hermanas se sentían orgullosas porque él era un socio de tan importante negocio.

¡Cristiano, si sólo nos levantáramos creyendo que pertenecemos al reino que Cristo está preparando para entregar al Padre para que Dios sea el todo en todos; cómo se llenaría nuestro corazón de gloria, expulsando todo lo mezquino, bajo, mundano! ¡Cómo nos sostendría esta bendita fe! Yo estoy viviendo para esto: que Cristo tenga el reino para entregar al Padre. Estoy viviendo para esto, y un día lo veré sujetarse al Padre y luego Dios será el todo en todos. Estoy viviendo para El, y estaré allí no sólo como testigo sino como partícipe de todo. ¡Entregado el reino, sujeto el Hijo, y Dios siendo el todo en todos! Tendré parte en ello y en adoración sagrada compartiré la gloria y la bendición de todo.

Llevemos a nuestro corazón y hagámoslo la regla de nuestra vida este pensamiento, esta fe, este propósito, esta alegría: Cristo vivió y murió y ahora reina; yo vivo y muero y en su poder reino con el único propósito de que “Dios sea todo en todos”. Que este pensamiento ocupe todo nuestro corazón y toda nuestra vida. ¿Cómo podemos hacerlo? Este es un interrogante al que quiero dar algunas sencillas respuestas. En primer lugar: “Permitamos que Dios ocupe el lugar que le corresponde en nuestro corazón y en nuestra vida”. Cuando la gente perseguía a Lutero con problemas personales, él solía decirles: “Dejen que Dios sea Dios”. Demos a Dios su lugar. ¿Cuál es ese lugar “Que Dios sea el todo en todos.” Que Dios sea el todo en todos cada día, desde la mañana hasta la noche. Dios manda y yo obedezco. ¡Qué bendición poder decir “Dios y yo”! ¡Qué privilegio tenerlo por socio! Dios primero, y luego yo. Sin embargo, puede haber autoexaltación aun en el hecho de asociarnos con Dios.

En la Biblia encuentro una expresión aun mejor: “Dios y no yo”. No es “Dios primero y yo segundo”. Dios es todo y yo soy nada. Pablo decía: “He trabajado más que ninguno; pero no soy nada”. Procuremos dar a Dios su lugar, comenzando por nuestro lugar de oración, nuestra adoración, nuestra oración. El poder de la oración radica mayormente en el concepto que tengamos de aquel a quien nos dirigimos en oración. Es de suma importancia que si no disponemos más que de media hora para orar, que dediquemos parte del tiempo para ser conscientes de la grandeza de Dios, de su poder, de su amor, de su proximidad, de su deseo de bendecirnos. Eso produce mayores consecuencias que pasarnos la media hora derramando innumerables peticiones y reclamando incontables promesas. Es tremendo sentir que estamos volcando nuestras súplicas ante el corazón del Omnipotente Amor. Antes que nada y por sobre todas las cosas, cuando oramos tomemos tiempo para sentir la gloria y la presencia de Dios. Demos a Dios su lugar en el trono (en cierto sentido sí puedo y debo tratar de hacerlo). Lo esencial, sin embargo, es que yo sienta que realmente no puedo saber cuál es ese lugar, pero que progresivamente Dios se revelará a sí mismo y me mostrará el lugar que ocupa. ¿Cómo conozco al sol? Porque

alumbró lo conozco a través de su luz. El sol es su propia evidencia. Ningún filósofo podría haberme dicho algo acerca del sol si el sol no alumbrara. No hay poder de meditación ni reflexión capaz de aprehender la presencia de Dios. Quedémonos tranquilos, confiados, descansando, y el Dios eterno alumbrará en nuestro corazón y se nos revelará. Y entonces, con la misma naturalidad con que disfruto de la luz del sol, y con la misma naturalidad con que miro las páginas de un libro sabiendo que puedo ver las letras gracias a que el sol alumbró, Dios se revelará al alma expectante y hará que su presencia sea una realidad. Dios tomará su lugar como Dios en la presencia de su hijo de tal modo que en forma absoluta, la actitud central en el corazón del hijo sea: “Dios está allí, Dios se da a conocer”.

Amados, ¿no es esto lo que deseamos hace tanto tiempo? Que Dios tome un lugar que hasta ahora no ha tomado; que podamos sentir como nunca antes su cercanía; por sobre todas las cosas, que Dios more en nosotros en comunión inquebrantable. Dios puede ocupar su lugar en nosotros todo el día; repito lo que ya he dicho antes, porque Dios me ha dado una lección con este ejemplo: Dios hizo la luz del sol, dulce, suave, brillante, universal, perdurable, y no me requiere ningún esfuerzo disfrutarla; así, y aun más real que la luz que me alumbró, puedo gozar de la presencia de Dios morando en mí. Roguemos a Dios que sea “el todo en todos” en nuestra vida cotidiana.

“Que Dios sea todo en todos” significa no sólo darle su lugar, sino que también significa que debo aceptar su voluntad en todo. Debo aceptar su voluntad en toda circunstancia. Sea que un Judas me traicione o un Pilato indiferente me entregue al enemigo, cualquiera sea el problema, la tentación, la injuria o la aflicción que me sobrevenga, debo ver a Dios en ello y aceptarlo como la voluntad de Dios para mí. Cualquier tipo de problema que me acontezca es parte de la voluntad de Dios para mí. No es la voluntad de Dios que los hombres hagan el mal, pero sí es su voluntad que sean probados. No hay ninguna prueba que nos sobrevenga que no sea la voluntad de Dios para nuestra vida, y si aprendemos a ver a Dios en ello, entonces le daremos la bienvenida.

Supongamos que allá en Sudáfrica el esposo de una mujer

ha partido de viaje al interior. Durante meses estará lejos de cualquier correo. La esposa está ansiosa por recibir noticias. Por varias semanas ella no ha recibido cartas ni noticias del esposo. Un día está frente a su puerta cuando llega un cafre fornido y salvaje. Tiene un aspecto aterrador y carga su arco y sus flechas. La mujer se asusta, corre hacia dentro de la casa y cierra la puerta. Él se aproxima, golpea la puerta y la mujer se aterra. Ella envía a su sirviente, que vuelve diciendo que el hombre necesita verla. Ella lo recibe, temblando de miedo. El hombre extrae un viejo periódico. Ha viajado durante un mes desde donde está el esposo de la mujer, y envuelto en el periódico trae una carta de su marido, donde le cuenta su buena aventura. ¡Cómo disfruta la mujer leyendo esa carta! Se olvida del susto que le había inspirado el hombre. Y cuando nuevamente empiezan a transcurrir las semanas, empieza a añorar el horrible rostro del mensajero kafir. Después de mucho esperar, llega otra vez, pero ahora ella sale corriendo a recibirlo porque es el mensajero de su amado esposo y sabe que a pesar de su apariencia repulsiva, es el portador de un mensaje de amor.

Amado, debemos aprender a mirar las pruebas, las injurias, los desconciertos, como a aquel mensajero oscuro y salvaje, considerando que vienen directamente de las manos de Jesús. Aprendamos a decir: “No hay ningún problema y ninguna herida que pueda tocar mi corazón, ni siquiera rozarlo, que no haya sido enviado por Jesús, con un mensaje de amor”. Aprendamos a decir, desde hoy: “Bienvenidas sean las pruebas, porque vienen de Dios”. Si queremos que Dios sea el todo en todos, debemos ver y sentir a Dios en cada circunstancia. ¡Aprendamos a aceptar la voluntad de Dios en todo! Vamos, aprendamos a decir de cada prueba, sin excepción: “Es mi Padre quien la envía, la acepto como un mensajero suyo”, y entonces nada de lo que hay en la tierra ni en el infierno nos podrá separar de Dios.

En tercer lugar, si Dios ha de ser el todo en todo, en nuestro corazón y en nuestra vida, no sólo debemos darle su lugar y aceptar su voluntad, sino también *confiar en su poder*. Queridos amigos, “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” “El Dios de paz”, como dice otro pasaje, “os haga aptos en toda buena obra para que hagáis

su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo”. Nos quejamos de nuestra debilidad, fallibilidad, vacío. Está bien que así sea; estamos hechos para eso, para ser vasijas vacías en las que Dios pueda volcar su plenitud y su fortaleza. Que aprendamos realmente esta lección, sé que no es fácil. Hacía ya tiempo que Pablo era apóstol y el Señor Jesús tuvo que revelársele de una forma especial para enseñarle a decir: “Me gozo en mi debilidad”. Pablo corría el riesgo de exaltarse, a raíz de las revelaciones recibidas del cielo, y Jesús le envió un agujijón en la carne —sí, Jesús lo envió— un mensajero de Satanás, para que lo abofeteara. Pablo oró, luchó y rogó para liberarse de él. Pero Jesús se le reveló y le dijo: “Es mi voluntad no librarte de esto. Lo necesitas. Yo te bendeciré asombrosamente por medio de esto”. La vida de Pablo cambió en ese momento y pudo decir: “Nunca lo hubiera imaginado; desde ahora me glorío en mis debilidades; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”. ¿Queremos realmente que Dios sea todo en todos? Entonces debemos aprender a gloriarnos en nuestras debilidades. Al inclinarnos cada día ante Dios debemos decir: “El poder omnipotente de Dios que obra en el sol, en la luna, en las estrellas y en las flores está obrando en mí. Eso es tan cierto como que estoy vivo. El poder omnipotente de Dios está obrando en mí. Sólo necesito humillarme y estar en silencio. Necesito ser más sumiso y consagrado a su voluntad. Debo tener más confianza y permitir que Dios haga en mí según su voluntad”. Dejemos que Dios haga su obra en nosotros. Démosle lugar y Él obrará con poder. La quietud más profunda es a menudo la inspiración de las mayores acciones. Esto se ha comprobado en la vida de muchos santos de Dios, y es justamente la experiencia que necesitamos; que en la quietud de la entrega y la fe, Dios haga manifiesta su obra.

En cuarto lugar: si Dios va a ser el todo en todos, debemos sacrificar todo para su Reino y su gloria, para que “Dios sea todo en todos”. Esta es una meta tan noble, tan gloriosa, tan santa, que Cristo dijo: “Para esto doy mi vida. Para esto me entrego totalmente, aun a la muerte de cruz. Por esto me doy a mí mismo”. Si esto era tan valioso para Cristo, ¿puede ser menos valioso para nosotros? Si se le hubiera preguntado a

Jesús de Nazaret: “¿Para qué tienes un cuerpo; cuál es para ti el uso más elevado del cuerpo?”, habría respondido: “El mejor uso y la gloria de mi cuerpo es que puedo darlo en sacrificio a Dios. Eso es todo”. ¿Cuál es el sentido de tener una mente, de tener dinero, de tener hijos? Poder entregarlos a Dios, porque Dios debe ser el todo en todos.

Ruego a Dios que nos dé tal visión de su reino y de su gloria que todo lo demás desaparezca. Entonces, si tuviéramos diez mil vidas, diríamos: “esta es la belleza y el valor de la vida, que Dios sea el todo en todo, para mí, y que yo a la vez pueda probarles a los hombres que Dios es más que ninguna otra cosa, que la vida sólo vale la pena ser vivida en la medida en que se la entreguemos a Dios para que El la llene”. Que seamos capaces de sacrificar todo por su reino y su gloria. Comencemos a vivir cada día con esta oración: “Dios mío, estoy consagrado a ti. Que Tú seas en mí el todo en todo”. Nos preguntamos si somos capaces, sí, de esta forma: debemos dejar que el Espíritu Santo more en nosotros; debemos dejar que el Espíritu Santo arda dentro de nosotros con gemidos indecibles, clamando ante Dios para que El nos revele su voluntad y su presencia. En el capítulo 8 de Romanos, Pablo habla acerca de los gemidos de la creación toda. ¿Por qué gime toda la creación? Espera la redención, la gloriosa liberación de los hijos de Dios. Y estoy persuadido de que Pablo se refería a esto mismo cuando menciona los gemidos del Espíritu Santo; los gemidos indecibles que esperan el tiempo glorioso en que Dios sea el todo en todos.

Cristiano, sacrifiquemos nuestro tiempo, nuestros intereses; los mejores poderes de nuestra alma orando y deseando y clamando que “Dios sea todo en todos”.

Y por último: para que Dios sea el todo en todos, debemos depender de El todo el día. El primer punto se refería a dar a Dios el lugar que le corresponde; al concluir quiero volver sobre esto de un modo más enfático. Espere en Dios todo el día. Para poder hacerlo, debemos vivir siempre en su presencia. Es para esto que hemos sido redimidos. ¿Acaso no leemos en Hebreos: “Acerquémonos tras del velo, por medio de la sangre, a donde está el sumo sacerdote”? El lugar sagrado en el que hemos de vivir en los cielos es la presencia inmediata de Dios. La presen-

cia permanente de Dios es la herencia de cada uno de los hijos de Dios, tan seguro como que brilla el sol. El Padre nunca esconde el rostro ante su hijo. El pecado lo oculta, la incredulidad lo oculta, pero el Padre hace que su amor brille todo el día sobre el rostro de sus hijos. El sol brilla de día y de noche. Nuestro sol celestial nunca se pone. Empecemos a buscarlo. Vengámos a buscarlo. Vengámos a vivir en la presencia de Dios. Hay lugar donde vivir en su presencia, en su pabellón secreto, un lugar del cual alguien cantó estas hermosas palabras:

Por dondequiera que voy conmigo va su gran Presencia; ese gozo indescriptible, esa quietud eterna. En todas partes, el bendito reposo de ese Lugar Sagrado, la quietud del amor que adora sin palabras, ante su rostro postrado.

Esta es la porción para aquellos que oran: “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo.” Dios mismo puede llevarnos y hacer que permanezcamos allí, para que todo nuestro trabajo sea hecho en Dios.

Amado, esperemos continuamente en Dios. No podemos hacer esto a menos que estemos en su presencia. Así podremos aprender a depender de Dios. La verdadera dificultad por la que muchos cristianos no han aprendido realmente a esperar en Dios es que no han procurado sentir proximidad de Dios y dar a Dios el primer lugar. Pero debemos esforzarnos por esto: confiemos que Dios nos dará todo esto por su gracia; esperemos en Dios todo el día. “Mis ojos —dijo alguien— están siempre dirigidos hacia ti”. Esperemos que Dios nos guíe, y si realmente esperamos, Dios nos dará nuevo poder para servirle, nueva alegría en su comunión. Nos guiará a tener mayor confianza en El. Nos preparará para recibir nuevas cosas de El. Amado, es imposible imaginar siquiera lo que Dios puede hacer en un hombre que se ha entregado plenamente a El. ¡Alabado sea Dios! Que cada uno de nosotros diga: “Que mi vida esté consagrada a vivir, morir, trabajar y orar constantemente por esta única cosa: que en mí, alrededor de mí y en la iglesia, en todo el mundo, *Dios sea todo en todos.*”



Una pequeña semilla da origen a un gran árbol. Una semilla de mostaza produce un árbol en el que las aves del cielo pueden anidar. Ese gran día del que habla ese versículo, cuando Cristo mismo se sujetará al Padre y Dios será el todo en todos, en ese día el gran árbol del reino de Dios alcanzará su plena culminación y gloria. Que la semilla de ese día glorioso entre en nuestro corazón y nos inclinemos en humilde entrega y sumisión, diciendo: "Amén, Señor, que este sea mi único pensamiento. Que esta sea mi vida: hablar, obrar, orar, y existir sólo para que otros puedan llegar también a conocerlo. Que esta sea mi vida: someterme a los anhelos inexpresables del Espíritu Santo a fin de que nunca me duerma sino que esté velando por aquel día de gloria, cuando Dios realmente sea el todo en todos".

Que Dios nos ayude a cada uno de nosotros. Que Dios nos ayude a entregarnos cada día a El y a Cristo, por amor de su nombre. Amén.